

DIÓCESIS DE ORIHUELA-ALICANTE

BOLETÍN OFICIAL DEL OBISPADO



NÚM. 438

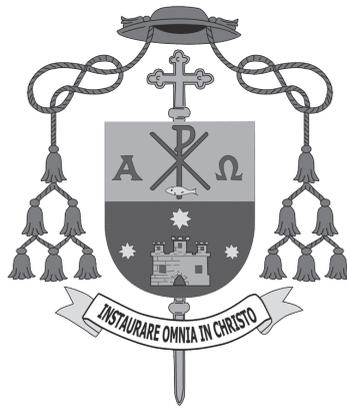
AÑO 2020

NOVIEMBRE / DICIEMBRE

DIÓCESIS DE ORIHUELA-ALICANTE

DIÓCESIS DE ORIHUELA-ALICANTE

BOLETÍN OFICIAL DEL OBISPADO



NÚM. 438

AÑO 2020

NOVIEMBRE / DICIEMBRE

PORTADA: Romería con la Virgen de la Asunción desde la Playa del Tamarit (Santa Pola) hasta Elche.

EDITA: Obispado de Orihuela-Alicante
Marco Oliver, 5
03009 Alicante
Tel.: 96 520 48 22

IMPRIME: RGV PRINT SERVIGRAF S.L.
C/ Azorin, 4. 03007 Alicante

Depósito Legal: A-61-1958
ISSN 1885-1487

SUMARIO

OBISPO DIOCESANO

Escritos

Día de la Iglesia Diocesana 2020	7
FRATELLI TUTTI:	
Fraternidad para salir de un mundo cerrado	9
ADVIENTO:	
Tiempos de suplicar y de vivir en el servicio y la esperanza	13
8 de diciembre, Día del Seminario	16
Acoger y celebrar la Navidad	16

Homilías y alocuciones

Misa Solemne de Todos los Santos	19
Misa de la Fiesta de la Virgen del Sufragio	22
Misa del 275 Aniversario de la Parroquia de San Pedro de Rojales.	
Jornda Mundial de los Pobres	25
Presentación del Sínodo Diocesano de Jóvenes	28
Misa Vespertina de la Vigilia de Navidad	30
Celebración diocesana de la Jornada Mundial del Migrante y del Refugia- do	33
Misa de la Inmaculada. Rito de Admisión a Órdenes.....	35
Homilía en la Misa de Ordenación de Presbíteros	38

Agenda

Noviembre.....	42
Diciembre.....	46

VICARÍA GENERAL

Se pospone el Acto de entrega de las Insignias Pro Ecclesia Diocesana....	49
A todos los sacerdotes sobre las jornadas y colectas no parroquiales para el año 2021	50
Medidas Sanitarias Covid Navidad 2020.....	51
Comunicado Misa Nochebuena	53

CANCILLERÍA

Nombramientos	55
Ejercicios Espirituales	56
Hermandades y Cofradías	56

Estatutos.....	57
Reforma Estatutos	57
Decreto suspensión procesiones Semana Santa	58

LITURGIA

Calendario Litúrgico 2020 - 2021	
Propio de la Diócesis de Orihuela-Alicante.....	60

INFANCIA Y JUVENTUD

Invitación a participar en el proceso sinodal.....	65
Sínodo Diocesano de Jóvenes	66

SANTA SEDE

PAPA FRANCISCO

Mensaje del santo Padre Francisco para la IV Jornada Mundial de los Pobres, 2020: « <i>Tiende tu mano al pobre</i> » (cf. Si 7,32)	71
Carta apostólica <i>Patris corde</i> del Santo Padre Francisco con motivo del 150 aniversario de la declaración de San José como Patrono de la Iglesia universal	78
Discurso del Santo Padre a la Curia Romana con ocasión de las felicitaciones navideñas.....	93
Ángelus del Papa Francisco en la Jornada de la Sagrada Familia.....	103
Homilía del Santo Padre Francisco en la Santa Misa de Nochebuena y Natividad del Señor	105
Homilía del santo Padre Francisco en la celebración de las primeras Vísperas de la Solemnidad de Santa María, Madre de Dios y Te Deum de acción de gracias	108
Natividad del Señor - Bendición Urbi et Orbi del Papa Francisco.....	110
Motu Proprio «AB INITIO»	114
Motu Proprio «AUTHENTICUM CHARISMATIS».....	116

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

La vida es un don, la eutanasia un fracaso	118
La CEE integra sus medios en ÁBSIDE MEDIA	120
Nota y rueda de prensa de la 116 Asamblea Plenaria	122
«UN DIOS DE VIVOS»: Instrucción pastoral sobre la fe en la resurrección, la esperanza cristiana ante la muerte y la celebración de las exequias ...	136

OBISPO DIOCESANO

ESCRITOS

Día de la Iglesia Diocesana 2020

Mis queridos diocesanos:

El Día de la Iglesia Diocesana nos convoca a la celebración festiva y orante de nuestra realidad eclesial: somos la Diócesis de Orihuela-Alicante, somos la Iglesia Católica en esta tierra entrañable de Alicante.

Esta realidad eclesial es limitada en el tiempo, en el espacio y en sus posibilidades, pero gracias a la Comunión de los Santos, nos beneficiamos de las fuentes de santidad que dimanan de la Iglesia Universal y que nos enriquecen, por encima de nuestras propias limitaciones, y que nos hacen enriquecer a otros cuando se acercan a nuestros templos, a nuestras comunidades y servicios eclesiales.

Todos, sin excusas justificables, estamos llamados a colaborar, como miembros vivos, en el desarrollo y crecimiento de las labores y apostolados que la diócesis lleva adelante y desarrolla a través de sus parroquias e instituciones.

Todos somos fieles cristianos, trabajadores en la viña del Señor, y hayamos sido llamados en la primera hora del día, o bien al caer de la tarde, no podemos escabullirnos ni evadir nuestra responsabilidad ante

el dueño de la finca. Él nos premiará en aquel día, o bien nos exigirá lo suyo más los intereses, como nos enseña la parábola de los talentos.

Esta Jornada nos recuerda que somos una familia, la Iglesia, la familia de los hijos de Dios, que no es una familia cerrada, sino que está abierta a todos. Y esta «apertura a todos» nos hace partícipes y solidarios de los momentos difíciles que como sociedad nos está tocando vivir. Esta solidaridad y cercanía ha activado de manera exponencial las actividades propias que desde las caritas parroquiales se han organizado para ayudar en la pandemia.

Somos, por tanto lo que tú nos ayudas a ser. Somos una gran familia contigo. Y por eso concretamos unos aspectos de lo que sería la participación y colaboración en este día.

Se nos invita a compartir, nuestro tiempo y nuestras cualidades: celebremos juntos, aprendemos juntos, sufrimos juntos, esperamos juntos, caminamos juntos.

Se nos invita a orar unos por otros, incluso por aquellos que aún sin formar parte de nuestra realidad eclesial, sin embargo forman parte de nuestra familia humana, una realidad humana herida y necesitada, sobre todo en época de pandemia.

Se nos invita a apoyar económicamente a nuestra Iglesia Diocesana, muy necesitada de la generosidad de los fieles, especialmente en estos tiempos de limitación de encuentros, y a vivir esta aportación como un gesto de comunión y de caridad, y también como el cumplimiento de un mandamiento: el de ayudar a la iglesia en sus necesidades.

Con tu tiempo, con tus cualidades, con tu apoyo económico y con tu oración seguiremos trabajando en la extensión del Reino de Dios. Te necesitamos.

Un saludo cordial con mi afecto y mi bendición,

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.

FRATELLI TUTTI: Fraternidad para salir de un mundo cerrado

Pasados cinco años de la publicación de la encíclica «Laudato si», que como declara Papa Francisco escribió inspirada por S. Francisco de Asís, se ha sentido motivado también por él «para dedicar esta nueva encíclica a la fraternidad y a la amistad social». Muchos «hermanos» del mundo le han influido para asumir semejante empresa, sobre todo el Gran Imán Ahmad Al-Tayyeb, con quien se encontró en Abu Dabi en febrero de 2019. «Fratelli Tutti» recoge y desarrolla los temas del «Documento sobre la fraternidad humana por la paz y la convivencia común», que selló aquel encuentro.

Más allá del decidido compromiso en el diálogo interreligioso que este documento representa, la Encíclica lo trasciende profundizando en un camino que la Iglesia Católica ha ido recorriendo especialmente desde el Concilio Vaticano II, para la construcción de la fraternidad y la defensa de la dignidad humana, la justicia y la paz en el mundo.

En sus inicios, la Encíclica hace una muy clara descripción de las «**Sombras de un mundo cerrado**» (n. 9-53), analizando las tendencias actuales que no favorecen a la fraternidad, e indicando cómo muchos sueños de integración y pacificación de las últimas décadas se desintegran, resurgiendo conflictos anacrónicos. Apunta, entre otras «**sombras**», a la pérdida de conciencia histórica, a la desfiguración de las grandes palabras –democracia, libertad, justicia-, a la siembra de desesperanza y desconfianza como mecanismo de dominación política, a la cultura del descarte: de alimentos y bienes, y de personas y grupos –pobres, discapacitados, no nacidos o ancianos-, sacrificables en función del bienestar de otros, descarte que también se expresa en el racismo, en la cultura de la creación de muros para la autopreservación y la falta de humanidad ante los movimientos migratorios. En definitiva nos encontramos en tiempos de una globalización y un progreso sin un rumbo común y no realmente humano. La misma encíclica, escrita durante la **pandemia**, recuerda como estas circunstancias de emergencia sanitaria han puesto en evidencia hasta qué punto la insolidaridad reinante es una triste realidad, y cuán urgente es superar el virus del individualismo radical. Aunque la «reciente pandemia nos permitió rescatar y

valorizar a tantos compañeros y compañeras de viaje que, en el miedo, reaccionaron donando la propia vida (...) comprendieron que nadie se salva solo» (n.54).

Concluye, pues, esta desalentadora panorámica reivindicando la **esperanza**, basándose en dos razones: «Dios sigue derramando en la humanidad semillas de bien»; y en el corazón humano existe «una sed», «un anhelo de plenitud, de vida lograda» que «eleva el espíritu» más allá de la comodidad personal, para abrazarse «a grandes ideales que hacen la vida más bella y digna» (n. 54-55).

Propone, en un segundo momento, una clara interpelación y una salida desde la parábola del Buen Samaritano (Lc. 10, 25-37). **Un extraño en el camino: el buen samaritano como interpelación.** En esta enseñanza del mismo Jesús, en forma de parábola, se nos propone una cultura diferente orientada a superar las enemistades y a cuidar unos de otros. Todos somos responsables de este empeño, ser «parte de la rehabilitación y el auxilio de las sociedades heridas (...) en vez de acentuar odios y resentimientos». Concluyendo con una referencia a Mt 25,35: «Fui forastero y me hospedasteis». **La interpelación del forastero.** Para nosotros, cristianos, estas palabras tienen una «dimensión trascendente: implican reconocer a Cristo en cada hermano abandonado o excluido» (n.85).

Pensar y gestar un mundo abierto solo es posible desde el amor, que nos permite trascendernos a nosotros mismos y nuestro grupo de pertenencia. Así, Papa Francisco propone una antropología del encuentro frente a una concepción individualista de la persona. Sin la entrega de sí mismo a los demás, el ser humano no puede desarrollarse ni encontrar su plenitud.

El **destino universal de los bienes** y la función social de la **propiedad** son abordados. El Papa Francisco entra en uno de los temas que más revuelo ha causado en la Encíclica, aunque se trata de un principio básico de la Doctrina Social de la Iglesia; afirmando, entre otras cosas, que éste «derecho a la propiedad privada sólo puede ser considerado como un derecho natural secundario y derivado del principio del destino universal de los bienes creados» (n.120).

Un corazón abierto al mundo entero. Igualmente Papa Francisco, al plantear la puesta en práctica de afirmaciones anteriores, se ocupa en primer lugar de las migraciones, sintetizando la Doctrina Social de la Iglesia sobre esta cuestión en los últimos años; aborda la relación entre Oriente y Occidente, y destaca la importancia de la ayuda mutua entre los países. Realiza unas interesantes reflexiones sobre la tensión entre lo global y lo local, el amor a la propia tierra y el horizonte universal de la familia humana, así como la importancia de mantener ambas perspectivas.

La mejor política. Para el desarrollo de una comunidad mundial es indispensable una política puesta al servicio del **bien común**. Señala que el «desprecio a los débiles», la falta de respeto a las diversas culturas, y la dificultad para pensar en términos de un mundo abierto, contaminan la política actual. Estas actitudes están condicionadas por el populismo, y por el liberalismo individualista.

Hace una clara reivindicación de **la política como expresión de la caridad**, indispensable para hacer efectiva la fraternidad humana. La buena política piensa en el bien común y en modificar las condiciones que provocan sufrimiento. Señalando así: «Las mayores angustias de un político» deberían ser «el fenómeno de **la exclusión social y económica**» y sus consecuencias y «todo lo que atenta contra **los derechos fundamentales**» (n. 177-197). Sin olvidar, como destaca Papa Francisco, que el «gran tema es **el trabajo** (...) es asegurar a todas las personas la posibilidad de hacer brotar las semillas que Dios ha puesto en cada uno, sus capacidades, su iniciativa, sus fuerzas. Esa es la mejor ayuda para un pobre, el mejor camino hacia una existencia digna» (n.162).

El diálogo social hacia una nueva cultura. Papa Francisco reivindica el diálogo como una herramienta indispensable para mantener unidas a las personas y a los pueblos y ayudarles a vivir mejor. Destacando que: «entre la indiferencia egoísta y la protesta violenta, siempre hay una opción posible: el diálogo».

Además, en un mundo paralizado, tensionado hasta el límite, contaminado por una hiperinformación globalizada que aturde al navegante digital, Papa Francisco evoca el valor del silencio y de la escucha. Y se

agradece su llamada a **recuperar la amabilidad**; y ésta con «esfuerzo, vivido cada día es capaz de crear esa convivencia sana que vence las incomprensiones y previene los conflictos (...). Facilita la búsqueda de consensos y abre caminos donde la exasperación destruye todos los puentes» (n.224).

Con todo ello aborda los **Caminos de Reencuentro**, los procesos de pacificación, en los que son indispensables el reconocimiento de la verdad histórica de los hechos, la escucha y la memoria de las víctimas, y el compromiso con la verdad, la justicia y la misericordia. Es importante notar que, en el apartado «**La arquitectura y la artesanía de la paz**», afirma: «Hay una arquitectura de la paz, donde intervienen las distintas instituciones de la sociedad, cada una desde su competencia, pero hay también una «artesanía» de la paz que nos involucra a todos» (n.231). La paz es una tarea que no da tregua, y pide poner en el centro el bien común, huir de la tentación de la venganza y de los intereses particulares.

Son de gran interés sus reflexiones con las que culmina esta parte de su Encíclica: el valor y el sentido del perdón; la reivindicación de la memoria y el perdón sin olvidos; así como el rechazo total y la más absoluta condena de la injusticia de la guerra y de la pena de muerte.

Termina su documento con la valoración de **las distintas religiones** como «aporte valioso para **la construcción de la fraternidad** y para la defensa de la **justicia** en la sociedad»; y se remite a la «apertura al Padre de todos», como «fundamento último» para «la fraternidad», y precisa la valoración que hace la Iglesia de «la acción de Dios en las demás religiones», así como de la injustificable justificación de cualquier forma de violencia revestida de motivaciones religiosas, afirmando: «La verdad es que la violencia no encuentra fundamento en las convicciones religiosas fundamentales sino en sus deformaciones» (n.282).

Concluye la Encíclica con la declaración que selló el encuentro con el Gran Imán Ahmad Al-Tayyeb, un llamamiento en el que asumen «la cultura del diálogo como camino; la colaboración común como conducta; el conocimiento recíproco como método y criterio» (n.285).

Con estas palabras en el final de su declaración, concluimos esta

sucinta panorámica de esta Encíclica rica y variada, con innumerables y diversos aspectos, que dará mucho que hablar, discutir y profundizar. Una Encíclica que es fruto maduro del magisterio social del Papa Francisco desplegado a lo largo de sus años de pontificado, elaborado a la escucha de los gozos y los sufrimientos de nuestros contemporáneos, empezando por los últimos. Un magisterio que refleja sus preocupaciones como Pastor universal, y que expresa el servicio de la Iglesia a la Humanidad.

✠ **Jesús Murgui Soriano.**
Obispo de Orihuela-Alicante.

ADVIENTO: Tiempos de suplicar y de vivir en el servicio y la esperanza

Iniciamos con toda la Iglesia un nuevo Año Litúrgico: un nuevo camino de fe, para vivir juntos en nuestras comunidades cristianas, pero también para recorrer dentro de la historia del mundo, a fin de abrirla al misterio de Dios, a la sabiduría que viene de su amor.

Con el **tiempo de Adviento** comenzamos este camino. Adviento, tiempo entrañable en el que se despierta en los corazones la espera del retorno de Cristo y la memoria de su primera venida, cuando se despojó de su gloria divina para asumir nuestra carne mortal.

En el texto del primer Evangelio que leemos en el Adviento, Jesús nos hace a todos el siguiente llamamiento: «¡**Velad!**» (Mc 13,37). Una llamada que nos recuerda que nuestra vida no tiene sólo una dimensión terrena, sino que está proyectada hacia un «más allá»; así como que cada uno de nosotros será llamado a rendir cuentas de cómo ha vivido, de cómo ha utilizado sus propias capacidades: si las ha conservado solamente para sí o las ha hecho fructificar también para el bien de los hermanos. Una llamada evidente, en el primer Evangelio que leemos en el Adviento, en el que Él nos exhorta a tomar en serio el proceder de nuestra vida, estando **atentos y vigilantes** a fin de estar listos para recibirlo en el momento de su venida.

Estar lúcidos, despiertos, mirar cómo vivimos, tomar en serio la propia vida de la que estamos llamados a responder, es un llamamiento que resuena muy oportuno en estos tiempos de pandemia en los que estamos sumidos; y a propósito de los cuales nos exhortó papa Francisco en su homilía del Domingo de Ramos de este año 2020, en la que subrayó que «el drama que estamos atravesando en este tiempo nos obliga a tomar en serio lo que cuenta, a no perdernos en cosas insignificantes, a redescubrir que **la vida no sirve si no se sirve**». Añadiendo: «No pensemos tanto en lo que nos falta, sino en el bien que podemos hacer (...). El camino del servicio es el que triunfa».

Por muchas razones recordamos los advientos que hemos vivido en nuestra existencia, y vemos que **la esperanza** es la virtud por excelencia de este tiempo, pero ésta, para ser verdadera y creíble en este presente que tanto nos condiciona, **se debe conjugar con la vigilancia y la laboriosidad**.

En la «casa» que es la Iglesia, todos los criados tienen su tarea, y todos se llaman «siervos». Siervo es una persona que pertenece a otro, que no tiene dominio ni sobre su propia vida. En la casa de este Señor, todos tienen esta condición de no pertenecerse a sí mismos, sino sólo a Él y a los demás. El ejemplo de los discípulos que se durmieron en vez de velar con Jesús en el huerto de Getsemaní muestra a las claras que esta vigilancia no es una actitud más, sino que coincide sustancialmente con la capacidad de dar la vida, como fue la actitud de Jesús.

Valgan **las circunstancias que nos envuelven** durante meses por la pandemia, como oportunidad para tomar en serio nuestra vida, tomando en serio lo que cuenta. **Una oportunidad de revisar y de cambiar nuestro modo de vida**. Una vida donde abunda la acción, pero donde falta la mirada sabia hacía mí mismo y hacia los que me rodean. Una vida donde las prisas, las rutinas y la comodidad, las responsabilidades y las irresponsabilidades me impiden parar, contemplar y conocer realmente. **Una vida, paradójicamente, llena de ausencias de los demás y, y no digamos, de Dios**.

Isaías, el profeta del Adviento, en la primerísima lectura de este tiempo y del Año Litúrgico nos hace reflexionar con una apremiante

oración, dirigida a Dios en nombre del pueblo. Reconoce las faltas de su gente, y en cierto momento dice: «Nadie invoca tu nombre; nadie salía del letargo para adherirse a ti; pues nos ocultas tu rostro y nos entregabas al poder de nuestra culpa» (Is 64,6). Impresionan estas palabras, que pueden como reflejar ciertos panoramas de la época en la que aún estamos sumidos: las ciudades donde la vida resulta anónima y horizontal, donde Dios parece totalmente ausente y el hombre el único amo, como si fuera el artífice y el director de todo: construcciones, trabajo, economía, transportes, ciencia, técnica, todo parece depender sólo del hombre. Y, a veces, en este mundo que parecía como perfecto, previsible, controlado, suceden cosas desconcertantes, como la pandemia en la que vivimos, aún para nosotros con más preguntas que respuestas.

En medio de tantos interrogantes en los que nos ha sumido el drama que estamos atravesando; en medio de los sufrimientos, los llantos y los esfuerzos de tantos, elevemos a Dios nuestra oración, con las mismas palabras de Isaías: «**Tú, Señor, eres nuestro padre**, tu nombre desde siempre es "nuestro Libertador"» (Is 63, 16 c). Oremos, sintiendo estas palabras en toda su fuerza. Recordándole que se ha comprometido con nosotros, que su Hijo se ha expuesto por nuestro «rescate», y así, movidos por su Espíritu, podremos apelar a este título para llamar a su corazón. Deseando que no recuerde nuestros pecados, sino quién es Él, «nuestro alfarero» y nosotros la «arcilla», «obra» de su «mano» (Is. 64,7).

Supliquemos a Dios el don tan necesario de la virtud de la Esperanza. La gracia de **confiar y esperar en Él**: activamente presentes en el momento actual con nuestra vida hecha servicio, pero conscientes que nos cuesta dejar de estar queriendo ser absolutos controladores de los acontecimientos, y conscientes de que su misericordia siempre nos sorprende y va más allá de nuestras imaginaciones y previsiones, conscientes de que, en último término, creer nos lleva a abandonarnos a su amor.

María es nuestro gran referente en el tiempo de Adviento, y nuestro gran **modelo** para estos tiempos donde es esencial esperar en Dios. Que su amor, como **madre** nuestra, interceda para que con esta fe y esperanza en el Señor, a pesar del drama de ésta época, no perdamos la paz. Y, por gracia, convirtamos este momento histórico en **oportunidad**

de crecimiento en la vida cristiana, en cada uno de nosotros y en cada comunidad.

✠ **Jesús Murgui Soriano.**
Obispo de Orihuela-Alicante.

8 de diciembre, Día del Seminario

El próximo 8 de diciembre celebraremos el Día del Seminario. Este año, la Conferencia Episcopal Española lo ha trasladado a esta fecha debido a la situación de confinamiento que vivíamos en torno a San José, fecha en la que tradicionalmente se hacía coincidir la Campaña del Seminario. Para nuestra Diócesis, el día de la Inmaculada Concepción también está muy vinculado al Seminario y a las vocaciones sacerdotales al ser la Inmaculada Patrona de nuestro Seminario. Bajo la atenta mirada de María, los seminaristas van preparándose cada día a nivel humano, cristiano y vocacional, para responder generosamente a la llamada de Dios al sacerdocio y ser los sacerdotes que la Iglesia y el mundo necesitan.

Toda la Iglesia Diocesana se unirá en la celebración eucarística de ese día para dar gracias a Dios por cada uno de los seminaristas que se forman en nuestro Seminario, sus familias y sus parroquias y comunidades eclesiales de origen. Os pido que continuéis rogando al Señor que en esta Iglesia, que camina en Orihuela-Alicante, no falten nunca abundantes vocaciones sacerdotales. No dejéis de ayudar económicamente al Seminario. De hecho, la colecta del día de la Inmaculada será para este fin. Que María Inmaculada interceda por los seminaristas y por todos los responsables de su formación para que siempre tengamos sacerdotes según el Corazón de Cristo.

Acoger y celebrar la Navidad

La noche ha sido iluminada por aquel que es la Luz. María da a luz a la verdadera luz del mundo y da la vida humana al que es la Vida.

No es la cueva de Belén y la visión de su pobreza lo que turba nuestro pensamiento, sino que es el abajamiento del Hijo de Dios lo que desafía

a nuestra racionalidad que no tiene cabida para la lógica del Inmenso en el límite y del Omnipotente en la necesidad. Y esta es la sublime lección de amor que Dios confía al corazón del ser humano y la eterna Sabiduría a su razón. La gracia para entender esto es concedida a los pobres y sencillos (Cf. Mt 11,25); y, también, a los puros de corazón, como nos recuerdan las Bienaventuranzas (Cf. Mt 5,8).

De hecho veremos en los relatos evangélicos de los días de Navidad, como esto se manifiesta en la sencillez de los pastores, primeros llamados a la cueva de Belén, y en la búsqueda perseverante de los Magos, cuyos ojos vieron la estrella para seguirla, y cuyos corazones acogieron con obediencia la voz de la Palabra.

Con el nacimiento de Jesús ya no estamos solos, Dios viene a nosotros, habita entre nosotros (Cf. Jn 1,14). Desde la humilde cueva de Belén, inicia el misterioso y doloroso camino de Mesías Salvador que le conducirá hasta Jerusalén, donde cumplirá la voluntad del Padre consumando en la Cruz su sacrificio de amor, para salvarnos. Y resucitado, sigue con nosotros todos los días hasta el final del mundo (Cfr. Mt 28, 20). Por obra del Espíritu Santo, en su Iglesia nos habla con su Palabra, y nos alimenta con el pan de vida, la Eucaristía. En su Iglesia sigue caminando con nosotros, acogiéndonos, perdonándonos, curándonos. En ella, especialmente en los sacramentos, se sigue acercando para salvarnos, sigue prolongando su nacimiento para no dejarnos ya, nunca, solos. Así la Navidad inauguró una cercanía de amor que llega hasta nosotros, hasta cada uno de nosotros.

Así nos habla de la Navidad, con su culta expresión, San Pablo VI, como «liturgia inaugural, cósmica e inefable, que celebra el canto de la Alianza nueva entre el Dios de la eternidad y los hombres de la historia, entre el cielo y el mundo, entre la gloria del Reino, todavía para nosotros invisible, y la realidad terrestre, a la vez espléndida y atormentada» (Mensaje «Urbi et orbe», 25-XII-1974).

En ésta realidad nuestra, especialmente atormentada y sufriente por el drama de la pandemia, estamos llamados a acoger y celebrar la Navidad. Una Navidad muy solidaria, especialmente unidos a los sufrimientos de tantos hombres y mujeres y a la entrega ejemplar de cuantos les cuidan y sirven, un dolor y una entrega que marcan e iluminan nuestra más profunda y actual realidad.

Ahí está Jesús, naciendo para todos, cerca del dolor y del amor hecho servicio. Y ahí quiere el Señor que le encontremos y le acojamos.

Elevemos nuestra oración por nuestra pobre humanidad, para que sepa reconocer y acoger al Señor que viene a ella, y para que, aunque atravesando una gran prueba, no se sienta abandonada por Dios, dejada de su mano, condenada y sola.

Que la solidaridad comprometida y la sensibilidad tan singular, que son promovidas en nosotros por este momento tan dramático de nuestra historia, sean de ayuda para acoger mejor la lección de amor que Dios nos da, la enseñanza contenida en la cueva de Belén. Así nos lo recuerda Papa Francisco: «Ante el pesebre, comprendemos que lo que nos alimenta la vida no son los bienes, sino el amor; no es la voracidad, sino la caridad; no es la abundancia ostentosa, sino la sencillez que se ha de preservar. En Navidad recibimos en la tierra a Jesús, Pan del cielo: es un alimento que no caduca nunca. En Belén descubrimos que la vida de Dios corre por las venas de la humanidad» (Homilía en la Misa de medianoche, 24-XII-2018).

Sensibles y solidarios, más que nunca, con tantas necesidades y con tantos ejemplos de entrega de los que vivimos rodeados en esta época: Acojamos a Jesús que ha nacido por nosotros de María; y pidámosle que nuestra sufriente Humanidad encuentre en Él el amor que es la luz que rompe la pesada oscuridad de nuestros días.

¡Feliz Navidad 2020!

✠ **Jesús Murgui Soriano.**
Obispo de Orihuela-Alicante.

HOMILÍAS Y ALOCUCIONES

Misa Solemne de Todos los Santos

*Santa María de Elche,
1 de noviembre de 2020*

Es hermoso poder congregarnos en este lugar entrañable, Santa María, donde, como expresión única e incomparable del amor a la Madre de Deu, se le ofrece la representación del Misteri en su fiesta de Agosto y en los años pares tal día como hoy, 1 de noviembre; esto último desde que el 1 de noviembre de 1950, es decir hace exactamente 70 años, el Papa Pío XII proclamaba el dogma de la Asunción de Ntra. Sra. Hoy, por tanto, aunque sin poder ofrecerle, por la pandemia, tan incomparable representación, sí que venimos junto a nuestra Madre para conmemorar tan importante fecha para la devoción mariana de Elche y para la de la Iglesia entera.

Y ello en el marco singular de la Solemnidad de Todos los Santos. La Palabra de Dios, en la primera lectura que hemos escuchado, en el libro del Apocalipsis parece que nos los presentaba para contemplarlos: «...vi una muchedumbre inmensa, que nadie podía contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en las manos». Hombres y mujeres que han recibido la misericordia de Dios y han perseverado en el camino del Evangelio. Hombres y mujeres que ahora viven en aquella Casa del Padre con muchas estancias adonde fue Jesús resucitado para preparar un lugar para todos.

No están lejos de nosotros, en un mundo lejano e inaccesible. Por un luminoso misterio de comunión, «la comunión de los Santos», estamos unidos a todos ellos, unidos a todos los Santos. Como nos enseña papa

Francisco, con ocasión de esta fiesta, hoy celebramos «no sólo a los más conocidos, los del calendario, sino también a los <<de la puerta de al lado>>, a los miembros de nuestra familia y conocidos que ahora forman parte de esa inmensa multitud. Hoy, pues, es una fiesta familiar. Los Santos están cerca de nosotros, de hecho, son nuestros verdaderos hermanos y hermanas. Nos entienden, nos aman, saben lo que es nuestro verdadero bien, nos ayudan y nos esperan. Son felices y nos quieren felices con ellos en el paraíso» (1-11-2018). Y no sólo felices, bienaventurados únicamente al final; y no sólo partícipes de la santidad de Dios al final de camino, únicamente al final, sino también, ya, en el camino de esta vida.

Esta fiesta nos ayuda a comprender que la Santidad no empieza después de la muerte, sino antes, desde que entramos a formar parte de la «familia de Dios», desde que somos «separados» (pues eso significa «santo») de un destino de pecado y de muerte y entramos a formar parte del pueblo Santo de Dios. El apóstol Juan, en la segunda lectura que hemos escuchado, nos recuerda algo, que a menudo olvidamos, el extraordinario don que hemos recibido gratuitamente del Señor: «Mirad que amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos».

Por gracia, merced al sacramento del Bautismo, hemos sido admitidos en su pueblo, la Iglesia. Y ella como una madre inclinándose con amor y con paciencia hacia nosotros para llevarnos a las alturas, al cielo, al pueblo Santo que está ya, plenamente, ante el Señor. La Iglesia cada día nos acompaña por los caminos de la misericordia, sin cesar nos reúne para la oración en todos los extremos del mundo y nos alimenta con la Eucaristía, hace que levantemos la mirada hacia el cielo de Dios, y hace que en el banquete eucarístico pregustemos, ya hoy, lo que seremos mañana. La Santidad no es un premio por conquistas o méritos, y no es un camino individual y privado; es don, gracia, que procede del amor que es Dios, que se acrece en el amor compartido y hecho servicio, en camino hacia a plenitud, en la que ya están nuestros hermanos en el cielo, precedidos –como primicia– por María, asunta a los cielo.

María con todos los Santos, a nosotros, miembros de la Iglesia que aún peregrina en la tierra, nos animan a avanzar por el camino de la santidad, a ser felices, bienaventurados como nos indica el Evangelio de S. Mateo que acabamos de escuchar, con esas palabras de Jesús tan

hermosas y conocidas y que comenta así papa Francisco: «"Bienaventurados los pobres de espíritu...los mansos, los limpios de corazón...". El Evangelio dice bienaventurados los pobres, mientras que el mundo dice bienaventurados los ricos; dice bienaventurados los mansos, mientras que el mundo dice bienaventurados los prepotentes; dice bienaventurados los puros, mientras que el mundo dice bienaventurados los astutos y los vividores. Este camino de la bienaventuranza, de la santidad, parece conducir al fracaso. Y, sin embargo, los Santos tienen "palmas en sus manos", es decir, los símbolos de la victoria. Han ganado ellos, no el mundo. Y nos exhorta a elegir su parte. La de Dios que es santo. Preguntémosnos de qué lado estamos: ¿del cielo o de la tierra? ¿Vivimos para el Señor o para nosotros mismos, para la felicidad eterna o para alguna satisfacción ahora? Preguntémosnos: ¿realmente queremos la Santidad? ¿O nos contentamos con ser cristianos sin pena ni gloria, que creen en Dios y estiman a los demás pero sin exagerar? El Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados» (1-11-2018).

En plena pandemia me permito destacar la primera bienaventuranza: «Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos». En cierto sentido, en este enunciado se condensa el resto de las enseñanzas que el Señor nos presenta en esta solemnidad. En efecto, sólo, puede ser dichoso, no solo en la vida futura, sino también en esta, quien ha puesto toda su confianza en el Señor. Y ello pide un gran desprendimiento por nuestra parte, que nos libere del peso de la preocupación por lo que nos puede faltar, abandonándonos a su Providencia amorosa, a que todo lo recibidos del Señor, a que nada nos puede apartar de su amor. Una gracia decisiva, que en estos tiempos de tanta dificultad, estamos especialmente llamados a suplicar.

Unámonos fuertemente al Señor en esta Eucaristía, sintiendo todo lo que son estos tiempos para nuestra postrada y desconcertada Humanidad; que la Eucaristía que nos va a alimentar, Cuerpo de Cristo, pan de vida eterna, y que nos une en Él a María y a todos los Santos, nos venga a dar la luz y el consuelo que necesitamos; y nos encienda la esperanza en estas circunstancias, testigos del Señor, de su resurrección y de su amor para nuestros hermanos, tal como lo fueron en esta vida todos los Santos . Así sea.

Misa de la Fiesta de la Virgen del Sufragio

*Auditorio Municipal de Benidorm
8 de noviembre 2020*

Desde el atardecer de aquel lejano 15 de marzo de 1740, cuando un barco sin arboladura trajo hasta la bahía de Benidorm la entrañable imagen de la Mare de Déu del Sofratge, consolidada su devoción y su patronazgo, ha venido celebrándose fielmente su fiesta en las más diversas circunstancias. Pero es difícil, creo, encontrar muchos años en esta larga historia que lleguen a superar a este año en incertidumbre. Incertidumbre en el ámbito sanitario y también en el material; año especialmente difícil, en este último aspecto, para Benidorm. Y ello en un marco mundial –en un mundo interconectado, como nunca- con muchos interrogantes, sin saber cuándo y cómo acabará el drama que atenaza, desde hace meses, a nuestra Humanidad.

Y aun así, celebramos el día de nuestra madre, la Mare de Déu del Sofratge, de la Virgen del Sufragio, o mejor, precisamente porque compartimos el estado de ánimo colectivo, porque sentimos no pocos motivos para el sufrimiento, por ello queremos congregarnos en torno a Ella, como hicieron nuestros antepasados en circunstancias de dificultad, para, mirarla y aprender de Ella y para sentirla cerca y suplicarle su protección, en estos momentos.

Para aprender de ella, nada mejor que fijarnos en lo que nos ha transmitido la Palabra de Dios, especialmente el Evangelio que acabamos de escuchar (Lc 1,26-38), una de las páginas más hermosas de la Sagrada Escritura. Fijémonos en tres palabras, tres afirmaciones de tan rico texto.

En la primera palabra: «alégrate», «regocíjate». El Nuevo Testamento, que comienza con este diálogo, es realmente Evangelio, «buena noticia», que nos trae alegría. Dios está cerca de nosotros; es bueno, nos conoce, nos ama. Y precisamente María está llamada a ser «morada de Dios», la que hace realidad la profecía de la 1ª lectura (Is 7, 10-14; 8,10b); la esperanza de la humanidad: conocer, «tocar» a Dios.

«No temas María», le dice el ángel. Estas palabras, seguramente penetrarían a fondo en el corazón de María. En diversas y difíciles situaciones las recordaría. Ante la profecía de Simeón, en las contradicciones en torno a Jesús durante la vida pública, en el Calvario, al pie de la cruz, cuando parece que todo ha acabado. «No temas». María nos dice estas palabras también a nosotros; especialmente en estos tiempos inciertos y de zozobra: «No temas».

La tercera palabra: al final del diálogo del texto, María responde al ángel: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra». María hace suyas las palabras del Hijo, que hemos oído en la segunda lectura (Hb 10, 4-10), anticipa la invocación del Padre nuestro: «Hágase tu voluntad». Dice «sí» a la voluntad divina, inserta en ella su existencia, y así abre la puerta del mundo a Dios. María nos invita a nosotros a decir ese «sí», que a veces resulta tan difícil. Nos anima a cada uno: ¡Sé valiente!, di también tú: «Hágase tu voluntad»; porque esta voluntad es buena; es vida.

Tres palabras especialmente significativas, iluminadoras para nosotros en estos momentos. Nos hacen recordar que el hijo de la Mare de Deu, de nuestra Virgen del Sufragio, es Dios con nosotros, y que ella nos lo sigue trayendo desde su imagen, desde su amor. Su hijo, Jesús, que tantas veces dijo: «No temáis»; que en plena tempestad, situación semejante a la nuestra, preguntó a los suyos, como nos sigue preguntando a nosotros: «¿De qué tenéis miedo? ¿No tenéis fe?» (Mc 4,40). Y ella, nuestra madre, nostra Mare de Déu del Sofratge, nos sigue animando a imitarla, animando a confiar, a acoger con fe la voluntad del Padre que siempre es vida y es bien, animándonos a abandonarnos en Él.

Esta situación de pandemia, con todas sus graves consecuencias, es una durísima prueba para la Humanidad, y como ha indicado papa Francisco es, también, oportunidad para que de este largo y doloroso trance salga una mejor Humanidad. Haciéndonos más sabios: sopesando nuestra fragilidad. Los avances científicos y técnicos, fruto positivo de la modernidad, no son un absoluto. El momento ayuda a levantar los ojos a Dios desde la experiencia de nuestra limitación humana, desde la humildad, y con la confianza en su amor.

Pidamos saber valorar las cosas debidamente; vivir estos momentos como ocasión para que nos preguntemos si en nuestra vida valoramos las cosas, los tiempos, las personas, según la importancia real, dando valor a lo que realmente lo tiene; reordenando, así, nuestra vida y sus prioridades.

Y, finalmente, en tiempos de tantas necesidades espirituales y materiales, pidamos crecer en solidaridad; vivir sin encerrarnos en nosotros mismos, o en los míos y los propios intereses. Pidamos a nuestra madre, la Virgen, que nos dé un espíritu responsable, abierto, sensible, que desde la solidaridad ayude a la cohesión familiar y social, a la justa convivencia y a la paz.

Elevemos nuestra oración a la Virgen del Sufragio por los que más han sufrido esta situación: los difuntos, los enfermos y sus familias. Oremos por los servidores de los demás en el mundo de la sanidad y en los más variados servicios. Recordemos a las víctimas de la consecuente crisis económica que tanto afecta a nuestra ciudad, a las familias de Benidorm. Que las necesidades y las esperanzas de todos sean presentadas a nuestra Madre, especialmente en esta Misa de su fiesta del presente año, para que prosiga con su intercesión ante su Hijo, y no nos deje de la mano de su amor.

Somos conscientes de que la recuperación de la vida social, también de la eclesial, no será camino rápido y fácil. Pero esta situación, si es vivida como oportunidad de renovación, por gracias de Dios, puede convertirse en un momento de crecimiento y de maduración. Es cierto que en algunos momentos podremos sentir desánimo y cansancio, pero la persona con fe no sólo mira las dificultades, sabe ver los frutos de la gracia en el corazón de la vida de las personas. No nos dejemos vencer por el desaliento. Estemos a la altura de la misión recibida del Señor, de lo que Él espera de nosotros. Seamos gentes recias y fuertes que apoyados en Dios, en su amor, viven y comunican esperanza. Personas que nos ponemos en pie y ayudamos a levantarse a los demás. Esta es la ocasión.

María, como hemos recordado, pasó por el Calvario, cuando todo era oscuridad, y se mantuvo en pie, en su fe, junto a la Cruz, así fue la primera en ser visitada por la luz de su Hijo resucitado; ella intercederá

para que todo esto sea para bien de nosotros, sus hijos; ella, nostra Mare de Déu del Sofratge, no nos dejará a quienes con amor la seguimos imitando y venerando en Benidorm. Así sea.

Misa del 275 Aniversario de la Parroquia de San Pedro de Rojas. Jornada Mundial de los Pobres

14 de noviembre 2020

Celebramos con gozo esta Eucaristía de acción de gracias a Dios por los 275 años del inicio de la andadura como parroquia de esta comunidad cristiana de Rojas. Y lo hacemos en el marco de la Jornada Mundial de los Pobres instituida por el papa Francisco.

Dejémonos iluminar por la Palabra de Dios que acabamos de escuchar. Como decía San Pablo en la segunda lectura (1 Tes 5,1-6), «vosotros, hermanos no vivís en tinieblas». Es evidente que el día del Señor, día del final y de dar cuentas, viene «de improviso». Lo estamos viviendo en estas circunstancias de pandemia. De ahí, que importa estar «en vela», sin entregarnos «al sueño». La Palabra nos llama, pues, a la vigilancia, a estar despiertos, a no perder la vida.

El Evangelio (Mt 25, 14-30) con la parábola de los talentos es un claro llamamiento a hacer rendir las cualidades, el tiempo de nuestra vida. Y una forma muy concreta de ser útiles, de hacer de la vida algo con valor es sin duda hacer de ella un servicio permanente a los demás, un acto de amor y de entrega a cuantos viven y nos necesitan a nuestro alrededor. Especialmente ser sensibles a la pobreza ajena, a la necesidad del otro. En el libro de los Proverbios, es digno de señalar que entre las cualidades que señala de una «mujer fuerte», valiosa, además de destacar el ser digna de confianza y laboriosa, destaca: «Abre sus manos al necesitado y tiende sus brazos al pobre». A esta sensibilidad y a este compromiso nos llama Papa Francisco de modo especial en esta Jornada.

Sin duda, en esta jornada de los Pobres, lo que el Papa nos quiere trasladar es que abramos los ojos a tanta miseria, a tanta necesidad y

que no nos quedemos en espectadores, sino en personas comprometidas para crear un mundo nuevo que destierre la pobreza, que solucione por el camino de la fraternidad tantas carencias y tantos problemas como estamos sufriendo en este momento histórico. Les aconsejo que en la medida que puedan conozcan el contenido de la Encíclica que Papa Francisco, víspera de San Francisco de Asís firmó en la ciudad de Asís junto a la tumba del Santo, Fratelli Tuti, que es una llamada a la fraternidad y explica de forma maravillosa muchos temas complejísimo: lo que debe ser la política, lo que tiene que ser un buen político, lo que tienen que ser los trabajos y la sociedad, lo que tiene que ser la salida de este mundo lleno de oscuridad, en estos momentos históricos que estamos viviendo. Creo que es un documento de los que marcan historia y me encantaría que la gente lo pudiera conocer.

También, en el fondo, a ello apunta nuestra acción de gracias por los 275 años de nuestra querida comunidad parroquial de S. Pedro Apóstol de Rojales. Acción de gracias por estar sembrando la sabiduría y el gozo del Evangelio en y todos estos años. En una comunidad cristiana es esencial esta labor de dar a conocer al Señor y de cultivar la fe de sus hijos. Tarea que se concreta en cada familia cristiana. La trasmisión de la fe no sólo es asunto del sacerdote y de los catequistas, sino principalmente de los padres.

Por tanto, esta Misa, en primer lugar debe ser una profunda acción de gracias al Señor para decir: Señor, bendito seas por estos 275 años de fe. En Ti se ha propagado, ha pasado de generación en generación, de padres a hijos, a los nietos, a las generaciones que se han ido sucediendo. Y eso gracias a la entrega, al testimonio de fe, a la predicación, a la catequesis de buenos sacerdotes, catequistas, pero especialmente de los padres de familia. Ahora quizás menos, pero durante muchas generaciones el lugar por antonomasia donde se transmitía la fe era el hogar, la familia.

Acción de gracias por hacer esta tarea no sólo con la palabra, sino con el testimonio, con la Caridad. Dios es amor, y anunciarlo con obras a Él, es vivir en el amor que él es, y que en Jesús ha manifestado y nos ha pedido que viviéramos. Especialmente en estos tiempos la Iglesia está llamada a ser «hospital de campaña» que acoge y cura. Los cristianos

estamos llamados a vivir y ser testigos del amor de Jesús; así construir el mundo desde la fraternidad y el servicio.

Por tanto, demos gracias a Dios, no solo por los que predicaron la fe, sino porque aquí, en Rojas, además de la palabra sembraron su testimonio, su ejemplo a lo largo de estos 275 años.

Y de forma especial en este tiempo de pandemia, de tantas penas, de tantos sufrimientos no sólo de tipo sanitario, sino también de consecuencias sociales, económicas, laborales y de todo tipo; debemos, ser como decía Papa Francisco, «hospital de campaña» lugar de misericordia, de acogida, de compromiso, de caridad y de amor.

Y finalmente, acción de gracias, porque durante generaciones este templo ha sido casa de oración, de encuentro con el Señor, por medio de la celebración de los Sacramentos, especialmente de la Eucaristía como cumbre y fuente de la vida cristiana. Que la Eucaristía dominical sea el gran momento de la vida de vuestra comunidad.

La parroquia es la casa donde se escriben posiblemente los momentos más grandes de nuestra vida, los momentos como personas y también como comunidad. ¿Cómo no vais a recordar los momentos de vuestras fiestas, los momentos que os juntáis en torno a la figura de San Pedro y sobre todo en torno a la queridísima imagen de Nuestra Señora del Rosario? Por tanto, queridos hermanos, dad gracias al Señor por todo esto.

En esta Eucaristía, hagamos memoria agradecida de cuantos en estos 275 años han hecho vida el Evangelio y han cuidado y sostenido la parroquia: Vuestros sacerdotes, vuestros padres y abuelos.

Hoy recordad con una memoria agradecida, muy firme y muy fuerte, a aquellos que os precedieron, a todos los sacerdotes que edificaron esta comunidad durante los 275 años. Sed agradecidos, también a vuestros padres y abuelos. A todos los buenos cristianos, la buena gente de Rojas, que dieron la vida, que amaron esta parroquia generación tras generación. Y hagamos una gran súplica, por todos los pobres y los que sufren en nuestro mundo, en tiempos de pandemia; y concretamente los de Rojas.

Finalmente, no podemos ignorar el momento que estamos viviendo, uno de los momentos más difíciles de nuestra historia. Pidamos por la paz, la convivencia de nuestro pueblo. Estamos viviendo una crisis sanitaria tremenda sobre la cual aún hay más preguntas que respuestas, donde nadie tiene la respuesta a cuándo y cómo va a terminar esto. Por tanto es un momento muy difícil, único. Yo me quiero coger mucho, para terminar, a un consejo de Papa Francisco en sus diversas intervenciones para los cristianos en estas circunstancias de la pandemia. El habla de que esto es un reto, una prueba, un desafío. Yo me acojo más aún a su palabra de que esto puede y debe ser una oportunidad. S. Pablo dice en la Carta a los Romanos: «Para los que aman a Dios todo les sirve para el bien». Y también en la misma carta dice: «Nadie puede apartarnos del amor que Él nos tiene». Vivid este tiempo como una oportunidad, que sirva para despertarnos, sirva para convertirnos, sirva para volver a Dios, y a las cosas importantes de la vida.

La Diócesis ha querido, que estos momentos sean de volver a la Eucaristía, a revalorizar lo que es la Misa Dominical, volver a reencontrarnos con Jesús. Sed gente de esperanza y fuertes en la fe, unidos al Señor y buenos Cirineos que ayuden a llevar la cruz a los demás.

Nada más, un abrazo a todos, que Dios os bendiga y que sigáis cumpliendo como Comunidad Parroquial de San Pedro muchos años más. Muchos años llenos de fe, de amor, de encuentro con el Señor y de servicio caritativo, ilusionado y esperanzado, a los hermanos. Así sea.

Presentación del Sínodo Diocesano de Jóvenes

*Salón de Actos del Obispado,
21 de noviembre de 2020*

Hoy damos un paso más en el camino Sinodal iniciado por Papa Francisco en 2015; aplicando y encarnando el Sínodo de los Obispos, el Sínodo de los Jóvenes, en nuestra realidad diocesana. Y esto, gracias a vuestra iniciativa, por vuestra petición, para que toméis la voz en nuestra

Iglesia; para que en una primera fase tratéis de **reconocer** la realidad de los jóvenes de nuestra Diócesis; para que en un segundo momento entréis a **interpretar**, con la ayuda de los documentos del Sínodo de 2018, lo que el Espíritu nos pide ante esa realidad; concluyendo con un **elegir**, que nos impulse a nuevos caminos para la evangelización.

Lo hermoso de un camino sinodal, como el que hoy comienza, como el que hoy se inicia con esta Presentación, no sólo son los frutos o resultados que se nos puedan dar como final o consecuencia del mismo, sino también el camino en sí. «Sínodo», que como bien sabéis significa «caminar juntos», tiene ya de sumamente positivo, hermoso y emocionante, el mismo hecho de **caminar juntos, impulsados por el Espíritu Santo, y unidos entre nosotros por Él.**

Os confieso que me afectó para sumarme a vuestra iniciativa, no sólo la forma tan positiva y sugerente como me la planteasteis, sino también el ver la diversidad de grupos y de «sensibilidades», como hoy se dice, que había detrás de ese primer paso que ha sido y es vuestro. Y esta unidad en la diversidad, que en definitiva fue Pentecostés, a mí me da mucha fe en el proyecto, porque entiendo que no es de un sector, o de una parte, sino algo originalmente abierto, inclusivo, y ello me hace pensar que es cosa del Señor. Y os pido que sigáis así: abiertos, integradores, en camino hecho en comunión, entre vosotros, y con el resto de la Iglesia de la que sois parte y para la que sois.

No entro en detalles que vosotros a continuación vais a explicar. Sólo me permito dos sugerencias, por si son útiles, aunque seguro que por vosotros mismos las vais a tener presentes.

La primera, que pidáis al Señor mucha **alegría como don de su Espíritu** para todo el camino sinodal que vais a recorrer. Estamos en las circunstancias que todos sabemos: de **pura y dura pandemia**, en lo sanitario y en sus dramáticas secuelas, especialmente en cuanto al trabajo (muchísima incidencia en nuestra tierra alicantina) y, por tanto, afectando las expectativas y situaciones de muchísimos jóvenes y familias.

Pues bien, en momentos así, de sufrimiento, de miedos, de prueba, se aquilata la fe y la fortaleza de nuestra esperanza cristiana. El testimonio

nuestro en esto es necesario para los que nos rodean. El **Sínodo** debemos pedir al Espíritu que lo vivamos como **ámbito que refuerce nuestra fe** de jóvenes, y así ser **testigos de esperanza y fortaleza** en estos momentos críticos de un país y una gente que son nuestros. Recordemos –el cartel del Sínodo- las palabras de Dios al joven Jeremías: Sin miedo, «porque yo estoy siempre contigo» (Jr 1,8). Alegría en el Sínodo, como expresión de esa confianza. Viviendo las palabras del Señor Resucitado: «**yo estoy con vosotros todos los días**» (Mt 28, 20).

Y la segunda; que no se olvide que el Sínodo, que hoy presentamos en su aplicación a nuestra Diócesis, tenía la palabra «**vocación**» en su enunciado; «vocación», llamada, algo maravilloso que **ilumina y configura** esa etapa de la vida que como jóvenes estáis viviendo. Que el camino Sinodal que vais a vivir y a disfrutar ilumine esa realidad en vuestras propias vidas y sirva para iluminar a muchos jóvenes en algo fundamental para ser, y ser felices.

Que María, joven de Nazaret, camine con vosotros para que no os falte ni su ejemplo ni su amor; cuando además, estamos viviendo este acto en el día precisamente de su Presentación. Mucho ánimo. Muchas gracias.

Misa Vespertina de la Vigilia de Navidad

*San Nicolás,
24 de diciembre de 2020*

«Despiértate: Dios se ha hecho hombre por ti. Por ti precisamente, Dios se ha hecho hombre». Con estas palabras, San Agustín en el Oficio de hoy, nos ayuda a situarnos ante el acontecimiento sensacional que celebramos, que vamos a celebrar todos estos días, en una Navidad condicionada por la situación de la pandemia.

Las lecturas de esta misa tan singular nos ayudan, también, a situarnos ante tan maravilloso hecho. Así el oráculo de Isaías presupone una situación muy negativa de Israel, parecida a la que estamos viviendo, y

a ese pueblo sin esperanza anuncia el profeta: «El pueblo que caminaba en tinieblas ha visto una gran luz» (Is 9,1). E ahí un primer mensaje sobre la Navidad, el fin de la oscuridad, del miedo... la liberación, la luz. En aquel Niño. También hoy.

Tito recibe de S. Pablo estas palabras: «Se ha manifestado la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres» (Tit 2,11). La universalidad de la salvación es una dimensión esencial de la Navidad –lo celebraremos, especialmente, el día de Epifanía-. Ese Niño es el rostro del amor y la misericordia de Dios. Visibles para todos.

San Lucas en el Evangelio (Lc 2, 1-14) nos habla del nacimiento histórico de Jesús. El relato es muy sugerente y comprende tres momentos: primero la narración del acontecimiento –con detalles bien precisos-; después el anuncio hecho por los ángeles a los pastores, primeros testigos del acontecimiento de la salvación; y por último la acogida del anuncio, los pastores que van «deprisa» y encuentran a Jesús, y narran su experiencia verificada y glorifican a Dios.

En el texto hay palabras –simples- que podemos aplicarnos: los pastores «vigilan», se ocupan de su rebaño. También nosotros andamos pendientes, ocupados «de nuestros rebaños», de «nuestras cosas». En el fondo del corazón cada uno tiene quizá un problema, una angustia, una pregunta, o tal vez una oración. Esta noche, estemos atentos a la voz del Señor –como a ellos a través del ángel-, nos dice: «No temas»... y nos anuncia a ese Niño, al Señor... y es necesario que, como ellos, nuestro corazón se ponga en camino, y «subir» a Belén... ir hacia el Señor. Y no es nada fácil hoy, en las presentes circunstancias y acostumbrados a exaltar la fuerza y dar crédito sólo al poder, creer en aquel Niño pequeño y débil, como Salvador de un mundo, tan lleno de enormes problemas, en plena tormenta sanitaria y acosado por sus interrogantes y sus consecuencias.

Y, sin embargo, aquí está nuestra Salvación: en este Niño frágil, débil e indefenso. Hoy, como entonces, muchos no lo reconocen. Es lo que sucedía en Belén y en toda ciudad que se cierra. No hay sitio para Él.

Pero es justo conmoverse por el gran amor de Dios. Él ha venido aunque nosotros no le hayamos reconocido, como escribe Juan en el Prólogo

de su Evangelio: «Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron». Y ni siquiera se ha marchado cuando no le hemos abierto la puerta. ¡Ojalá! nos venga a nosotros aquel deseo de Francisco de Asís, cuando en la lejana Navidad de 1223 dijo: «Quiero ver a Jesús». E inventó el Belén viviente. Y cuenta una tradición que Francisco estrechó entre sus brazos a un pequeño recién nacido venido del cielo. La fragilidad de aquel niño tocó el corazón de Francisco y conmovió a todos los campesinos que habían acudido. Así fueron tocados los pastores de Belén. Reconocerán en aquel Niño el amor del Señor que se había acercado a ellos.

Aquel Niño está también entre nosotros, especialmente en la Eucaristía, para que también nosotros nos conmovamos y como aquellos pastores, como Francisco de Asís, lo acojamos y lo reconozcamos.

Vivamos así la Eucaristía. Vivamos así estos días, abiertos a celebrarlo en la verdad de nuestro interior y en el ámbito de nuestras familias, ofreciendo la luz de la fe para entender estas fiestas a los más pequeños, ofreciendo la luz de nuestra caridad a los ancianos y enfermos y nuestro recuerdo hecho oración para con nuestros familiares que celebran la Navidad en el cielo; y, todo, sin olvidar tener corazón –de muchas maneras- para con los pobres, los sin familia, los más abandonados, especialmente en esta Navidad sufriente y condicionada.

Y como nos decía Papa Francisco en la catequesis de ayer mismo, en este tiempo de incerteza por la pandemia «la presencia de Dios en el niño recién nacido en Belén, indefenso, humilde y pobre, nos libra del sentido de fracaso, de impotencia y de pesimismo que llevamos dentro, y nos descubre el verdadero significado de la existencia humana y de la historia, porque Jesús se revela como luz que disipa las tinieblas y nos abre el horizonte de la alegría y de la esperanza».

Que por intercesión de la madre de Dios, María, esta Navidad esté tocada para nosotros de su presencia, y nos dé su luz, su consuelo, para nuestra salvación. Así sea.

Celebración diocesana de la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado

*Parroquia Ntra. Sra. del Mar
Benidorm,
28 de noviembre 2020*

Hoy celebramos en la Diócesis la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado, en el marco entrañable del inicio del tiempo de Adviento, inaugurando un nuevo Año Litúrgico.

Es importante acoger el Mensaje de papa Francisco para esa Jornada del presente año, que señala su decisión de dedicarla «al drama de los desplazados internos, un drama a menudo invisible», agravado por la crisis de la pandemia. A este respecto nos alerta del peligro de que esta crisis, que tanto afecta a todos, nos haga olvidar otras «situaciones de emergencia».

En su Mensaje quiere referirse a la escena de la huida a Egipto de la Sagrada Familia, en la que «el niño Jesús experimentó, junto con sus padres, la trágica condición de desplazado y refugiado». Así nos recuerda: «Casi cada día la televisión y los periódicos dan noticias de refugiados que huyen del hambre, de la guerra, de otros peligros graves...»; para concluir: «Jesús está presente en cada uno de ellos».

Permitidme que haga un preciso subrayado de su texto, concretamente como sus palabras nos recuerdan algo elemental y fundamental ante el fenómeno migratorio: «Es necesario conocer para comprender». En nuestra Diócesis donde la realidad de la incidencia migratoria es importante, es bueno no quedarnos en las cifras, que impresionan; el Papa recuerda que «no son números, son personas». Por ello es especialmente de agradecer al secretariado Diocesano y a Asti-Alicante que no sólo nos recuerden la importancia entre nosotros de las cifras, sino del conocimiento de una humanidad sufriente con rostro y nombre en las personas de los migrantes y refugiados. Ayudándonos, como ellos practican desde su tarea diaria de trato y acogida, a que, como nos pide el Papa nos hagamos prójimos para «servir», para «escuchar», para «compartir», y para «promover»; «promover a las personas a quienes ofrecemos asistencia», para «involucrarlas y hacerlas protagonistas de su propio rescate».

Termina papa Francisco con un llamamiento a la «cooperación», a la «solidaridad global». Palabras que me hacen resonar su gran llamamiento a la fraternidad para superar las oscuridades de nuestro mundo cerrado, y que atraviesa su última Encíclica «Fratelli tutti», la que os encarezco que conozcáis y estudiéis como gran referente para superar las grandes disyuntivas de la humanidad en tiempos difíciles, como son los nuestros.

Queridos hermanos, el mismo Papa tras describir las dificultades del presente, sus oscuridades y sus dramas, entre los que destaca los de las personas migrantes y refugiadas, en la misma Encíclica nos remite a la Esperanza: desde la bondad de Dios, que sigue «derramando en la humanidad semillas de bien» (FT n.54); y desde «la sed... anhelo de plenitud... hacia cosas grandes del corazón humano» (FT n.55).

Esperanza es la gran virtud del tiempo de Adviento que hoy inauguramos, y que acoge el sufrimiento que llena la historia del Pueblo elegido, pero que no deja de esperar las promesas de Dios; historia de purificación y de fe probada, que en los profetas es sostenida en su esperanza.

El Evangelio que acabamos de escuchar se hace grito y advertencia en boca de Jesús: ¡Velad! Estad despiertos, dispuestos a acoger la venida del Señor, que nos pedirá cuentas de nuestra vida, de las oportunidades, de qué hemos hecho con los hermanos. Un Evangelio que nos llama hoy al servicio, al compromiso, estando en vela, viviendo despiertos.

Y en este camino vigilante, Pablo nos traslada ánimo en sus palabras al recordarnos que el Señor no nos abandona en el intento, nos enriquece con sus dones y nos mantiene «firmes hasta el final», para que seamos «irreprehensibles el día de nuestro Señor Jesucristo».

Para que estemos a la altura de la esperanza y del compromiso lúcido y despierto, valga la invitación a pedir humildemente a Dios su auxilio, con esas palabras entrañables de Isaías, en la primera lectura: «Tú, Señor, eres nuestro padre, y tu nombre desde siempre es "nuestro Libertador"».

Supliquemos por ello a Él, en esta Eucaristía. Para que esperemos porque no olvidamos que Él es y actúa en nosotros con amor de Padre. Para que esperemos ser «irreprehensibles» en el día que nos llame; y en el que venga a nosotros a pedirnos cuentas, por haber vivido, o no, despiertos y comprometidos con los hermanos pobres, migrantes y refugiados en los que Él nos visita. Así sea.

Misa de la Inmaculada. Rito de Admisión a Órdenes

*S. I. Catedral de Orihuela
8 de diciembre 2020*

«Inmaculada es tanto como decir fulgor de aurora. Preservada in-mune de la contaminación original, María fue llena de gracia desde el primer instante de su concepción. Ya desde el seno materno, el alma de María estuvo penetrada de la luz divina; tras la noche de largos siglos transcurridos desde la culpa de los progenitores, se alza esta estrella matutina, límpida y pura, y transparente e inviolada, mientras que el cielo apunta la promesa del inminente día». Con estas palabras se expresó S. Juan XXIII, acerca del misterio de la Concepción Inmaculada de María, que hoy celebramos. (Discurso del 7 de diciembre de 1959).

María, la Virgen Inmaculada, no es un ser sobrehumano, es la elegida para ser morada del Verbo, ha sido preservada del pecado original «en previsión de los méritos de Cristo Redentor» -como reza la definición del dogma- en razón de su propia vocación. Por María llega a cumplirse en el plan del que nos ha predestinado «a ser sus hijos». Se trata de una expresión paulina, que recoge una buena noticia expuesta en la Segunda Lectura que hemos escuchado (Ef. 1, 3-6. 11-12): la vida del hombre no ha sido abandonada a su suerte, ni está destinada a la nada; tiene sentido: es vida de comunión con Dios, vida de plena libertad, en el amor, en la alabanza, en la gloria. Con María comienza una nueva página en la historia de la humanidad, el cumplimiento de esta buena noticia, el cumplimiento de las promesas. Así es contemplada y venerada de modo singular por la comunidad eclesial en el tiempo de Adviento.

Pero fijemos brevemente nuestra atención en el hermosísimo Evangelio de esta Solemnidad de la Inmaculada, que es, sin duda, una de las páginas más hermosas de la Sagrada Escritura.

Una página en la que se contienen palabras verdaderamente iluminadoras del acontecimiento que narran, y también iluminadores de nuestra realidad. Así la primera palabra: «alégrate». Que es propiamente la primera palabra que resuena en el Nuevo testamento; porque con este diálogo, que el ángel Gabriel entabla con María, comienza realmente el Nuevo Testamento. Y, así, esa primera palabra es una invitación a la

alegría. Dios no está lejos de nosotros, Dios está cerca de nosotros, tan cerca que se hace niño, y podemos tratar de «tú» a este Dios.

Para nuestro mundo, herido por las circunstancias dramáticas que hoy le afectan, por la pandemia sanitaria y por otras pandemias no menos destructoras, escuchar, creer y fiarse de esta invitación tiene especial importancia. Las palabras: «Alégrate, porque Dios está contigo, está con nosotros», son palabras que abren de hecho un tiempo nuevo. Hermanos, con un acto de fe debemos acoger de nuevo y comprender en lo más profundo de nuestro ser esta palabra liberadora: «Alégrate». Alegrarse y dar de esa alegría, de esa esperanza, en estos tiempos, es la hermosa tarea de este Adviento 2020.

Otras palabras dignas de ser destacadas, también para estos momentos, igualmente las dice el Ángel: «No temas María». En realidad, había motivo para temer, además de tantas circunstancias: José, sus parientes, las habladoras del pueblo...; ser la madre del Hijo de Dios eran palabras mayores, un peso muy superior a su mente y a sus fuerzas, a las de cualquier ser humano. Pero el ángel le dice: «No temas. Si, tú llevas a Dios, pero Dios te lleva a ti. No temas».

Estas palabras: seguro que penetraron en el corazón de María. En distintos momentos las recordaría y volvería a acogerlas. Cuando Simeón le dice: «Este hijo tuyo será un signo de contradicción y una espada te traspasará el corazón»...vuelve a escuchar su eco en su interior: «No temas, Dios te lleva».

Después, durante la vida pública surgen contradicciones en torno a Jesús, y muchos dicen: «Está loco»; y ella vuelve a escuchar: «No temas» y sigue adelante. Finalmente, en el encuentro camino del Calvario, y luego al pie de la Cruz, cuando parece que todo ha acabado, ella escucha una vez más la voz del ángel: «No temas». Y así, con entereza, está al lado de su Hijo moribundo y, sostenida por la fe, va hacia la Resurrección, hacia Pentecostés, hacia la fundación de la nueva familia de la Iglesia.

No temas. María nos dice esta palabra también a nosotros, especialmente en estos momentos. Nuestro mundo está profundamente afectado por los miedos; la pandemia –aunque la cosa viene de atrás– sobremano los ha destapado. Un mundo que había desarrollado fuertes sistemas de seguros. Pero estos meses, ante lo desconocido, ante el sufrimiento sin remedio a mano, en el momento de la última soledad, de la muerte, no ha habido seguro que pudiera proteger. El único seguro válido en estos momentos es el que nos viene del Señor, que nos dice también a noso-

tros: «No temas, yo estoy siempre contigo». Podemos caer, pero al final caemos en las manos de Dios, y las manos de Dios son buenas manos.

Por último quiero destacar la palabra, la respuesta de María al final del diálogo con el Ángel: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». El relato de S. Lucas manifiesta que María no fue un instrumento inanimado en las manos de Dios, ella fue interlocutora atenta, libre y disponible por propia voluntad. María dice «sí» y libremente inserta su existencia en la voluntad de Dios, y así abre la puerta del mundo a Dios. Adán y Eva con su «no» a la voluntad de Dios habían cerrado la puerta.

María nos invita a decir, también a nosotros, ese «sí», que a veces resulta difícil. Sentimos la tentación de preferir nuestra voluntad, nuestra comodidad, pero ella nos dice: «¡Se valiente!, di también tú: "Hágase tu voluntad"».

Estas palabras deben ser especialmente acogidas por quienes vais a ser los protagonistas del «Rito para la admisión de candidatos al Orden Sagrado». Un rito en el que os voy a preguntar sobre vuestra voluntad de completar la debida preparación para el Orden Sagrado, y vuestra voluntad de formaros en el espíritu que se requiere para el servicio que conlleva. Simplemente os pido que la respuesta «Sí, quiero», que recuerda la de María en la Anunciación, sea sincera, confiada, pura como la de Ella.

Igualmente, que la oración de bendición en la que pedimos al Señor que perseverareis en vuestra «vocación» os haga recordar que es un don la perseverancia, al igual que la unión «con sincero amor a Cristo sacerdote», para recibir «la función apostólica».

Un «sí», pues, el vuestro que importa cuidar cada día, suplicar como gracia del Señor, cada día. Pero, como escuchó María, «no temáis». Es el Señor el que os ha conducido hasta aquí, el que os llama, os ama y os sostiene. Desterrad el miedo, confiad en el Señor; Él completará la obra que ha iniciado en vosotros. Apoyaos en su amor, y en el amor y la oración por vosotros de su Iglesia.

Recordad que decís «sí», justo este día, día de la Inmaculada, uniendo vuestro «sí» al de María. Ella como madre no os dejará nunca, os acompañará siempre. Lo más parecido a esto es el amor de vuestros padres que os quieren y acompañan; y a quienes doy mi más sinceras gracias, al igual que a vuestros formadores, y personas que Dios ha puesto en vuestras vidas ayudando a que estéis aquí, dando un paso de valientes,

de jóvenes creyentes que quieren preparar su vida para, en un mundo lleno de dolor y de miedos como el nuestro, traer a Jesús, como María, y así encender su luz, su alegría y esperanza. Así sea.

Homilía en la Misa de Ordenación de Presbíteros

*S. I. Catedral de Orihuela,
19 de diciembre de 2020*

Sin duda para los tres ha llegado una hora culminante en vuestra vida. Hasta hoy habéis recorrido un camino, diverso en cada uno, un itinerario, en el que haciéndonos eco de la Palabra de Dios en el libro de Jeremías (1ª lectura: Jer 1, 4-9), la Providencia habiéndoos escogido desde el inicio de vuestro existir, os ha ido acompañando, cuidando hasta este momento profundamente configurador de vuestra existencia. Es el misterio entrañable de la vocación; un misterio de amor de Dios hacia cada uno de vosotros y hacia su Pueblo, por el que sigue dando pastores según su corazón.

Contemplando todo esto, me permito destacar: la importancia de dejarse moldear por el Señor, por su Espíritu, no solo –en vuestro caso– hasta hoy, en lo que en la «Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis» se denomina «formación inicial», -la del Seminario-, sino a seguir en «formación permanente», a partir de vuestra ordenación, dejándoos formar –configurar con el Señor- y ello, poniendo los medios necesarios por vuestra parte. Además, destaco el valor de las mediaciones de las que Él se ha servido para que hoy estéis aquí. Por ello ya inicialmente deseo dar las más sentidas gracias a cuantos han colaborado con el Señor en vuestro itinerario vital y creyente y en vuestra formación para recibir el Sacramento del Orden: vuestros familiares, vuestros formadores –en el Seminario y en otras mediaciones de discernimiento y ayuda vocacional– vuestros sacerdotes y comunidades cristianas, tantas buenas gentes de las que Él se ha valido para que hoy estéis aquí.

A vosotros, que por la imposición de las manos y la plegaria de ordenación vais a ser configurados con Cristo, Cabeza, Siervo, Pastor y Esposo; incorporándoos a la familia del presbiterio y al servicio de nuestra Iglesia, me atrevo a mencionaros tres palabras –a modo de re-

ferencia- para el momento y el nuevo inicio como presbíteros que hoy realiza en vosotros el Espíritu Santo: la unidad, el servicio, la confianza.

Unidad con el Señor y en el Señor. Somos «un cuerpo en Cristo», nos ha revelado a todos San Pablo en la segunda lectura (Rom 12, 4-8). Pero, además, por el Sacramento del Orden, a tal punto llega vuestra unión y configuración con Él, que debéis sentirnos «enviados» como el Padre le envió a Él, como le hemos oído decir a Él a los discípulos en el Evangelio que acaba de ser proclamado (Jn 20, 19-23). Esta unión es tan fundamental que con el paso de los años en el ejercicio del ministerio os iréis convenciendo cada vez más de sus palabras, de su consejo y advertencia hecha imagen: Yo soy la vid y vosotros los sarmientos, unidos a mí daréis fruto, sin mí no podéis hacer nada; quedaréis solos y sin fruto (Cfr. Jn 15, 5). Unidad que se cuida y acrecienta en la escucha de la Palabra, la oración en sus diversas formas, y, sobre todo en la Eucaristía.

Papa Benedicto XVI, en una homilía de ordenaciones sacerdotales de la diócesis de Roma (7 de mayo de 2006) destacaba lo importante que es «para el sacerdote la Eucaristía diaria». Señalando: «La Eucaristía debe llegar a ser para nosotros una escuela de vida, en la que aprendemos a entregar nuestra vida». Esto personalmente lo quiero resaltar en circunstancias de pandemia que podrían producir ciertos encogimientos celebrativos, y en el año que nuestra diócesis destaca la Eucaristía en las Orientaciones para el curso.

Unidad que debe ser reflejada en el actuar de vuestro ministerio; unidad vivida y ejercitada en la comunión que es la Iglesia universal, y en su encarnación que es la Iglesia diocesana; comunión afectiva y efectiva con el obispo, con los hermanos sacerdotes, con el Pueblo de Dios a quien servimos, unidad porque nos complementamos desde funciones distintas y que se expresa en el servicio mutuo, como San Pablo nos ha revelado. El servicio no solo es consustancial al cristiano como miembro de Cristo, sino, además, en nosotros, sacerdotes, debe serlo por configurarnos a Él por el sacramento del Orden, con Cristo Pastor que vino a servir y a dar la vida. Pidiendo tener los sentimientos suyos, que se compadecía ante la necesidad de la gente, que tenía entrañas de compasión. Con sentimientos, pues, de amor y pasión por el Pueblo, como muy bien nos recuerda papa Francisco. Recordemos: no sois sacerdotes porque el pueblo os elige, pero sí lo sois porque el Señor Jesús os ha elegido y llamado para servir a su pueblo y conducirlo al precioso destino de vivir en Cristo, en quien se encuentra el amor del

Padre. Habéis sido elegidos para servir evangelizando. Para preparar los caminos al Señor, para conducir a Él y señalarlo como nuestro Salvador, como estos días de Adviento nos ha recordado la figura del Bautista. Testigos de la Verdad, del Evangelio, dando la vida, sirviendo a nuestro Pueblo, aunque sintáis que os faltan las fuerzas.

Y todo esto, no es en la práctica pura poesía, sino cruda realidad que se materializa en renunciar a nosotros mismos, a los propios planes que pueden desear llevarnos a una vida arreglada según el propio gusto, para pasar, por amor al Señor y servicio a su Pueblo, a ser sacerdotes verdaderamente disponibles, que han entregado su tiempo a las necesidades que les reclaman, porque viven en la pobreza de quien hace de su vida pan que se deja comer y alimenta a los demás, porque ansían ser sencillamente accesibles, porque como Jesús se han encarnado por amor y en servicio a su Pueblo, por ser en medio del mundo, y sin ser del mundo, propiedad del Señor que se vale de nuestras personas, sacerdotes, para hacer presente su amor, su voz, su salvación.

Cuando uno piensa mucho todo esto, es lógico que se vea incapaz, pero lo nuestro es confiar, porque esta entrega en el servicio que se nos pide, esa identificación con el Señor, buen pastor que da la vida, no es nuestra obra sino la suya, que se realiza e inicia en el sacramento que vais a recibir, y que en su gracia se desplegará a lo largo de vuestra vida, al punto que Él es el que pondrá sus palabras en vuestra boca, como le decía a Jeremías en la primera lectura, o como nos ha dicho el Evangelio: Jesús os da su Espíritu para que perdonéis los pecados; el perdón no procede de nosotros, procede de Él. Es Él el que obrará en ti, por el sacramento del Orden. Confíad en Él, apoyaos en Él, pues está contigo y obra en ti.

La confianza es fundamental; y es especialmente necesaria en esta época tan extraña en la que vivimos por la pandemia. Ayer mismo, 18 de diciembre, el cardenal Cantalamessa en su tercera y última predicación de Adviento al Papa destacaba esto: Él ha venido a «morar entre nosotros»; y hacía referencia a la predicación de Papa Francisco en el recordado acto del 27 de marzo en Plaza de San Pedro, donde aludía que en plena tempestad en la que estamos es posible que nos ocurra la falta de fe de los apóstoles al olvidar «que no estamos solos en la barca y a merced de las olas». Vosotros, los tres que vais a ser nuevos presbíteros, ante la misión que se os va a confiar, ante la tarea gloriosa de configuraros con Cristo buen pastor, no estáis solos, la obra en vosotros y con

vosotros es de Él, de su gracia, y por tanto cogidos a Él, en la comunión de su Iglesia, no estaréis «a merced de las olas».

En estos tiempos importa afianzarnos en la fe de que «Dios está con nosotros», y apoyados en Él, por su gracia, ser testigos de esperanza en nuestro mundo. Urge la revolución de la esperanza ante una Humanidad rendida, autoderrotada, que expresa su derrota en leyes como la eutanasia. Pensemos como cristianos, como sacerdotes, la imperiosa necesidad de predicar y testificar de la vida y la esperanza.

María, Virgen de la Esperanza, se erige especialmente hoy ante vosotros tres como el gran referente y modelo de la vida sacerdotal que Dios inicia en vosotros. Hoy, suplicad su intercesión como Madre, para que con su amor os acompañe en la nueva vida. En este sábado, víspera del IV domingo de Adviento, cuyo evangelio nos traerá en la Anunciación las palabras del Ángel Gabriel a María: «alégrate», «no tengas miedo»; hacedlas vuestras, como si se pronunciaran para infundiros ánimo, paz, confianza en estos momentos; un evangelio que, también, nos traerá el sí de María a la voluntad de Dios sobre su vida; unid vuestro sí de hoy al sí de María; poneos así en aceptación confiada, en manos del Señor como ella, para que Él en vosotros obre el milagro, de que como María en Belén trajo a Jesús, vosotros por gracia del sacramento del Orden, por obra del Espíritu Santo, lo hagáis también ya hoy, dentro de unos instantes en la Eucaristía. Así sea.

✠ **Jesús Murgui Soriano.**

Obispo de Orihuela-Alicante.

AGENDA

NOVIEMBRE

- 1 *D* Reza un responso y hace ofrenda floral en la tumba de Mons. Pablo Barrachina, en la Concatedral de San Nicolás de Alicante. Preside la Eucaristía en la Basílica de Santa María de Elche, con motivo de los 70 años de la proclamación del dogma de la Asunción de la Virgen, en la Solemnidad de Todos Los Santos.
- 2 Graba para el programa de TV, «De Par en Par». Mantiene una reunión sobre asuntos económicos y patrimoniales con colaboradores de la Curia. Celebra la Eucaristía del día de los fieles difuntos en sufragio de los Obispos difuntos de la Diócesis, en la Capilla de la residencia episcopal en el Obispado.
- 3 Revisa y ultima la documentación y materiales a publicar en el próximo Boletín Oficial del Obispado. Mantiene un Encuentro con el Deán de la Concatedral, para despachar asuntos de San Nicolás de Alicante.
- 4 Con colaboradores de la Curia diocesana prepara las audiencias y la agenda de actos y celebraciones más inmediatas. Mantiene comunicación con sacerdotes enfermos y mayores.
- 5 Mantiene una reunión preparatoria del Colegio de Arciprestes y de próximos Consejos diocesanos. Estudio de la situación del Oratorio Festivo de San Miguel de Orihuela con Consellería.
- 6 Mantiene un encuentro con una representación de la Comunidad Noecatecumenal del Corpus Christi de Alicante. Sesión de trabajo con los responsables de la publicación del Boletín Oficial del Obispado y de la nueva Guía Diocesana.
- 7 Preside una reunión para la aplicación de la última normativa de la Generalitat sobre la pandemia y emitir un comunicado al respecto. Mantiene comunicación con sacerdotes enfermos y mayores; así como con el Encuentro online de Monaguillos.
- 8 *D* Preside la Eucaristía de la fiesta de la Virgen del Sufragio, patrona de la ciudad, en el Auditorio municipal «Julio Iglesias» de Benidorm.
- 9 Preside la reunión del Colegio de Arciprestes, en el salón de actos

- del Obispado. Preside una reunión extraordinaria en la Curia diocesana con Vicarios, Deanes, Ecónomo y Director de la Casa Sacerdotal.
- 10 Preside el Consejo Episcopal Permanente. Se reúne con colaboradores de la Curia, para tratar asuntos de publicaciones diocesanas y Medios de comunicación social.
 - 11 Mantiene una sesión preparatoria para la Presentación del Sínodo diocesano de Jóvenes. Mantiene comunicación con sacerdotes enfermos y mayores.
 - 12 Mantiene una reunión para preparar la participación telemática en la Asamblea Plenaria de la CEE. Recibe a la Comisión diocesana de la HOAC.
 - 13 Graba para el programa de TV, «De Par en Par». Recibe a la directiva del Neocatecumenado Parroquial de la Diócesis.
 - 14 Mantiene comunicación con sacerdotes enfermos y mayores. Preside la Eucaristía conmemorativa de los 275 años de la parroquia de San Pedro Apóstol de Rojales.
- 15 D** Celebra la Eucaristía dominical de la Jornada Mundial de los pobres en la Capilla de la residencia episcopal, en el Obispado. Estudia la documentación correspondiente a la próxima reunión de la Asamblea Plenaria de la CEE.
- 16 Estudio con colaboradores de la Curia de la nueva Guía Diocesana. Se reúne con el Deán de la Catedral, para despachar asuntos relacionados con El Salvador de Orihuela. Preparación y puesta a punto de las conexiones para participar telemáticamente en la Asamblea Plenaria de la CEE.
 - 17 Participa en las Sesiones Matutinas de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.
 - 18 Participa en la Sesión Matutina de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española. Participa telemáticamente en la Reunión de la Comisión Episcopal de Liturgia.
 - 19 Participa en las Sesiones Matutinas de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española. Participa en la Sesión Reservada de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.
 - 20 Participa en la Sesión Matutina y final de la CXVI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española. Preparación inmediata de la Presentación del próximo Sínodo diocesano de Jóvenes.

- Mantiene comunicación con sacerdotes enfermos y mayores.
- 21 Participa en el acto de Presentación del Sínodo diocesano de Jóvenes, en el salón de Actos del Obispado. Prepara documentación y materiales para el Consejo Episcopal y para publicaciones diocesanas.
- 22 **D** Se reúne con los laicos colaboradores estables de la parroquia de San Antonio de Padua de La Foia. Prosiguiendo con la Misa estacional y finalizando con la firma de libros parroquiales, todo dentro de la Visita Pastoral en el Arciprestazgo de Santa Pola.
- 23 Recibe en audiencias a sacerdotes y a Vicarios.
- 24 Preside el Consejo Episcopal Permanente. Realiza seguimiento de sacerdotes enfermos y de instituciones afectadas por la pandemia.
- 25 Mantiene una reunión virtual con los Capellanes de los hospitales de la diócesis, desde el Obispado. Se reúne, en la Curia diocesana, con las Religiosas «Pro Ecclesia Sancta», comunidad en el Monasterio de las Salesas de Orihuela.
- 26 Realiza recopilación y estudio de Informes de la Visita Pastoral al Arciprestazgo de Santa Pola. Se reúne con cada uno de los sacerdotes, de la parroquia de Ntra. Sra. de la Asunción de Santa Pola, y seguidamente con el Consejo Parroquial ampliado de dicha parroquia, con motivo de la Visita Pastoral.
- 27 Se reúne con el Delegado diocesano de Enseñanza. Se reúne con los responsables de la Delegación diocesana para los Laicos, para hacer seguimiento de la aplicación del Congreso nacional sobre el Laicado. Mantiene un encuentro informativo sobre el desarrollo del primer trimestre en el Teologado.
- 28 Prepara documentación y materiales para los Consejos Episcopales Plenario y Permanente, y para publicaciones. Preside la Eucaristía en el Encuentro diocesano con motivo de la Jornada diocesana de Migraciones, en la parroquia de Sta. M^a del Mar de Benidorm, y visita sus dependencias parroquiales con el importante almacén de alimentos para atender a las familias.
- 29 **D** Preside la Eucaristía, firma de libros parroquiales y bendice el Columbario, en la parroquia de Ntra. Sra. de la Asunción, dentro de la Visita Pastoral al Arciprestazgo de Santa Pola.
- 30 Predica el Retiro de Adviento a los sacerdotes de la Vicaria IV, en

la parroquia de San Roque de Novelda. Se reúne con el Delegado diocesano de Enseñanza para convocar la Mesa diocesana para la Educación. Se reúne, mediante video conferencia, con los Obispos de la Archidiócesis, en el Obispado.

DICIEMBRE

- 1 Graba para el programa de TV, «De Par en Par». Preside la reunión ordinaria del Consejo Episcopal Plenario. Mantiene comunicación con responsables de temas educativos, ante las novedades en el marco legal.
- 2 Despacha asuntos y atiende consultas en el Obispado. Mantiene una reunión de seguimiento de asuntos relacionados con la emergencia educativa: con representantes de asociaciones de padres, de profesores de ERE, sindicatos y de instituciones de la enseñanza. Visita y bendice la Exposición de Belenes de la Diputación Provincial.
- 3 Despacha con diversas instancias la programación de las celebraciones, actos, reuniones y Consejos del mes. Bendice e inaugura la Nueva casa Cofrade de «La Soledad de Santa María y San Pedro».
- 4 Realiza la elaboración de orientaciones para el marco pastoral (Estatuto) del Santuario diocesano en el Monasterio de la Santa Faz. Prepara documentación sobre los Colegios de Orihuela, Oratorio Festivo y Santo Domingo.
- 5 Mantiene una reunión en la Rectoral de Santiago de Orihuela sobre las Religiosas «Pro Ecclesia» (Salesas), y documentación sobre Colegios y sobre San Agustín. Predica el Retiro de Adviento a los sacerdotes de la Vicaría I, en la parroquia de Santiago, de Orihuela. Despacha asuntos y atiende consultas en el Obispado.
- 6 D Preside la Misa del segundo domingo de Adviento, en la Concatedral de Alicante, con motivo de la fiesta de S. Nicolás, patrón de la ciudad; y celebración del Voto del Ayuntamiento de Alicante, a continuación, en el mismo templo. Prepara la puesta a punto de materiales para actos y publicaciones diocesanas.
- 7 Predica el Retiro de Adviento a los sacerdotes de la Vicaría III, en la parroquia del Salvador de Elche.
- 8 Preside la Eucaristía y el rito de Admisión a Órdenes en la S. I. Catedral de Orihuela, en la Solemnidad de la Inmaculada Concepción, y el acto de imposición de becas a los seminaristas en la Capilla de la Inmaculada de la Catedral.
- 9 Visita al Monasterio de las Carmelitas de Ontinyent. Preside la

- Misa de la Celebración de la Hermandad Sacerdotal d'Ontinyent a la Purísima, en Santa María.
- 10 Mantiene un Encuentro de seguimiento del Servicio diocesano de Postcomunión (ITIO). Recibe a la Comisión pro canonización del Venerable D. Pedro Herrero. Se reúne con colaboradores sobre la Santa Faz.
 - 11 Atiende visitas y consultas en la Curia diocesana y realiza la preparación de la Nota para la Jornada de oración y ayuno por la Ley de Eutanasia. Recibe audiencias en el Obispado. Se reúne con los nuevos responsables del Secretario diocesano de Religiosidad Popular.
 - 12 Preside el Consejo del Presbiterio, en el Obispado. Celebra la misa exequial de D. Santiago Villuendas, Director del Secretariado de Familia, en la parroquia de Sta. María del Mar de Benidorm.
- 13 D** En la Concatedral de San Nicolás de Alicante, preside la Eucaristía y confiere los ministerios del Lectorado y el Acolitado.
- 14 Graba para el programa de TV, «De Par en Par». Predica el Retiro de Adviento a los sacerdotes de la Vicaria II, en la parroquia de San Pablo de Alicante. Mantiene comunicación con sacerdotes enfermos y mayores.
 - 15 Preside el Consejo Episcopal Permanente. Bendice el Belén de la Curia Diocesana.
 - 16 Despacha asuntos y atiende consultas en la Curia diocesana. Recibe en audiencia a sacerdotes invitados a incorporarse a los Cabildos de la Catedral y la Concatedral. Preside la reunión del Consejo diocesano de Economía.
 - 17 Mantiene un encuentro de estudio y seguimiento del Servicio diocesano de Postcomunión (ITIO). Prepara las orientaciones y programación en la Diócesis del «Año de San José», y recibe al coordinador diocesano para dicho Año.
 - 18 Graba para el programa de TV, «De Par en Par». Se reúne con sacerdotes del Arciprestazgo de Elda para preparar la Visita Pastoral, en parroquia de San Pascual de dicha ciudad. Bendice el Belén de la Casa Sacerdotal.
 - 19 Bendice un cuadro-retablo para la Capilla de la comunidad Pro Ecclesia Sancta, del Monasterio de las Salesas de Orihuela. Preside la Eucaristía y ordena a tres nuevos presbíteros, en la S. I. Catedral

de Orihuela. Preside la misa exequial del Rvdo. D. Luís Rodenas, en la parroquia de San Pablo de Alicante.

- 20 D** Preside la Eucaristía del IV domingo de Adviento en la Casa de las Siervas de Jesús de Alicante, en su Año Jubilar por el 150 aniversario de su Fundación. Seguidamente se reúne con la Comunidad de Hermanas y saluda a los residentes.
- 21 Saluda a la comunidad de MM Carmelitas de la Hoya de Altea. Predica el Retiro de Adviento a los sacerdotes de la Vicaria V, en la Iglesia del Monasterio de las Carmelitas de la Hoya de Altea. Prepara escritos para celebraciones litúrgicas y publicaciones diocesanas.
- 22 Despacha y atiende visitas y consultas en la Curia diocesana. Puesta a punto de la agenda de la Visita Pastoral a los Arciprestazgos de la Vicaria II. Ultima materiales para la nueva Guía Diocesana. Preside la Eucaristía del Aniversario de la primera Misa como parroquia del Buen Pastor de Elche.
- 23 Comida y celebración del santo y aniversario de Mons. Victorio Oliver en la Casa Sacerdotal. Mantiene comunicación con sacerdotes enfermos y mayores.
- 24 Despacha asuntos de personal con Vicarios y colaboradores en la Curia. Mantiene un encuentro de estudio para programar la agenda de la Visita Pastoral al Arciprestazgo de Elda (Vicaria IV). Realiza una entrevista en COPE Alicante, con motivo de la celebración de la Navidad. Preside la Eucaristía de Vigilia de Navidad, en San Nicolás de Alicante.
- 27 D Días 27 y 28**
Realiza Ejercicios Espirituales.
- 29 Comunicación con sacerdotes enfermos y mayores. Preside la Misa solemne de la celebración jubilar de los 650 años de la Venida de la Virgen, y los 50 años de la Coronación Pontificia de su imagen, en la Basílica de Santa María de Elche.
- 30 **Días 30 y 31**
Realiza Ejercicios Espirituales.

VICARÍA GENERAL

Se pospone el Acto de entrega de las Insignias Pro Ecclesia Diocesana

Alicante, 1 de noviembre de 2020

Hermanos presbíteros y diáconos:

El próximo domingo, 8 de noviembre, celebramos el Día de la Iglesia Diocesana. Como es costumbre, ese día por la tarde, en el Salón de Actos del Obispado estaba programada la entrega de las insignias *Pro Ecclesia Diocesana* a personas de nuestras comunidades que han sido propuestas, resaltando su dedicación y entrega generosa al servicio de nuestra Iglesia de Orihuela-Alicante. Es un acto donde predomina el ambiente festivo con la presencia de mucha gente que acompaña a los galardonados, con aplausos y cantos que ayudan a crear un acontecimiento inolvidable para todos los asistentes.

Este año, por las circunstancias tan difíciles por las que estamos pasando, ese ambiente no podrá vivirse plenamente, pues siempre estará presente en el ánimo de la gente la responsabilidad ante nuevos brotes del coronavirus y el miedo al contagio. Esto nos conduciría a prescindir del coro y limitar mucho el número de asistentes al acto. Todas estas consideraciones nos han llevado a suspender para el próximo domingo este acto de entrega de insignias, posponiéndolo para más adelante, en el momento que consideremos más oportuno y avisándolo con tiempo suficiente. Cuando se concrete la fecha ya indicaremos también, a través del NODI, las personas que recibirán dicho homenaje. Ahora es tiempo de acrecentar nuestra responsabilidad y prudencia ante la situación que estamos padeciendo.

Para terminar, seguimos preparándonos para poder celebrar el próximo fin de semana en nuestras parroquias el Día de la Iglesia Diocesana con nuestra oración y las colectas de ayuda, muy unidos a nuestro Obispo y a todos los que forman parte de esta Iglesia que camina en Orihuela-Alicante.

Un saludo en Cristo,

Vicente Martínez Martínez
Vicario General

A todos los sacerdotes sobre las jornadas y colectas no parroquiales para el año 2021

Ante la proximidad del comienzo del nuevo año, os detallo las jornadas y colectas no parroquiales que la Conferencia Episcopal Española nos indica para el próximo año.

- 1 de enero: JORNADA POR LA PAZ
- 6 de enero: EPIFANÍA DEL SEÑOR - Colecta Catequista nativo (OMP)
- 14 de enero: JORNADA DE LA INFANCIA MISIONERA - Colecta (OMP)
- 18-25 de enero: OCTAVARIO DE ORACIÓN POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS
- 24 de enero: DOMINGO DE LA PALABRA DEL SEÑOR
- 2 de febrero: JORNADA DE LA VIDA CONSAGRADA
- 11 de febrero: JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO
- 14 de febrero: CAMPAÑA CONTRA EL HAMBRE EN EL MUNDO - Colecta (CEE)
- 7 de marzo: DÍA DE HISPANOAMÉRICA - Colecta (CEE)
- 19-21 de marzo: DÍA DEL SEMINARIO - Colecta
- 25 de marzo: JORNADA PRO - VIDA
- 2 de abril: VIERNES SANTO - Colecta por los Santos Lugares
- 18 de abril: JORNADA DEL MISIONERO DIOCESANO - Colecta

- 25 de abril: JORNADA VOCACIONES NATIVAS - Colecta Clero Nativo (OMP)
- 16 de mayo: JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES - Colecta (Pontifica)
- 23 de mayo: PENTECOSTÉS - DÍA DE LA ACCIÓN CATÓLICA Y DEL APOSTOLADO SEGLAR
- 30 de mayo: DÍA PRO-ORANTIBUS
- 6 de junio: DÍA DE LA CARIDAD - Colecta (CEE)
- 29 de junio: SOLEMNIDAD DE LOS SANTOS PEDRO Y PABLO - Colecta Óbolo de San Pedro
- 4 de julio: JORNADA DE RESPONSABILIDAD DEL TRÁFICO
- 26 de septiembre: JORNADA MUNDIAL DEL MIGRANTE Y DEL REFUGIADO
- 24 de octubre: JORNADA MUNDIAL POR LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS - Colecta (OMP)
- 7 de noviembre: IGLESIA DIOCESANA - Colecta
- 14 de noviembre: JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES
- 26 de diciembre: JORNADA DE LA SAGRADA FAMILIA

<https://conferenciaepiscopal.es/calendario-de-jornadas-y-colectas-en-espana/>

Medidas Sanitarias Covid Navidad 2020

Alicante, 11 de diciembre de 2020

Queridos presbíteros y diáconos:

Cercanas las fiestas de la Navidad y en esta situación en la que nos encontramos, la primera recomendación que queremos hacer es que sigamos elevando nuestra oración confiada al Señor por el fin de la pandemia que tantos sufrimientos está causando en todo el mundo.

La voluntad de todos es crear espacios seguros que impidan el contagio del coronavirus. Todas las exigencias y recomendaciones que pongamos en práctica en nuestras parroquias solo persiguen cuidar la salud de nuestros fieles y la nuestra, como nos lo exige el quinto mandamiento de la Ley de Dios.

Recientemente, la Consellera de Sanidad, Dña. Ana Barceló, convocó a una reunión a los Vicarios Generales de Valencia, Orihuela- Alicante y Segorbe-Castellón, con el fin de intercambiar impresiones respecto a las medidas sanitarias que se están llevando en los templos debido a la situación actual.

Fruto de esa reunión mantenida hace unos días os recordamos las medidas sobre las que debemos incidir:

- Actualmente, y hasta el 15 de enero de 2021, el aforo de los templos es del 30%, guardando la distancia de seguridad.
- La mascarilla es obligatoria en el interior del templo en todo momento. Los lectores no deben quitársela en cualquiera de las intervenciones en las que participen.
- La transmisión del covid-19 por aerosol es la que produce más contagios en la actualidad y el canto, por lo tanto, es un momento de riesgo. Es conveniente que cante solo un coro muy reducido guardando la distancia entre sus miembros y utilizando en todo momento la mascarilla. Para evitar que el canto de villancicos se generalice, se puede utilizar la música pregrabada al final de la Eucaristía.
- Se aconseja administrar la Sagrada Comunión en la mano. En caso de que algún feligrés decida comulgar en la boca, sopesando el riesgo que conlleva para él y para los que comulgan después de él, debe esperar al final de la fila y el sacerdote desinfectarse la mano con gel después de cada comunión en la boca.

Respecto a las próximas celebraciones de Navidad:

- La Misa de Gallo debe finalizar como máximo a la una de la madrugada. El toque de queda da comienzo a la una y media, por lo que hay que dar tiempo a los feligreses para que regresen a sus domicilios.
- En el momento de la adoración al Niño, guardar la distancia, mantener la mascarilla y no tocar ni besar la imagen.
- En las parroquias donde se realicen belenes, marcar un recorrido para su visita, evitando aglomeraciones y cuidando la distancia de seguridad entre las personas. En las actuales circunstancias no deben realizarse belenes vivientes.
- Si hay costumbre de recibir a los Reyes Magos en las parroquias,

éstos deben llevar la mascarilla en todo momento y evitar el contacto físico.

- Si a los feligreses se les da algún presente en estas fiestas (evangelios, cirios de la luz de belén...) hay que prever un sitio donde cada uno recoja el suyo sin manipular los demás. Así mismo, donde haya campañas de Navidad, prever un lugar donde se pueda depositar lo dado, sin que pase de mano en mano.

Recibid un abrazo fraterno,

Vicente Martínez Martínez
Vicario General

Comunicado Misa Nochebuena

Alicante, 18 de diciembre de 2020

Hermanos sacerdotes y diáconos:

Como sabéis, ayer 17 de diciembre, el Sr. Presidente de la Generalitat Valenciana anunciaba nuevas medidas excepcionales para hacer frente a la emergencia sanitaria provocada por el coronavirus que entrarán en vigor el próximo lunes.

Una de estas medidas es la restricción de movilidad para el día 24 de diciembre que comenzará a las 12 de la noche, con lo que dificulta la celebración de la Misa de Medianoche en nuestras comunidades. Por este motivo hago un llamamiento a celebrar en las parroquias el día 24 la Misa de la Vigilia de Navidad cuyo horario puede oscilar entre las 17:00h y 21:00h (antes o después de las primeras Vísperas de Navidad). Sabéis que las oraciones de esta Misa son las propias de la Vigilia, aunque las lecturas se pueden intercambiar con las de la Misa de Medianoche –con la autorización que el Sr. Obispo concede-. Con esta celebración estaréis facilitando a muchas familias poder vivir litúrgicamente la Navidad y cumplir el precepto de santificar la fiesta.

También os recuerdo que la Congregación para el Culto Divino, mediante decreto publicado el pasado 16 de diciembre, ha concedido a los presbíteros la facultad de poder celebrar hasta cuatro misas –si la

necesidad pastoral lo exige- el día de Navidad, el día 1 de enero (Santa María. Madre de Dios) y el día 6 de enero (Epifanía del Señor) para poder facilitar la participación de los fieles en la eucaristía, respetando las normas anti-Covid.

Os deseo una Santa Navidad.

Vicente Martínez Martínez
Vicario General

CANCILLERÍA

Nombramientos

El Sr. Obispo ha realizado los siguientes nombramientos:

- **Con fecha 27 de octubre de 2020:** Rvdo. D. Enrique Rubio Picó, Confesor ordinario de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, de Novelda; Rvdo. D. José Luis Rodes Roca, Capellán del Colegio «Lope de Vega», de Benidorm.
- **Con fecha 9 de noviembre de 2020:** D. Joaquín Martínez García, Presidente de la Junta Mayor de Cofradías y Hermandades de Semana Santa, de Elche.
- **Con fecha 10 de noviembre de 2020:** Rvdo. D. Miguel Ángel Marcos Botella, Consiliario del Secretariado Diocesano de Santuarios, Peregrinaciones y Piedad Popular; D. Gonzalo Damián Montoya Alcocer, Director del Secretariado Diocesano de Santuarios, Peregrinaciones y Piedad Popular; D. Ignacio Soto Sáez, Director del Secretariado Diocesano de Música.
- **Con fecha 16 de noviembre de 2020:** Rvdo. D. Germán Sánchez Vilella, Capellán del Hospital General de Elda.
- **Con fecha 15 de diciembre de 2020:** Rvdo. D. Antonio Ángel González Pastor, Administrador parroquial de la de La Santísima Trinidad, de El Campello.

Con fecha 21 de diciembre de 2020:**- Canónigos:**

- **De la S.I. Catedral de El Salvador y Santa María de Orihuela:** Rvdo. D. Miguel Belso Grau y Rvdo. D. Jesús Ortuño Rodríguez.
- **De la S.I. Concatedral de San Nicolás de Alicante:** Rvdo. D. Manuel Jesús Carrasco Martínez, Penitenciario, y Rvdo. D. José Navarro Navarro.

- Cargos pastorales:

Rvdo. D. Eddy Leonardo González Flores, Vicario parroquial de la de San Antonio Abad, de Elche; Rvdo. D. Miguel Cano Crespo, Capellán del Hospital General de Elda; Rvdo. D. Tomás Bordera Amérigo, Coordinador de la celebración del Año de San José en la Diócesis de Orihuela-Alicante; Rvdo. D. Francisco Javier Rodríguez Gelardo, Consiliario de la Junta Diocesana de Cofradías y Hermandades de Semana Santa; Rvdo. D. Manuel Prados Puertas, Colaborador de las Parroquias del Arciprestazgo Elche-III.

Ejercicios Espirituales

- **Del 5 al 9 de octubre de 2020 en la Casa de Espiritualidad «Diego Hernández», de Elche:** Mons. Rafael Palmero Ramos, Guillermo Giner Mataix, Felipe Martínez López y Fabio Elías Olmos Morales.
- **Del 8 al 13 de noviembre de 2020 en la Casa de Encuentro «El Maigmó»:** Rvdo. D. Daniel Riquelme Amorós.

Hermandades y Cofradías

- **El Sr. Obispo ha erigido como asociación pública de fieles, con fecha 18 de diciembre de 2020:** Cofradía Nuestra Señora de las Angustias y la Soledad, de Albatera.

Estatutos

- **El Sr. Obispo ha aprobado, con fecha 22 de octubre de 2020**, la reforma de los Estatutos de la Cofradía Santa Mujer Verónica, de Novelda.

Reforma Estatutos

- **El Sr. Obispo, con fecha 26 de noviembre de 2020**, ha aprobado la reforma de los Estatutos de la Cofradía de la Santa Faz de Jesús y la Mujer Verónica, de Novelda.

Decreto suspensión procesiones Semana Santa

1283/O-217/2020

**JESÚS MURGUI SORIANO**

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA

OBISPO DE ORIHUELA-ALICANTE

La situación en la que vivimos, como consecuencia de la crisis sanitaria ocasionada por la COVID-19, ha provocado en la vida de nuestra Iglesia Diocesana, entre otras consecuencias, que algunas Asociaciones de fieles o Federaciones no hayan celebrado todavía las elecciones de Presidente/Representante legal una vez concluido el plazo de su mandato.

Si bien en estos tiempos es difícil hacer previsiones a medio o largo plazo, por la evolución de la pandemia y por las medidas que van dictando las autoridades, ante las consultas que se han recibido en este Obispado acerca de cómo proceder en el caso de caducidad de mandato de Presidente/Representante legal de una Asociación o Federación, oída la Junta Diocesana de Hermandades y Cofradías de Semana Santa y con el parecer favorable del Fiscal General de la Diócesis, disponemos las siguientes normas y criterios:

1. Aunque no sabemos si será posible que puedan celebrarse procesiones de Semana Santa en el año 2021, **alentamos** a las distintas Hermandades y Cofradías a que organicen actos y celebraciones para fomentar la devoción a sus imágenes titulares como medio para aumentar el amor a Nuestro Señor Jesucristo y a la Santísima Virgen María.
2. Por ello, sería conveniente que **antes de la Cuaresma** ya estuvieran elegidos los nuevos Presidentes/Representantes legales, con el fin de poder programar los diferentes actos de culto y otras iniciativas que deban desarrollarse durante el tiempo cuaresmal y de Semana Santa.
3. Los Presidentes/Representantes legales de Asociaciones de fieles o Federaciones cuyo mandato hubiera expirado antes de la fecha del presente decreto, **permanecerán en funciones hasta la nueva elección** y, en consecuencia, solo podrán llevar a cabo actos de administración ordinaria.

Con el fin de no prolongar los mandatos excesiva e innecesariamente y para poder organizar los actos de la próxima Cuaresma y Semana Santa, se deberá proceder a la Asamblea de **elecciones antes del 31 de enero de 2021**, enviando copia de la convocatoria, también, a la secretaría de la Vicaría General.

4. La Asamblea de elecciones deberá ser convocada al menos con 15 días de antelación y se celebrará **en un solo local o varios contiguos**, de carácter eclesialístico o civil, cerrados o abiertos, siempre cumpliendo las condiciones conforme a la normativa civil vigente.

LITURGIA

Calendario Litúrgico 2020 - 2021 Propio de la Diócesis de Orihuela-Alicante

2020

Diciembre

6.- Domingo II° de Adviento
Mo.

7.- Lunes

Bl. Alicante: **Concatedral**: San Nicolás, obispo, Titular de la Sta. Iglesia Concatedral. Solemnidad. Traslada.

2021

Enero

14.- Jueves

Bl. S. Juan de Ribera, obispo. Memoria obligatoria.

24.- Domingo III T.O.

XXXIII° Aniversario de la Ordenación Episcopal del Excmo. y Rvdmo. D. Rafael Palmero Ramos, Obispo Emérito de la Diócesis.

Marzo

17.- Miércoles

Monasterio de la Santa Faz:

Ro. LA SANTA FAZ DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO. Solemnidad.

29.- Lunes Santo

Mo. Feria

Bl. MISA CRISMAL

Abril

12.- Lunes

Bl. SAN VICENTE FERRER, PRESBITERO, Patrono principal de la Diócesis. Solemnidad.

15.- Jueves

Ro. La Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo. Memoria obligatoria.
Alicante y Arciprestazgo de Mutxamel: Fiesta.

Mayo

8.- Sábado

Bl. Nuestra Señora de los Desamparados, Patrona de la Región. Fiesta.

11.- Martes

Bl. XXVº Aniversario de la Ordenación Episcopal del Excmo. y Rvdmo. D. Jesús Murgui Soriano, Obispo de la Diócesis.

17.- Lunes

Bl. San Pascual Bailón, religioso. Memoria obligatoria.

Junio

22.- Martes

Ro. Beato Ramón Esteban Bou, presbítero, y compañeros, mártires. Memoria libre.

26.- Sábado

Bl. San Josemaría Escrivá de Balaguer, presbítero. Memoria libre.

Julio

2.- Viernes

Bl. **Alicante:** Aniversario de la Dedicación de la Sta. Iglesia Concatedral.

Ciudad: Memoria obligatoria. **Concatedral:** Solemnidad.

14.- Miércoles

Bl. Aniversario de la Dedicación de la Sta. Iglesia Catedral.

Diócesis: Fiesta. **Catedral:** Solemnidad.

17.- Sábado

Ro. **Orihuela:** Stas. Justa y Rufina, vírgenes y mártires.

Ciudad: Fiesta. **Parroquia de Santas Justa y Rufina:** Solemnidad.

20.- Martes

Ro. Beata Rita Dolores Pujalte Sánchez y Francisca Aldea Araujo, vírgenes y mártires.

Memoria libre.

Agosto

5.- Jueves

Ro. San Emigdio, obispo y mártir. Memoria libre.

Bl. **Alicante:** Ntra. Sra. del Remedio, Patrona de la ciudad. Solemnidad.

6.- Viernes. La Transfiguración del Señor. Fiesta.

Bl. **Catedral:** Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo, Titular de la Sta. Iglesia Catedral. Solemnidad.

12.- Jueves

Ro. Beatos Antonio Perulles, presbítero, y compañeros, mártires. Memoria libre.

16.- Lunes

Bl. San Roque. Memoria libre.

Septiembre

8.- Miércoles

Bl. **Orihuela:** Ntra. Señora de Monserrate, Patrona de la ciudad. Solemnidad.

28.- Martes

Ro. Beato Francisco de Paula Castelló, mártir. Memoria libre.

Octubre

12.- Martes

Bl. Bienaventurada Virgen María del Pilar. Fiesta.
XLIXº Aniversario de la Ordenación Episcopal del Excmo. y Rvmo. D. Victorio Oliver Domingo, Obispo Emérito de la Diócesis.

13.- Miércoles

Ve. Feria

Hoy se conmemora el XIIIº Aniversario de la muerte del Excmo. y Rvmo. D. Pablo Barrachina y Estevan.

21.- Jueves

Ro. **Catedral:** Santa Úrsula y compañeras, vírgenes y mártires. Memoria libre

22.- Viernes

Bl. San Juan Pablo II, papa. Memoria libre.

Noviembre

1.- Lunes. TODOS LOS SANTOS. Solemnidad.

Orihuela: Hoy, Solemnidad de «Todos los Santos», en la ciudad de Orihuela, por privilegio de Paulo III, cada sacerdote puede celebrar dos Misas con estipendio, con tal de que se apliquen en sufragio por los difuntos.

6.- Sábado

Del Calendario Nacional de la CEE:

Ro. Santos Pedro Poveda Castroverde e Inocencio de la Inmaculada Canoura Arnau, presbíteros, y compañeros, mártires. (*Mártires del Siglo XX en España*). Memoria obligatoria.

De entre ellos, la Diócesis de Orihuela-Alicante recuerda especialmente a: Beatos Miguel Abdón Senén (*Seminario, Tabarca y Elda*) y Rigoberto de Anta (*Sax*), presbíteros y mártires, y María del Carmen Zaragoza, religiosa y mártir (*La Vila Joiosa*).

20.- Sábado

Ro. Beatas Ángeles de San José, María del Sufragio, vírgenes, y compañeras, mártires. Memoria libre.

23.- Martes

Ro. **Concatedral:** Santa Felícitas, mártir. Memoria obligatoria.

INFANCIA Y JUVENTUD

Invitación a participar en el proceso sinodal

Estimado sacerdote,

El pasado 21 de noviembre de 2020 tuvimos la presentación del Sínodo Diocesano de Jóvenes junto a nuestro obispo d. Jesús. Fue un momento de gracia y de comunión, también de ilusión y esperanza. Ahora te escribimos porque queremos hacerte partícipe de esta iniciativa que ha surgido de un grupo de jóvenes de distintas realidades y comunidades de nuestra Diócesis. Ellos propusieron la realización de un Sínodo sobre los jóvenes para compartir el amor de Dios con todos aquellos jóvenes que no lo conocen.

Por ello, hemos comenzado este proceso, que usa la palabra SINODO en sentido amplio, en cuanto que quiere reflejar el proceso de caminar juntas las comunidades que conforman nuestra Diócesis. No se trata por tanto de un sínodo en el estricto sentido del Derecho Canónico sino de un proceso de escucha conjunta de las distintas dimensiones de las comunidades diocesanas. No solo queremos escuchar y contar con los jóvenes, sino también con los sacerdotes, con las catequistas, con los educadores, con los agentes de pastoral juvenil, con las familias... Este proceso dará como resultado unas conclusiones que serán entregadas a nuestro obispo, para que él mismo, las concrete para orientar la pastoral juvenil de los próximos años.

Para presentar este proceso sinodal hemos preparado un **Documento Preparatorio** (adjunto al e-mail) donde explicamos los motivos, y el proceso. Además, queremos resumirte aquí las fechas claves:

- Lanzamiento de los cuestionarios: 11 de enero hasta el 2 Febrero
- Fórum de pastoral juvenil: 23 y 24 de abril
- Vigilia de pentecostés y presentación de la *instrumentum laboris*: 22 de mayo
- Sínodo de Diocesano: 12, 13 y 14 de noviembre

Estas son las fechas más importantes de este proceso. Si bien, por la propia dinámica de la **sinodalidad** irán apareciendo más iniciativas que inviten a participar a los distintos miembros de las realidades diocesanas. Por ello, te invitamos a ponerte en contacto con nosotros y enviar como participante a uno o dos jóvenes de tu realidad para que se conviertan en transmisores de las informaciones de este proceso. También para que puedas recibir más información, consultar dudas, o para realizar cualquier propuesta te hacemos accesible el correo electrónico: sinodo-joven.oa@gmail.com . Asimismo puedes contactar con el Director del Secretariado de Infancia y Juventud, Antonio Martínez (639969493) o con la coordinadora General del Sínodo, Dña. Virginia Belmonte (677003294), bien llamando por teléfono por mensajes whatsApp.

Un saludo cordial.

Sínodo Diocesano de Jóvenes

Fase diocesana del Sínodo de los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional

«Dios mío, me instruiste desde mi juventud, y hasta hoy relato tus maravillas» (Sal 70,17). Esta es la alegría y el gozo del que se ha encontrado con Cristo resucitado en su juventud y ha hecho de esta relación de amistad la esperanza de su vida. La juventud es el tiempo privilegiado para encontrarse con Él. La juventud es tiempo para caminar guiados por el Espíritu Santo hacia la meta de la santidad (ChV n.107). Es tiempo para descubrir que la vida cristiana consiste en ahondar en esa amistad con aquel que «*está en ti, contigo y nunca se va. Que por más que te alejes,*

allí está Él Resucitado, llamándote y esperándote para volver a empezar» (ChV n.2). La juventud es momento para experimentar la misericordia de un Padre que nunca se cansa de salir a esperarnos para recordarnos que estamos vivos (Lc 15, 11-24).

Sobre este momento privilegiado de la juventud, la Iglesia Católica ha reflexionado profundamente en el proceso Sinodal convocado por el papa Francisco a finales de octubre de 2015. Al finalizar el Sínodo de las familias dio comienzo un camino novedoso que todavía no ha concluido. Frutos de este proceso son una serie de documentos¹ que ayudarán al desarrollo de lo que hemos denominado la *fase diocesana del Sínodo de los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*. Los documentos de la Iglesia nos darán el sustrato adecuado para caminar en comunión con el resto de la Iglesia universal. Y nos revelarán el método pastoral que debemos emplear en este proceso sinodal. Un proceso que se enraíza, como el sarmiento en la vid, al proceso sinodal convocado por el papa Francisco y que ahora nuestro obispo Jesús quiere continuar en la Diócesis de Orihuela-Alicante. Para ello marcamos los siguientes objetivos para la realización de este Sínodo:

1. Realizar la fase diocesana del Sínodo de los jóvenes, recibéndola y poniéndola en práctica en nuestra Diócesis de Orihuela-Alicante, por medio de un «estilo sinodal».
2. Descubrir qué nos está pidiendo el Señor, tanto a nivel personal como para nuestra Iglesia diocesana, por medio de los jóvenes.
3. Acercarnos y dar voz a los jóvenes de nuestra Diócesis (tanto creyentes como no creyentes).
4. Descubrir nuevos caminos para la evangelización de los jóvenes.
5. Crear cauces de comunión entre todos los jóvenes de nuestra Diócesis.

¹ Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional, documento preparatorio. Sínodo de los Obispos, XV Asamblea General Ordinaria (13 enero 2017). Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional, conclusiones pre-sínodo (24 marzo 2018). Instrumentum Laboris para el Sínodo de los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional (26 julio 2018). Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional, Documento Final. Sínodo de los Obispos, XV Asamblea General Ordinaria (3-28 octubre 2018). Christus vivit, Exhortación apostólica postsinodal del papa Francisco (25 marzo 2019).

Este documento no es un documento completo, sino una especie de itinerario que pretende **fomentar un método de trabajo** cuyos frutos sólo estarán disponibles al término del camino sinodal.

Algunos pueden preguntarse el porqué de un Sínodo Diocesano de la juventud en la Diócesis de Orihuela-Alicante como *fase diocesana del Sínodo de los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*. Para responder esta pregunta proponemos tres motivos, que confluyen y son connaturales y nos parecen reveladores y suficientes para emprender este camino: En primer lugar, el deseo de la Iglesia Católica de que los Sínodos sean encarnados en las diócesis. En segundo lugar, la petición espontánea de los jóvenes de la Diócesis para realizar un Sínodo de la Juventud. Y, en tercer lugar, el deseo de nuestro Obispo de poner en marcha este camino sinodal en la Diócesis de Orihuela-Alicante. Junto a estos tres motivos seguimos la tradición de los Congresos realizados en nuestra diócesis en los recientes años que han servido para marcar nuevas líneas pastorales: Congreso de Laicos (2012), Congreso de Familia y Educación (2015) y Congreso Diocesano de Educación (2019-2020).

Con el estilo de Jesús

En estos tres motivos, que hemos denominado el deseo de la Iglesia Católica a que los Sínodos tengan una fase diocesana, la petición espontánea de los jóvenes de la Diócesis y la voluntad de nuestro Obispo de poner en marcha este camino sinodal, se debe reconocer un soplo del Espíritu Santo. El Espíritu Santo habla y actúa a través de los acontecimientos de la vida de cada uno, pero los eventos en sí mismos son mudos o ambiguos, ya que se pueden dar diferentes interpretaciones². Por este motivo, hemos de acudir a lo que el papa Francisco ha denominado el *primer fruto de la Asamblea sinodal*³.

El método pastoral requiere ser vivido en primera persona con el **estilo de Jesús**. La pastoral es aprender el estilo de Jesús, que pasa por los lugares de la vida cotidiana, se detiene sin prisa y, mirando a los hermanos con misericordia, los lleva a encontrarse con Dios Padre⁴. Tres verbos, que en los Evangelios connotan el modo en el que Jesús encuentra a las personas de su tiempo, nos ayudan a estructurar este

2 Documento preparatorio (2018).

3 Oración del Ángelus. Domingo 28 de octubre 2018

4 Documento preparatorio (2018).

estilo pastoral: salir, ver y llamar⁵.

Reconocer

Al igual que en el Sínodo de los jóvenes (2018), no podemos realizar la fase diocesana sin escuchar a los jóvenes. Por ello, el objetivo de esta primera fase es *reconocer* la realidad de los jóvenes de nuestra Diócesis (donde ellos están) y escucharles para descubrir cuáles son sus expectativas y su vida, además para descubrir qué piensan sobre la fe y la Iglesia. No se trata de limitarse sólo a los jóvenes ya creyentes que participan en nuestras comunidades sino de escuchar a todos los jóvenes creyentes de cualquier religión y no creyentes. Como bien recoge el documento final del pre-sínodo *«no se trata de un análisis empírico de un tiempo pasado, sino que es expresión de dónde estamos ahora, hacia dónde vamos, y como indicador de lo que la Iglesia tiene que hacer para avanzar»*.

Un primer paso para esa escucha será el lanzamiento de un **cuestionario** para creyentes y otro para no creyentes. El cuestionario nos servirá descubrir los temas importantes para ellos, las experiencias de fe y de vida, su implicación... Las **preguntas** de estos cuestionarios deben ser **genéricas y básicas**, que nos ayuden a pensar y a reflexionar. Estos cuestionarios nos tienen que permitir conocer cómo se encuentran los jóvenes de nuestra Diócesis, cuáles son sus motivaciones existenciales y qué piensan sobre la fe y la Iglesia...

A este cuestionario, le seguirá un encuentro que denominamos **Fórum**, para escuchar a las realidades juveniles y pastorales de la diócesis. El fórum se implementará en dos días, con una estructura de ponencias generales extraídas de los cuestionarios y también habrá grupos de trabajo. La realización del «FÓRUM DIOCESANO DE JÓVENES»: los **objetivos** de este fórum son: generar un espacio de diálogo en el que los jóvenes sean los verdaderos protagonistas, dándoles la palabra y escuchándolos sobre lo que ellos nos tienen que decir. La estructura del fórum será la siguiente:

a. Charlas: algunos ponentes realizarán algunas «charlas» sobre los temas nucleares que broten de las conclusiones de los cuestionarios para provocar un momento de diálogo.

b. Trabajo en grupo: después de cada charla, los asistentes dialoga-

⁵ Ibid.

rán y trabajarán sobre los temas que se traten en cada charla. De todos los diálogos sacaremos unas conclusiones que nos ayudarán para la siguiente fase del Sínodo.

Interpretar

El objetivo de esta fase es saber qué nos pide y qué nos dice la Iglesia, por lo que será necesario trabajar los documentos que nos ha regalado el Sínodo de los Jóvenes (2018), ya que el nuestro es una fase diocesana de este Sínodo. En esta fase se realizará:

1. Un documento, al modo de un **INSTRUMENTUM LABORIS**: Este será el documento base que unificará las conclusiones de la primera fase con lo que nos pide la Iglesia en el Sínodo.
2. **TRABAJO DEL DOCUMENTO EN LAS COMUNIDADES** (tanto por los grupos de jóvenes como por todas las comunidades y realidades de la Diócesis).
3. **SÍNODO DIOCESANO DE JÓVENES**. Esta será la fase final del Sínodo, a raíz de todo lo trabajado anteriormente.

Elegir

DOCUMENTO FINAL DEL SÍNODO, donde se indicarán todas las conclusiones e indicaciones de operatividad del Sínodo en nuestra realidad diocesana. Tratará de marcar líneas pastorales para el futuro de la pastoral juvenil diocesana y de las distintas comunidades que la componen.

SANTA SEDE

PAPA FRANCISCO

MENSAJES, MOTU PROPRIO, AUDIENCIAS, DISCURSOS, ÁNGELUS, HOMILÍAS Y PALABRAS

Mensaje del santo Padre Francisco para la IV Jornada Mundial de los Pobres, 2020: «Tiende tu mano al pobre» (cf. Si 7,32)

*Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario
15 de noviembre de 2020*

«Tiende tu mano al pobre» (cf. Si 7,32). La antigua sabiduría ha formulado estas palabras como un código sagrado a seguir en la vida. Hoy resuenan con todo su significado para ayudarnos también a nosotros a poner nuestra mirada en lo esencial y a superar las barreras de la indiferencia. La pobreza siempre asume rostros diferentes, que requieren una atención especial en cada situación particular; en cada una de ellas podemos encontrar a Jesús, el Señor, que nos reveló estar presente en sus hermanos más débiles (cf. Mt 25,40).

1. Tomemos en nuestras manos el *Eclesiástico*, también conocido como *Sirácida*, uno de los libros del Antiguo Testamento. Aquí encontramos las palabras de un sabio maestro que vivió unos doscientos años antes de Cristo. Él buscaba la sabiduría que hace a los hombres mejores y capaces de escrutar en profundidad las vicisitudes de la vida. Lo hizo en un momento de dura prueba para el pueblo de Israel, un tiempo de

dolor, luto y miseria causado por el dominio de las potencias extranjeras. Siendo un hombre de gran fe, arraigado en las tradiciones de sus antepasados, su primer pensamiento fue dirigirse a Dios para pedirle el don de la sabiduría. Y el Señor le ayudó.

Desde las primeras páginas del libro, el *Sirácida* expone sus consejos sobre muchas situaciones concretas de la vida, y la pobreza es una de ellas. Insiste en el hecho de que en la angustia hay que confiar en Dios: «Endereza tu corazón, mantente firme y no te angusties en tiempo de adversidad. Pégate a él y no te separes, para que al final seas enaltecido. Todo lo que te sobrevenga, acéptalo, y sé paciente en la adversidad y en la humillación. Porque en el fuego se prueba el oro, y los que agradan a Dios en el horno de la humillación. En las enfermedades y en la pobreza pon tu confianza en él. Confía en él y él te ayudará, endereza tus caminos y espera en él. Los que teméis al Señor, aguardad su misericordia y no os desviéis, no sea que caigáis» (2,2-7).

2. Página tras página, descubrimos un precioso compendio de sugerencias sobre cómo actuar a la luz de una relación íntima con Dios, creador y amante de la creación, justo y providente con todos sus hijos. Sin embargo, la constante referencia a Dios no impide mirar al hombre concreto; al contrario, las dos cosas están estrechamente relacionadas.

Lo demuestra claramente el pasaje del cual se toma el título de este Mensaje (cf. 7,29-36). La oración a Dios y la solidaridad con los pobres y los que sufren son inseparables. Para celebrar un culto que sea agradable al Señor, es necesario reconocer que toda persona, incluso la más indigente y despreciada, lleva impresa en sí la imagen de Dios. De tal atención deriva el don de la bendición divina, atraída por la generosidad que se practica hacia el pobre. Por lo tanto, el tiempo que se dedica a la oración nunca puede convertirse en una coartada para descuidar al prójimo necesitado; sino todo lo contrario: la bendición del Señor descende sobre nosotros y la oración logra su propósito cuando va acompañada del servicio a los pobres.

3. ¡Qué actual es esta antigua enseñanza, también para nosotros! En efecto, la Palabra de Dios va más allá del espacio, del tiempo, de las religiones y de las culturas. La generosidad que sostiene al débil, consuela al afligido, alivia los sufrimientos, devuelve la dignidad a los privados de ella, es una condición para una vida plenamente humana. La opción

por dedicarse a los pobres y atender sus muchas y variadas necesidades no puede estar condicionada por el tiempo a disposición o por intereses privados, ni por proyectos pastorales o sociales desencarnados. El poder de la gracia de Dios no puede ser sofocado por la tendencia narcisista a ponerse siempre uno mismo en primer lugar.

Mantener la mirada hacia el pobre es difícil, pero muy necesario para dar a nuestra vida personal y social la dirección correcta. No se trata de emplear muchas palabras, sino de comprometer concretamente la vida, movidos por la caridad divina. Cada año, con la Jornada Mundial de los Pobres, vuelvo sobre esta realidad fundamental para la vida de la Iglesia, porque los pobres están y estarán siempre con nosotros (cf. *Jn 12,8*) para ayudarnos a acoger la compañía de Cristo en nuestra vida cotidiana.

4. El encuentro con una persona en condición de pobreza siempre nos provoca e interroga. ¿Cómo podemos ayudar a eliminar o al menos aliviar su marginación y sufrimiento? ¿Cómo podemos ayudarla en su pobreza espiritual? La comunidad cristiana está llamada a involucrarse en esta experiencia de compartir, con la conciencia de que no le está permitido delegarla a otros. Y para apoyar a los pobres es fundamental vivir la pobreza evangélica en primera persona. No podemos sentirnos «bien» cuando un miembro de la familia humana es dejado al margen y se convierte en una sombra. El grito silencioso de tantos pobres debe encontrar al pueblo de Dios en primera línea, siempre y en todas partes, para darles voz, defenderlos y solidarizarse con ellos ante tanta hipocresía y tantas promesas incumplidas, e invitarlos a participar en la vida de la comunidad.

Es cierto, la Iglesia no tiene soluciones generales que proponer, pero ofrece, con la gracia de Cristo, su testimonio y sus gestos de compartir. También se siente en la obligación de presentar las exigencias de los que no tienen lo necesario para vivir. Recordar a todos el gran valor del bien común es para el pueblo cristiano un compromiso de vida, que se realiza en el intento de no olvidar a ninguno de aquellos cuya humanidad es violada en las necesidades fundamentales.

5. Tender la mano hace descubrir, en primer lugar, a quien lo hace, que dentro de nosotros existe la capacidad de realizar gestos que dan sentido a la vida. ¡Cuántas manos tendidas se ven cada día! Lamentablemente, sucede cada vez más a menudo que la prisa nos arrastra a una vorágine

de indiferencia, hasta el punto de que ya no se sabe más reconocer todo el bien que cotidianamente se realiza en el silencio y con gran generosidad. Así sucede que, sólo cuando ocurren hechos que alteran el curso de nuestra vida, nuestros ojos se vuelven capaces de vislumbrar la bondad de los santos «de la puerta de al lado», «de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios» (Exhort. ap. *Gaudete et exsultate*, 7), pero de los que nadie habla. Las malas noticias son tan abundantes en las páginas de los periódicos, en los sitios de internet y en las pantallas de televisión, que nos convencen que el mal reina soberano. No es así. Es verdad que está siempre presente la maldad y la violencia, el abuso y la corrupción, pero la vida está entretejida de actos de respeto y generosidad que no sólo compensan el mal, sino que nos empujan a ir más allá y a estar llenos de esperanza.

6. Tender la mano es un signo: un signo que recuerda inmediatamente la proximidad, la solidaridad, el amor. En estos meses, en los que el mundo entero ha estado como abrumado por un virus que ha traído dolor y muerte, desaliento y desconcierto, ¡cuántas manos tendidas hemos podido ver! La mano tendida del médico que se preocupa por cada paciente tratando de encontrar el remedio adecuado. La mano tendida de la enfermera y del enfermero que, mucho más allá de sus horas de trabajo, permanecen para cuidar a los enfermos. La mano tendida del que trabaja en la administración y proporciona los medios para salvar el mayor número posible de vidas. La mano tendida del farmacéutico, quién está expuesto a tantas peticiones en un contacto arriesgado con la gente. La mano tendida del sacerdote que bendice con el corazón desgarrado. La mano tendida del voluntario que socorre a los que viven en la calle y a los que, a pesar de tener un techo, no tienen comida. La mano tendida de hombres y mujeres que trabajan para proporcionar servicios esenciales y seguridad. Y otras manos tendidas que podríamos describir hasta componer una letanía de buenas obras. Todas estas manos han desafiado el contagio y el miedo para dar apoyo y consuelo.

7. Esta pandemia llegó de repente y nos tomó desprevenidos, dejando una gran sensación de desorientación e impotencia. Sin embargo, la mano tendida hacia el pobre no llegó de repente. Ella, más bien, ofrece el testimonio de cómo nos preparamos a reconocer al pobre para sostenerlo en el tiempo de la necesidad. Uno no improvisa instrumentos de

misericordia. Es necesario un entrenamiento cotidiano, que proceda de la conciencia de lo mucho que necesitamos, nosotros los primeros, de una mano tendida hacia nosotros.

Este momento que estamos viviendo ha puesto en crisis muchas certezas. Nos sentimos más pobres y débiles porque hemos experimentado el sentido del límite y la restricción de la libertad. La pérdida de trabajo, de los afectos más queridos y la falta de las relaciones interpersonales habituales han abierto de golpe horizontes que ya no estábamos acostumbrados a observar. Nuestras riquezas espirituales y materiales fueron puestas en tela de juicio y descubrimos que teníamos miedo. Encerrados en el silencio de nuestros hogares, redescubrimos la importancia de la sencillez y de mantener la mirada fija en lo esencial. Hemos madurado la exigencia de una nueva fraternidad, capaz de ayuda recíproca y estima mutua. Este es un tiempo favorable para «volver a sentir que nos necesitamos unos a otros, que tenemos una responsabilidad por los demás y por el mundo [...]. Ya hemos tenido mucho tiempo de degradación moral, burlándonos de la ética, de la bondad, de la fe, de la honestidad [...]. Esa destrucción de todo fundamento de la vida social termina enfrentándonos unos con otros para preservar los propios intereses, provoca el surgimiento de nuevas formas de violencia y crueldad e impide el desarrollo de una verdadera cultura del cuidado del ambiente» (Carta enc. *Laudato si'*, 229). En definitiva, las graves crisis económicas, financieras y políticas no cesarán mientras permitamos que la responsabilidad que cada uno debe sentir hacia al prójimo y hacia cada persona permanezca aletargada.

8. «Tiende la mano al pobre» es, por lo tanto, una invitación a la responsabilidad y un compromiso directo de todos aquellos que se sienten parte del mismo destino. Es una llamada a llevar las cargas de los más débiles, como recuerda san Pablo: «Mediante el amor, poneos al servicio los unos de los otros. Porque toda la Ley encuentra su plenitud en un solo precepto: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*. [...] Llevad las cargas los unos de los otros» (*Ga* 5,13-14; 6,2). El Apóstol enseña que la libertad que nos ha sido dada con la muerte y la resurrección de Jesucristo es para cada uno de nosotros una responsabilidad para ponernos al servicio de los demás, especialmente de los más débiles. No se trata de una exhortación opcional, sino que condiciona de la autenticidad de la fe que profesamos.

El libro del Eclesiástico viene otra vez en nuestra ayuda: sugiere acciones concretas para apoyar a los más débiles y también utiliza algunas imágenes evocadoras. En un primer momento toma en consideración la debilidad de cuantos están tristes: «No evites a los que lloran» (7,34). El período de la pandemia nos obligó a un aislamiento forzoso, incluso impidiendo que pudiéramos consolar y permanecer cerca de amigos y conocidos afligidos por la pérdida de sus seres queridos. Y sigue diciendo el autor sagrado: «No dejes de visitar al enfermo» (7,35). Hemos experimentado la imposibilidad de estar cerca de los que sufren, y al mismo tiempo hemos tomado conciencia de la fragilidad de nuestra existencia. En resumen, la Palabra de Dios nunca nos deja tranquilos y continúa estimulándonos al bien.

9. «Tiende la mano al pobre» destaca, por contraste, la actitud de quienes tienen las manos en los bolsillos y no se dejan conmover por la pobreza, de la que a menudo son también cómplices. La indiferencia y el cinismo son su alimento diario. ¡Qué diferencia respecto a las generosas manos que hemos descrito! De hecho, hay manos tendidas para rozar rápidamente el teclado de una computadora y mover sumas de dinero de una parte del mundo a otra, decretando la riqueza de estrechas oligarquías y la miseria de multitudes o el fracaso de naciones enteras. Hay manos tendidas para acumular dinero con la venta de armas que otras manos, incluso de niños, usarán para sembrar muerte y pobreza. Hay manos tendidas que en las sombras intercambian dosis de muerte para enriquecerse y vivir en el lujo y el desenfreno efímero. Hay manos tendidas que por debajo intercambian favores ilegales por ganancias fáciles y corruptas. Y también hay manos tendidas que, en el puritanismo hipócrita, establecen leyes que ellos mismos no observan.

En este panorama, «los excluidos siguen esperando. Para poder sostener un estilo de vida que excluye a otros, o para poder entusiasmarse con ese ideal egoísta, se ha desarrollado una globalización de la indiferencia. Casi sin advertirlo, nos volvemos incapaces de compadecernos ante los clamores de los otros, ya no lloramos ante el drama de los demás ni nos interesa cuidarlos, como si todo fuera una responsabilidad ajena que no nos incumbe» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 54). No podemos ser felices hasta que estas manos que siembran la muerte se transformen en instrumentos de justicia y de paz para el mundo entero.

10. «En todas tus acciones, ten presente tu final» (Si 7,36). Esta es la expresión con la que el *Sirácida* concluye su reflexión. El texto se presta a una doble interpretación. La primera hace evidente que siempre debemos tener presente el fin de nuestra existencia. Acordarse de nuestro destino común puede ayudarnos a llevar una vida más atenta a quien es más pobre y no ha tenido las mismas posibilidades que nosotros. Existe también una segunda interpretación, que evidencia más bien el propósito, el objetivo hacia el que cada uno tiende. Es el fin de nuestra vida que requiere un proyecto a realizar y un camino a recorrer sin cansarse. Y bien, la finalidad de cada una de nuestras acciones no puede ser otra que el amor. Este es el objetivo hacia el que nos dirigimos y nada debe distraernos de él. Este amor es compartir, es dedicación y servicio, pero comienza con el descubrimiento de que nosotros somos los primeros amados y movidos al amor. Este fin aparece en el momento en que el niño se encuentra con la sonrisa de la madre y se siente amado por el hecho mismo de existir. Incluso una sonrisa que compartimos con el pobre es una fuente de amor y nos permite vivir en la alegría. La mano tendida, entonces, siempre puede enriquecerse con la sonrisa de quien no hace pesar su presencia y la ayuda que ofrece, sino que sólo se alegra de vivir según el estilo de los discípulos de Cristo.

En este camino de encuentro cotidiano con los pobres, nos acompaña la Madre de Dios que, de modo particular, es la Madre de los pobres. La Virgen María conoce de cerca las dificultades y sufrimientos de quienes están marginados, porque ella misma se encontró dando a luz al Hijo de Dios en un establo. Por la amenaza de Herodes, con José su esposo y el pequeño Jesús huyó a otro país, y la condición de refugiados marcó a la sagrada familia durante algunos años. Que la oración a la Madre de los pobres pueda reunir a sus hijos predilectos y a cuantos les sirven en el nombre de Cristo. Y que esta misma oración transforme la mano tendida en un abrazo de comunión y de renovada fraternidad.

Roma, en San Juan de Letrán, 13 de junio de 2020, memoria litúrgica de san Antonio de Padua.

Francisco

Carta apostólica *Patris corde* del Santo Padre Francisco con motivo del 150 aniversario de la declaración de San José como Patrono de la Iglesia universal

Con corazón de padre: así José amó a Jesús, llamado en los cuatro Evangelios «*el hijo de José*»[1].

Los dos evangelistas que evidenciaron su figura, Mateo y Lucas, refieren poco, pero lo suficiente para entender qué tipo de padre fuese y la misión que la Providencia le confió.

Sabemos que fue un humilde carpintero (cf. *Mt* 13,55), desposado con María (cf. *Mt* 1,18; *Lc* 1,27); un «hombre justo» (*Mt* 1,19), siempre dispuesto a hacer la voluntad de Dios manifestada en su ley (cf. *Lc* 2,22.27.39) y a través de los cuatro sueños que tuvo (cf. *Mt* 1,20; 2,13.19.22). Después de un largo y duro viaje de Nazaret a Belén, vio nacer al Mesías en un pesebre, porque en otro sitio «no había lugar para ellos» (*Lc* 2,7). Fue testigo de la adoración de los pastores (cf. *Lc* 2,8-20) y de los Magos (cf. *Mt* 2,1-12), que representaban respectivamente el pueblo de Israel y los pueblos paganos.

Tuvo la valentía de asumir la paternidad legal de Jesús, a quien dio el nombre que le reveló el ángel: «Tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (*Mt* 1,21). Como se sabe, en los pueblos antiguos poner un nombre a una persona o a una cosa significaba adquirir la pertenencia, como hizo Adán en el relato del Génesis (cf. 2,19-20).

En el templo, cuarenta días después del nacimiento, José, junto a la madre, presentó el Niño al Señor y escuchó sorprendido la profecía que Simeón pronunció sobre Jesús y María (cf. *Lc* 2,22-35). Para proteger a Jesús de Herodes, permaneció en Egipto como extranjero (cf. *Mt* 2,13-18). De regreso en su tierra, vivió de manera oculta en el pequeño y desconocido pueblo de Nazaret, en Galilea —de donde, se decía: «No sale ningún profeta» y «no puede salir nada bueno» (cf. *Jn* 7,52; 1,46)—, lejos de Belén, su ciudad de origen, y de Jerusalén, donde estaba el templo. Cuando, durante una peregrinación a Jerusalén, perdieron a Jesús, que tenía doce años, él y María lo buscaron angustiados y lo encontraron en el templo mientras discutía con los doctores de la ley (cf. *Lc* 2,41-50).

Después de María, Madre de Dios, ningún santo ocupa tanto espacio

en el Magisterio pontificio como José, su esposo. Mis predecesores han profundizado en el mensaje contenido en los pocos datos transmitidos por los Evangelios para destacar su papel central en la historia de la salvación: el beato Pío IX lo declaró «Patrono de la Iglesia Católica»[2], el venerable Pío XII lo presentó como «Patrono de los trabajadores»[3] y san Juan Pablo II como «Custodio del Redentor»[4]. El pueblo lo invoca como «Patrono de la buena muerte»[5].

Por eso, al cumplirse ciento cincuenta años de que el beato Pío IX, el 8 de diciembre de 1870, lo declarara como *Patrono de la Iglesia Católica*, quisiera —como dice Jesús— que «la boca hable de aquello de lo que está lleno el corazón» (cf. *Mt 12,34*), para compartir con ustedes algunas reflexiones personales sobre esta figura extraordinaria, tan cercana a nuestra condición humana. Este deseo ha crecido durante estos meses de pandemia, en los que podemos experimentar, en medio de la crisis que nos está golpeando, que «nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes —corrientemente olvidadas— que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último *show* pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia: médicos, enfermeros y enfermeras, encargados de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y tantos pero tantos otros que comprendieron que nadie se salva solo. [...] Cuánta gente cada día demuestra paciencia e infunde esperanza, cuidándose de no sembrar pánico sino corresponsabilidad. Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, docentes muestran a nuestros niños, con gestos pequeños y cotidianos, cómo enfrentar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas e impulsando la oración. Cuántas personas rezan, ofrecen e interceden por el bien de todos»[6]. Todos pueden encontrar en san José —el hombre que pasa desapercibido, el hombre de la presencia diaria, discreta y oculta— un intercesor, un apoyo y una guía en tiempos de dificultad. San José nos recuerda que todos los que están aparentemente ocultos o en «segunda línea» tienen un protagonismo sin igual en la historia de la salvación. A todos ellos va dirigida una palabra de reconocimiento y de gratitud.

1. *Padre amado*

La grandeza de san José consiste en el hecho de que fue el esposo de María y el padre de Jesús. En cuanto tal, «entró en el servicio de toda la

economía de la encarnación», como dice san Juan Crisóstomo[7].

San Pablo VI observa que su paternidad se manifestó concretamente «al haber hecho de su vida un servicio, un sacrificio al misterio de la Encarnación y a la misión redentora que le está unida; al haber utilizado la autoridad legal, que le correspondía en la Sagrada Familia, para hacer de ella un don total de sí mismo, de su vida, de su trabajo; al haber convertido su vocación humana de amor doméstico en la oblación sobrehumana de sí mismo, de su corazón y de toda capacidad en el amor puesto al servicio del Mesías nacido en su casa»[8].

Por su papel en la historia de la salvación, san José es un padre que siempre ha sido amado por el pueblo cristiano, como lo demuestra el hecho de que se le han dedicado numerosas iglesias en todo el mundo; que muchos institutos religiosos, hermandades y grupos eclesiales se inspiran en su espiritualidad y llevan su nombre; y que desde hace siglos se celebran en su honor diversas representaciones sagradas. Muchos santos y santas le tuvieron una gran devoción, entre ellos Teresa de Ávila, quien lo tomó como abogado e intercesor, encomendándose mucho a él y recibiendo todas las gracias que le pedía. Alentada por su experiencia, la santa persuadía a otros para que le fueran devotos[9].

En todos los libros de oraciones se encuentra alguna oración a san José. Invocaciones particulares que le son dirigidas todos los miércoles y especialmente durante todo el mes de marzo, tradicionalmente dedicado a él[10].

La confianza del pueblo en san José se resume en la expresión «*Ite ad Ioseph*», que hace referencia al tiempo de hambruna en Egipto, cuando la gente le pedía pan al faraón y él les respondía: «Vayan donde José y hagan lo que él les diga» (*Gn 41,55*). Se trataba de José el hijo de Jacob, a quien sus hermanos vendieron por envidia (cf. *Gn 37,11-28*) y que —siguiendo el relato bíblico— se convirtió posteriormente en virrey de Egipto (cf. *Gn 41,41-44*).

Como descendiente de David (cf. *Mt 1,16.20*), de cuya raíz debía brotar Jesús según la promesa hecha a David por el profeta Natán (cf. *2 Sam 7*), y como esposo de María de Nazaret, san José es la pieza que une el Antiguo y el Nuevo Testamento.

2. Padre en la ternura

José vio a Jesús progresar día tras día «en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres» (*Lc 2,52*). Como hizo el Señor con Israel,

así él «le enseñó a caminar, y lo tomaba en sus brazos: era para él como el padre que alza a un niño hasta sus mejillas, y se inclina hacia él para darle de comer» (cf. *Os* 11,3-4).

Jesús vio la ternura de Dios en José: «Como un padre siente ternura por sus hijos, así el Señor siente ternura por quienes lo temen» (*Sal* 103,13).

En la sinagoga, durante la oración de los Salmos, José ciertamente habrá oído el eco de que el Dios de Israel es un Dios de ternura[11], que es bueno para todos y «su ternura alcanza a todas las criaturas» (*Sal* 145,9).

La historia de la salvación se cumple creyendo «contra toda esperanza» (*Rm* 4,18) a través de nuestras debilidades. Muchas veces pensamos que Dios se basa sólo en la parte buena y vencedora de nosotros, cuando en realidad la mayoría de sus designios se realizan a través y a pesar de nuestra debilidad. Esto es lo que hace que san Pablo diga: «Para que no me engría tengo una espina clavada en el cuerpo, un emisario de Satanás que me golpea para que no me engría. Tres veces le he pedido al Señor que la aparte de mí, y él me ha dicho: «¡Te basta mi gracia!, porque mi poder se manifiesta plenamente en la debilidad»» (2 *Co* 12,7-9).

Si esta es la perspectiva de la economía de la salvación, debemos aprender a aceptar nuestra debilidad con intensa ternura[12].

El Maligno nos hace mirar nuestra fragilidad con un juicio negativo, mientras que el Espíritu la saca a la luz con ternura. La ternura es el mejor modo para tocar lo que es frágil en nosotros. El dedo que señala y el juicio que hacemos de los demás son a menudo un signo de nuestra incapacidad para aceptar nuestra propia debilidad, nuestra propia fragilidad. Sólo la ternura nos salvará de la obra del Acusador (cf. *Ap* 12,10). Por esta razón es importante encontrarnos con la Misericordia de Dios, especialmente en el sacramento de la Reconciliación, teniendo una experiencia de verdad y ternura. Paradójicamente, incluso el Maligno puede decirnos la verdad, pero, si lo hace, es para condenarnos. Sabemos, sin embargo, que la Verdad que viene de Dios no nos condena, sino que nos acoge, nos abraza, nos sostiene, nos perdona. La Verdad siempre se nos presenta como el Padre misericordioso de la parábola (cf. *Lc* 15,11-32): viene a nuestro encuentro, nos devuelve la dignidad, nos pone nuevamente de pie, celebra con nosotros, porque «mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado» (v. 24).

También a través de la angustia de José pasa la voluntad de Dios, su historia, su proyecto. Así, José nos enseña que tener fe en Dios incluye

además creer que Él puede actuar incluso a través de nuestros miedos, de nuestras fragilidades, de nuestra debilidad. Y nos enseña que, en medio de las tormentas de la vida, no debemos tener miedo de ceder a Dios el timón de nuestra barca. A veces, nosotros quisiéramos tener todo bajo control, pero Él tiene siempre una mirada más amplia.

3. Padre en la obediencia

Así como Dios hizo con María cuando le manifestó su plan de salvación, también a José le reveló sus designios y lo hizo a través de sueños que, en la Biblia, como en todos los pueblos antiguos, eran considerados uno de los medios por los que Dios manifestaba su voluntad[13].

José estaba muy angustiado por el embarazo incomprensible de María; no quería «denunciarla públicamente»[14], pero decidió «romper su compromiso en secreto» (Mt 1,19). En el primer sueño el ángel lo ayudó a resolver su grave dilema: «No temas aceptar a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella proviene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,20-21). Su respuesta fue inmediata: «Cuando José despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado» (Mt 1,24). Con la obediencia superó su drama y salvó a María.

En el segundo sueño el ángel ordenó a José: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y huye a Egipto; quédate allí hasta que te diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo» (Mt 2,13). José no dudó en obedecer, sin cuestionarse acerca de las dificultades que podía encontrar: «Se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto, donde estuvo hasta la muerte de Herodes» (Mt 2,14-15).

En Egipto, José esperó con confianza y paciencia el aviso prometido por el ángel para regresar a su país. Y cuando en un tercer sueño el mensajero divino, después de haberle informado que los que intentaban matar al niño habían muerto, le ordenó que se levantara, que tomase consigo al niño y a su madre y que volviera a la tierra de Israel (cf. Mt 2,19-20), él una vez más obedeció sin vacilar: «Se levantó, tomó al niño y a su madre y entró en la tierra de Israel» (Mt 2,21).

Pero durante el viaje de regreso, «al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí y, avisado en sueños -y es la cuarta vez que sucedió-, se retiró a la región de Galilea y se fue a vivir a un pueblo llamado Nazaret» (Mt 2,22-23).

El evangelista Lucas, por su parte, relató que José afrontó el largo e

incómodo viaje de Nazaret a Belén, según la ley del censo del emperador César Augusto, para empadronarse en su ciudad de origen. Y fue precisamente en esta circunstancia que Jesús nació y fue asentado en el censo del Imperio, como todos los demás niños (cf. *Lc* 2,1-7).

San Lucas, en particular, se preocupó de resaltar que los padres de Jesús observaban todas las prescripciones de la ley: los ritos de la circuncisión de Jesús, de la purificación de María después del parto, de la presentación del primogénito a Dios (cf. 2,21-24)[15].

En cada circunstancia de su vida, José supo pronunciar su «*fiat*», como María en la Anunciación y Jesús en Getsemaní.

José, en su papel de cabeza de familia, enseñó a Jesús a ser sumiso a sus padres, según el mandamiento de Dios (cf. *Ex* 20,12).

En la vida oculta de Nazaret, bajo la guía de José, Jesús aprendió a hacer la voluntad del Padre. Dicha voluntad se transformó en su alimento diario (cf. *Jn* 4,34). Incluso en el momento más difícil de su vida, que fue en Getsemaní, prefirió hacer la voluntad del Padre y no la suya propia[16] y se hizo «obediente hasta la muerte [...] de cruz» (*Flp* 2,8). Por ello, el autor de la Carta a los Hebreos concluye que Jesús «aprendió sufriendo a obedecer» (5,8).

Todos estos acontecimientos muestran que José «ha sido llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús mediante el ejercicio de su paternidad; de este modo él coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención y es verdaderamente «ministro de la salvación»»[17].

4. Padre en la acogida

José acogió a María sin poner condiciones previas. Confió en las palabras del ángel. «La nobleza de su corazón le hace supeditar a la caridad lo aprendido por ley; y hoy, en este mundo donde la violencia psicológica, verbal y física sobre la mujer es patente, José se presenta como figura de varón respetuoso, delicado que, aun no teniendo toda la información, se decide por la fama, dignidad y vida de María. Y, en su duda de cómo hacer lo mejor, Dios lo ayudó a optar iluminando su juicio»[18].

Muchas veces ocurren hechos en nuestra vida cuyo significado no entendemos. Nuestra primera reacción es a menudo de decepción y rebelión. José deja de lado sus razonamientos para dar paso a lo que acontece y, por más misterioso que le parezca, lo acoge, asume la res-

ponsabilidad y se reconcilia con su propia historia. Si no nos reconciliamos con nuestra historia, ni siquiera podremos dar el paso siguiente, porque siempre seremos prisioneros de nuestras expectativas y de las consiguientes decepciones.

La vida espiritual de José no nos muestra una vía que *explica*, sino una vía que *acoge*. Sólo a partir de esta acogida, de esta reconciliación, podemos también intuir una historia más grande, un significado más profundo. Parecen hacerse eco las ardientes palabras de Job que, ante la invitación de su esposa a rebelarse contra todo el mal que le sucedía, respondió: «Si aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los males?» (*Jb* 2,10).

José no es un hombre que se resigna pasivamente. Es un protagonista valiente y fuerte. La acogida es un modo por el que se manifiesta en nuestra vida el don de la fortaleza que nos viene del Espíritu Santo. Sólo el Señor puede darnos la fuerza para acoger la vida tal como es, para hacer sitio incluso a esa parte contradictoria, inesperada y decepcionante de la existencia.

La venida de Jesús en medio de nosotros es un regalo del Padre, para que cada uno pueda reconciliarse con la carne de su propia historia, aunque no la comprenda del todo.

Como Dios dijo a nuestro santo: «José, hijo de David, no temas» (*Mt* 1,20), parece repetirnos también a nosotros: «¡No tengan miedo!». Tenemos que dejar de lado nuestra ira y decepción, y hacer espacio —sin ninguna resignación mundana y con una fortaleza llena de esperanza— a lo que no hemos elegido, pero está allí. Acoger la vida de esta manera nos introduce en un significado oculto. La vida de cada uno de nosotros puede comenzar de nuevo milagrosamente, si encontramos la valentía para vivirla según lo que nos dice el Evangelio. Y no importa si ahora todo parece haber tomado un rumbo equivocado y si algunas cuestiones son irreversibles. Dios puede hacer que las flores broten entre las rocas. Aun cuando nuestra conciencia nos reprocha algo, Él «es más grande que nuestra conciencia y lo sabe todo» (*1 Jn* 3,20).

El realismo cristiano, que no rechaza nada de lo que existe, vuelve una vez más. La realidad, en su misteriosa irreductibilidad y complejidad, es portadora de un sentido de la existencia con sus luces y sombras. Esto hace que el apóstol Pablo afirme: «Sabemos que todo contribuye al bien de quienes aman a Dios» (*Rm* 8,28). Y san Agustín añade: «Aun lo que llamamos mal (*etiam illud quod malum dicitur*)»[19]. En esta perspectiva

general, la fe da sentido a cada acontecimiento feliz o triste.

Entonces, lejos de nosotros el pensar que creer significa encontrar soluciones fáciles que consuelen. La fe que Cristo nos enseñó es, en cambio, la que vemos en san José, que no buscó atajos, sino que afrontó «con los ojos abiertos» lo que le acontecía, asumiendo la responsabilidad en primera persona.

La acogida de José nos invita a acoger a los demás, sin exclusiones, tal como son, con preferencia por los débiles, porque Dios elige lo que es débil (cf. *1 Co* 1,27), es «padre de los huérfanos y defensor de las viudas» (*Sal* 68,6) y nos ordena amar al extranjero[20]. Deseo imaginar que Jesús tomó de las actitudes de José el ejemplo para la parábola del hijo pródigo y el padre misericordioso (cf. *Lc* 15,11-32).

5. *Padre de la valentía creativa*

Si la primera etapa de toda verdadera curación interior es acoger la propia historia, es decir, hacer espacio dentro de nosotros mismos incluso para lo que no hemos elegido en nuestra vida, necesitamos añadir otra característica importante: la valentía creativa. Esta surge especialmente cuando encontramos dificultades. De hecho, cuando nos enfrentamos a un problema podemos detenernos y bajar los brazos, o podemos ingeniárnoslas de alguna manera. A veces las dificultades son precisamente las que sacan a relucir recursos en cada uno de nosotros que ni siquiera pensábamos tener.

Muchas veces, leyendo los «Evangelios de la infancia», nos preguntamos por qué Dios no intervino directa y claramente. Pero Dios actúa a través de eventos y personas. José era el hombre por medio del cual Dios se ocupó de los comienzos de la historia de la redención. Él era el verdadero «milagro» con el que Dios salvó al Niño y a su madre. El cielo intervino confiando en la valentía creadora de este hombre, que cuando llegó a Belén y no encontró un lugar donde María pudiera dar a luz, se instaló en un establo y lo arregló hasta convertirlo en un lugar lo más acogedor posible para el Hijo de Dios que venía al mundo (cf. *Lc* 2,6-7). Ante el peligro inminente de Herodes, que quería matar al Niño, José fue alertado una vez más en un sueño para protegerlo, y en medio de la noche organizó la huida a Egipto (cf. *Mt* 2,13-14).

De una lectura superficial de estos relatos se tiene siempre la impresión de que el mundo esté a merced de los fuertes y de los poderosos, pero la «buena noticia» del Evangelio consiste en mostrar cómo, a pesar

de la arrogancia y la violencia de los gobernantes terrenales, Dios siempre encuentra un camino para cumplir su plan de salvación. Incluso nuestra vida parece a veces que está en manos de fuerzas superiores, pero el Evangelio nos dice que Dios siempre logra salvar lo que es importante, con la condición de que tengamos la misma valentía creativa del carpintero de Nazaret, que sabía transformar un problema en una oportunidad, anteponiendo siempre la confianza en la Providencia.

Si a veces pareciera que Dios no nos ayuda, no significa que nos haya abandonado, sino que confía en nosotros, en lo que podemos planear, inventar, encontrar.

Es la misma valentía creativa que mostraron los amigos del paralítico que, para presentarlo a Jesús, lo bajaron del techo (cf. *Lc 5,17-26*). La dificultad no detuvo la audacia y la obstinación de esos amigos. Ellos estaban convencidos de que Jesús podía curar al enfermo y «como no pudieron introducirlo por causa de la multitud, subieron a lo alto de la casa y lo hicieron bajar en la camilla a través de las tejas, y lo colocaron en medio de la gente frente a Jesús. Jesús, al ver la fe de ellos, le dijo al paralítico: «¡Hombre, tus pecados quedan perdonados!»» (vv. 19-20). Jesús reconoció la fe creativa con la que esos hombres trataron de traerle a su amigo enfermo.

El Evangelio no da ninguna información sobre el tiempo en que María, José y el Niño permanecieron en Egipto. Sin embargo, lo que es cierto es que habrán tenido necesidad de comer, de encontrar una casa, un trabajo. No hace falta mucha imaginación para llenar el silencio del Evangelio a este respecto. La Sagrada Familia tuvo que afrontar problemas concretos como todas las demás familias, como muchos de nuestros hermanos y hermanas migrantes que incluso hoy arriesgan sus vidas forzados por las adversidades y el hambre. A este respecto, creo que san José sea realmente un santo patrono especial para todos aquellos que tienen que dejar su tierra a causa de la guerra, el odio, la persecución y la miseria.

Al final de cada relato en el que José es el protagonista, el Evangelio señala que él se levantó, tomó al Niño y a su madre e hizo lo que Dios le había mandado (cf. *Mt 1,24; 2,14.21*). De hecho, Jesús y María, su madre, son el tesoro más preciado de nuestra fe[21].

En el plan de salvación no se puede separar al Hijo de la Madre, de aquella que «avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente su unión con su Hijo hasta la cruz»[22].

Debemos preguntarnos siempre si estamos protegiendo con todas nuestras fuerzas a Jesús y María, que están misteriosamente confiados a nuestra responsabilidad, a nuestro cuidado, a nuestra custodia. El Hijo del Todopoderoso viene al mundo asumiendo una condición de gran debilidad. Necesita de José para ser defendido, protegido, cuidado, criado. Dios confía en este hombre, del mismo modo que lo hace María, que encuentra en José no sólo al que quiere salvar su vida, sino al que siempre velará por ella y por el Niño. En este sentido, san José no puede dejar de ser el Custodio de la Iglesia, porque la Iglesia es la extensión del Cuerpo de Cristo en la historia, y al mismo tiempo en la maternidad de la Iglesia se manifiesta la maternidad de María[23]. José, a la vez que continúa protegiendo a la Iglesia, sigue amparando *al Niño y a su madre*, y nosotros también, amando a la Iglesia, continuamos amando *al Niño y a su madre*.

Este Niño es el que dirá: «Les aseguro que siempre que ustedes lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron» (Mt 25,40). Así, cada persona necesitada, cada pobre, cada persona que sufre, cada moribundo, cada extranjero, cada prisionero, cada enfermo son «el Niño» que José sigue custodiando. Por eso se invoca a san José como protector de los indigentes, los necesitados, los exiliados, los afligidos, los pobres, los moribundos. Y es por lo mismo que la Iglesia no puede dejar de amar a los más pequeños, porque Jesús ha puesto en ellos su preferencia, se identifica personalmente con ellos. De José debemos aprender el mismo cuidado y responsabilidad: amar al Niño y a su madre; amar los sacramentos y la caridad; amar a la Iglesia y a los pobres. En cada una de estas realidades está siempre *el Niño y su madre*.

6. Padre trabajador

Un aspecto que caracteriza a san José y que se ha destacado desde la época de la primera Encíclica social, la *Rerum novarum* de León XIII, es su relación con el trabajo. San José era un carpintero que trabajaba honestamente para asegurar el sustento de su familia. De él, Jesús aprendió el valor, la dignidad y la alegría de lo que significa comer el pan que es fruto del propio trabajo.

En nuestra época actual, en la que el trabajo parece haber vuelto a representar una urgente cuestión social y el desempleo alcanza a veces niveles impresionantes, aun en aquellas naciones en las que durante

décadas se ha experimentado un cierto bienestar, es necesario, con una conciencia renovada, comprender el significado del trabajo que da dignidad y del que nuestro santo es un patrono ejemplar.

El trabajo se convierte en participación en la obra misma de la salvación, en oportunidad para acelerar el advenimiento del Reino, para desarrollar las propias potencialidades y cualidades, poniéndolas al servicio de la sociedad y de la comunión. El trabajo se convierte en ocasión de realización no sólo para uno mismo, sino sobre todo para ese núcleo original de la sociedad que es la familia. Una familia que carece de trabajo está más expuesta a dificultades, tensiones, fracturas e incluso a la desesperada y desesperante tentación de la disolución. ¿Cómo podríamos hablar de dignidad humana sin comprometernos para que todos y cada uno tengan la posibilidad de un sustento digno?

La persona que trabaja, cualquiera que sea su tarea, colabora con Dios mismo, se convierte un poco en creador del mundo que nos rodea. La crisis de nuestro tiempo, que es una crisis económica, social, cultural y espiritual, puede representar para todos un llamado a redescubrir el significado, la importancia y la necesidad del trabajo para dar lugar a una nueva «normalidad» en la que nadie quede excluido. La obra de san José nos recuerda que el mismo Dios hecho hombre no desdeñó el trabajo. La pérdida de trabajo que afecta a tantos hermanos y hermanas, y que ha aumentado en los últimos tiempos debido a la pandemia de Covid-19, debe ser un llamado a revisar nuestras prioridades. Imploremos a san José obrero para que encontremos caminos que nos lleven a decir: ¡Ningún joven, ninguna persona, ninguna familia sin trabajo!

7. Padre en la sombra

El escritor polaco Jan Dobraczyński, en su libro *La sombra del Padre*[24], noveló la vida de san José. Con la imagen evocadora de la sombra define la figura de José, que para Jesús es la sombra del Padre celestial en la tierra: lo auxilia, lo protege, no se aparta jamás de su lado para seguir sus pasos. Pensemos en aquello que Moisés recuerda a Israel: «En el desierto, donde viste cómo el Señor, tu Dios, te cuidaba como un padre cuida a su hijo durante todo el camino» (Dt 1,31). Así José ejerció la paternidad durante toda su vida[25].

Nadie nace padre, sino que se hace. Y no se hace sólo por traer un hijo al mundo, sino por hacerse cargo de él responsablemente. Todas las veces que alguien asume la responsabilidad de la vida de otro, en

cierto sentido ejercita la paternidad respecto a él.

En la sociedad de nuestro tiempo, los niños a menudo parecen no tener padre. También la Iglesia de hoy en día necesita padres. La amonestación dirigida por san Pablo a los Corintios es siempre oportuna: «Podrán tener diez mil instructores, pero padres no tienen muchos» (1 Co 4,15); y cada sacerdote u obispo debería poder decir como el Apóstol: «Fui yo quien los engendré para Cristo al anunciarles el Evangelio» (*ibid.*). Y a los Gálatas les dice: «Hijos míos, por quienes de nuevo sufro dolores de parto hasta que Cristo sea formado en ustedes» (4,19).

Ser padre significa introducir al niño en la experiencia de la vida, en la realidad. No para retenerlo, no para encarcelarlo, no para poseerlo, sino para hacerlo capaz de elegir, de ser libre, de salir. Quizás por esta razón la tradición también le ha puesto a José, junto al apelativo de padre, el de «castísimo». No es una indicación meramente afectiva, sino la síntesis de una actitud que expresa lo contrario a poseer. La castidad está en ser libres del afán de poseer en todos los ámbitos de la vida. Sólo cuando un amor es casto es un verdadero amor. El amor que quiere poseer, al final, siempre se vuelve peligroso, aprisiona, sofoca, hace infeliz. Dios mismo amó al hombre con amor casto, dejándolo libre incluso para equivocarse y ponerse en contra suya. La lógica del amor es siempre una lógica de libertad, y José fue capaz de amar de una manera extraordinariamente libre. Nunca se puso en el centro. Supo cómo descentrarse, para poner a María y a Jesús en el centro de su vida.

La felicidad de José no está en la lógica del auto-sacrificio, sino en el don de sí mismo. Nunca se percibe en este hombre la frustración, sino sólo la confianza. Su silencio persistente no contempla quejas, sino gestos concretos de confianza. El mundo necesita padres, rechaza a los amos, es decir: rechaza a los que quieren usar la posesión del otro para llenar su propio vacío; rehúsa a los que confunden autoridad con autoritarismo, servicio con servilismo, confrontación con opresión, caridad con asistencialismo, fuerza con destrucción. Toda vocación verdadera nace del don de sí mismo, que es la maduración del simple sacrificio. También en el sacerdocio y la vida consagrada se requiere este tipo de madurez. Cuando una vocación, ya sea en la vida matrimonial, célibe o virginal, no alcanza la madurez de la entrega de sí misma deteniéndose sólo en la lógica del sacrificio, entonces en lugar de convertirse en signo de la belleza y la alegría del amor corre el riesgo de expresar infelicidad, tristeza y frustración.

La paternidad que rehúsa la tentación de vivir la vida de los hijos está siempre abierta a nuevos espacios. Cada niño lleva siempre consigo un misterio, algo inédito que sólo puede ser revelado con la ayuda de un padre que respete su libertad. Un padre que es consciente de que completa su acción educativa y de que vive plenamente su paternidad sólo cuando se ha hecho «inútil», cuando ve que el hijo ha logrado ser autónomo y camina solo por los senderos de la vida, cuando se pone en la situación de José, que siempre supo que el Niño no era suyo, sino que simplemente había sido confiado a su cuidado. Después de todo, eso es lo que Jesús sugiere cuando dice: «No llamen «padre» a ninguno de ustedes en la tierra, pues uno solo es su Padre, el del cielo» (*Mt 23,9*).

Siempre que nos encontremos en la condición de ejercer la paternidad, debemos recordar que nunca es un ejercicio de posesión, sino un «signo» que nos evoca una paternidad superior. En cierto sentido, todos nos encontramos en la condición de José: sombra del único Padre celestial, que «hace salir el sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos» (*Mt 5,45*); y sombra que sigue al Hijo.

* * *

«Levántate, toma contigo al niño y a su madre» (*Mt 2,13*), dijo Dios a san José.

El objetivo de esta Carta apostólica es que crezca el amor a este gran santo, para ser impulsados a implorar su intercesión e imitar sus virtudes, como también su resolución.

En efecto, la misión específica de los santos no es sólo la de conceder milagros y gracias, sino la de interceder por nosotros ante Dios, como hicieron Abrahán[26] y Moisés[27], como hace Jesús, «único mediador» (*1 Tm 2,5*), que es nuestro «abogado» ante Dios Padre (*1 Jn 2,1*), «ya que vive eternamente para interceder por nosotros» (*Hb 7,25*; cf. *Rm 8,34*).

Los santos ayudan a todos los fieles «a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad»[28]. Su vida es una prueba concreta de que es posible vivir el Evangelio.

Jesús dijo: «Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón» (*Mt 11,29*), y ellos a su vez son ejemplos de vida a imitar. San Pablo exhortó explícitamente: «Vivan como imitadores míos» (*1 Co 4,16*)[29]. San José lo dijo a través de su elocuente silencio.

Ante el ejemplo de tantos santos y santas, san Agustín se preguntó:

«¿No podrás tú lo que éstos y éstas?». Y así llegó a la conversión definitiva exclamando: «¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva!»[30].

No queda más que implorar a san José la gracia de las gracias: nuestra conversión.

A él dirijamos nuestra oración:

*Salve, custodio del Redentor
y esposo de la Virgen María.
A ti Dios confió a su Hijo,
en ti María depositó su confianza,
contigo Cristo se forjó como hombre.*

*Oh, bienaventurado José,
muéstrate padre también a nosotros
y guíanos en el camino de la vida.
Concédenos gracia, misericordia y valentía,
y defiéndenos de todo mal. Amén.*

Roma, en San Juan de Letrán, 8 de diciembre, Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, del año 2020, octavo de mi pontificado.

Francisco

[1] Lc 4,22; Jn 6,42; cf. Mt 13,55; Mc 6,3.

[2] S. Rituuum Congreg., *Quemadmodum Deus* (8 diciembre 1870): ASS 6 (1870-71), 194.

[3] Cf. *Discurso a las Asociaciones cristianas de Trabajadores italianos con motivo de la Solemnidad de san José obrero* (1 mayo 1955): AAS 47 (1955), 406.

[4] Exhort. ap. *Redemptoris custos* (15 agosto 1989): AAS 82 (1990), 5-34.

[5] *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1014.

[6] *Meditación en tiempos de pandemia* (27 marzo 2020): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (3 abril 2020), p. 3.

[7] *In Matth. Hom*, V, 3: PG 57, 58.

[8] *Homilía* (19 marzo 1966): *Insegnamenti di Paolo VI*, IV (1966), 110.

[9] Cf. *Libro de la vida*, 6, 6-8.

[10] Todos los días, durante más de cuarenta años, después de Laudes,

recito una oración a san José tomada de un libro de devociones francés del siglo XIX, de la Congregación de las Religiosas de Jesús y María, que expresa devoción, confianza y un cierto reto a san José: «Glorioso patriarca san José, cuyo poder sabe hacer posibles las cosas imposibles, ven en mi ayuda en estos momentos de angustia y dificultad. Toma bajo tu protección las situaciones tan graves y difíciles que te confío, para que tengan una buena solución. Mi amado Padre, toda mi confianza está puesta en ti. Que no se diga que te haya invocado en vano y, como puedes hacer todo con Jesús y María, muéstrame que tu bondad es tan grande como tu poder. Amén».

[11] Cf. *Dt* 4,31; *Sal* 69,17; 78,38; 86,5; 111,4; 116,5; *Jr* 31,20.

[12] Cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 88, 288: AAS 105 (2013), 1057, 1136-1137.

[13] Cf. *Gn* 20,3; 28,12; 31,11.24; 40,8; 41,1-32; *Nm* 12,6; *1 Sam* 3,3-10; *Dn* 2; 4; *Jb* 33,15.

[14] En estos casos estaba prevista la lapidación (cf. *Dt* 22,20-21).

[15] Cf. *Lv* 12,1-8; *Ex* 13,2.

[16] Cf. *Mt* 26,39; *Mc* 14,36; *Lc* 22,42.

[17] S. Juan Pablo II, Exhort. ap. *Redemptoris custos* (15 agosto 1989), 8: AAS 82 (1990), 14.

[18] *Homilía en la Santa Misa con beatificaciones*, Villavicencio – Colombia (8 septiembre 2017): AAS 109 (2017), 1061.

[19] *Enchiridion de fide, spe et caritate*, 3.11: PL 40, 236.

[20] Cf. *Dt* 10,19; *Ex* 22,20-22; *Lc* 10,29-37.

[21] Cf. S. Rituum Congreg., *Quemadmodum Deus* (8 diciembre 1870): ASS 6 (1870-71), 193; B. Pío IX, Carta ap. *Inclytum Patriarcham* (7 julio 1871): *l.c.*, 324-327.

[22] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 58.

[23] Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 963-970.

[24] Edición original: *Cieñ Ojca*, Varsovia 1977.

[25] Cf. S. Juan Pablo II, Exhort. ap. *Redemptoris custos*, 7-8: AAS 82 (1990), 12-16.

[26] Cf. *Gn* 18,23-32.

[27] Cf. *Ex* 17,8-13; 32,30-35.

[28] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 42.

[29] Cf. *1 Co* 11,1; *Flp* 3,17; *1 Ts* 1,6.

[30] *Confesiones*, 8, 11, 27: PL 32, 761; 10, 27, 38: PL 32, 795.

Discurso del Santo Padre a la Curia Romana con ocasión de las felicitaciones navideñas

*Aula de las Bendiciones
Lunes, 21 de diciembre de 2020*

Queridos hermanos y hermanas:

1. La Navidad es el misterio del nacimiento de Jesús de Nazaret que nos recuerda que «los hombres, *aunque han de morir, no han nacido para eso sino para comenzar*»[1], como observa de modo tan brillante e incisivo Hanna Arendt, la filósofa hebrea que desmonta el pensamiento de su maestro Heidegger, según el cual el hombre nace para ser arrojado a la muerte. Sobre las ruinas de los totalitarismos del siglo veinte, Arendt reconoce esta verdad luminosa: «El milagro que salva al mundo, a la esfera de los asuntos humanos, de su ruina normal y «natural» es en último término el hecho de la natalidad. [...] Esta fe y esperanza en el mundo encontró tal vez su más gloriosa y sucinta expresión en las pocas palabras que en los evangelios anuncian la *gran alegría*: «Les ha nacido hoy un Salvador»»[2].

2. Ante el Misterio de la Encarnación, junto al Niño acostado en un pesebre (cf. *Lc 2,16*), así como frente al Misterio Pascual, en presencia del hombre crucificado, encontramos el lugar adecuado sólo si somos inermes, humildes, esenciales; sólo después de haber puesto en práctica en el ambiente en el que vivimos —incluyendo la Curia Romana— el programa de vida sugerido por san Pablo: «Desaparezca de ustedes toda amargura, ira, enojo, insulto, injurias y cualquier tipo de maldad. Sean bondadosos unos con otros, sean compasivos y perdónense mutuamente, así como Dios los perdonó en Cristo» (*Ef 4,31-32*); sólo «revestidos de humildad» (cf. *1 P 5,5*), imitando a Jesús «manso y humilde de corazón» (*Mt 11, 29*); sólo después de habernos colocado «en el último puesto» (*Lc 14,10*) y habernos hecho «siervos de todos» (cf. *Mc 10,44*). Y a este propósito, san Ignacio en sus Ejercicios llega hasta el punto de pedir que nos imaginemos estar en la escena del nacimiento, «haciéndome yo -escribe- un pobrecito y esclavito indigno, mirándolos, contemplándolos y sirviéndolos en sus necesidades» (114).

Agradezco al cardenal Decano su amable saludo en esta Navidad, que ha manifestado los sentimientos de todos. Gracias, cardenal Re, gracias.

3. Esta Navidad es la Navidad de la pandemia, de la crisis sanitaria, de la crisis socioeconómica e incluso eclesial que ha lacerado cruelmente al mundo entero. La crisis ha dejado de ser un lugar común del discurso y del *establishment* intelectual para transformarse en una realidad compartida por todos.

Este flagelo ha sido una prueba importante y, al mismo tiempo, una gran oportunidad para convertirnos y recuperar la autenticidad.

Cuando el pasado 27 de marzo, en la Plaza de San Pedro, ante la plaza vacía pero llena de una pertenencia común que nos une con cada rincón de la tierra, cuando allí quise rezar por todos y con todos; tuve la oportunidad de decir en voz alta el significado posible de la «tempestad» (cf. *Mc* 4,35-41) que había golpeado al mundo: «La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad. La tempestad pone al descubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros pueblos; todas esas tentativas de anestesiar con aparentes rutinas «salvadoras», incapaces de apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros ancianos, privándonos así de la inmunidad necesaria para hacerle frente a la adversidad. Con la tempestad, se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejó al descubierto, una vez más, esa (bendita) pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos».

4. La Providencia quiso que en este tiempo difícil haya podido escribir *Fratelli tutti*, la Encíclica dedicada al tema de la fraternidad y de la amistad social. Y una lección nos llega de los Evangelios de la infancia, donde se narra el nacimiento de Jesús, es la de una nueva complicidad -una nueva complicidad- y unión que se crea entre los protagonistas: María, José, los pastores, los magos y todos aquellos que, de un modo u otro, ofrecieron su fraternidad, su amistad para que el Verbo que se hizo carne fuera acogido en las tinieblas de la historia (cf. *Jn* 1,14). Esto

escribí al principio de esta Encíclica: «Anhele que en esta época que nos toca vivir, reconociendo la dignidad de cada persona humana, podamos hacer renacer entre todos un deseo mundial de hermandad. Entre todos: «He ahí un hermoso secreto para soñar y hacer de nuestra vida una hermosa aventura. Nadie puede pelear la vida aisladamente. [...] Se necesita una comunidad que nos sostenga, que nos ayude y en la que nos ayudemos unos a otros a mirar hacia delante. ¡Qué importante es soñar juntos! [...] Solos se corre el riesgo de tener espejismos, en los que ves lo que no hay; los sueños se construyen juntos»[3]. Soñemos como una única humanidad, como caminantes hechos de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos» (n. 8)

5. La crisis de la pandemia es una buena oportunidad para hacer una breve reflexión sobre el *significado de la crisis*, que puede ayudar a todos.

La crisis es un fenómeno que afecta a todo y a todos. Está presente en todas partes y en todos los períodos de la historia, abarca las ideologías, la política, la economía, la tecnología, la ecología, la religión. Es una etapa obligatoria en la historia personal y en la historia social. Se manifiesta como un acontecimiento extraordinario, que siempre causa una sensación de inquietud, ansiedad, desequilibrio e incertidumbre en las decisiones que se deben tomar. Como recuerda la raíz etimológica del verbo *krino*: la crisis es esa criba que limpia el grano de trigo después de la cosecha.

Incluso la Biblia está llena de personas que han sido «tamizadas», de «personajes en crisis» que, sin embargo, a través de estas cumplen la historia de la salvación.

La crisis de *Abrahán*, que abandonó su tierra (cf. *Gn 12,1-2*) y tuvo que vivir la gran prueba de tener que sacrificar su único hijo a Dios (cf. *Gn 22,1-19*), se resolvió desde el punto de vista teológico con el nacimiento de un nuevo pueblo. Pero este nacimiento no evitó que Abrahán viviera un drama en el que la confusión y el desconcierto no prevalecieron sólo gracias a la fuerza de su fe.

La crisis de *Moisés* se manifestó en la desconfianza de sí mismo: «¿Quién soy yo para ir al faraón y sacar a los israelitas de Egipto?» (*Ex 3,11*); «yo nunca he sido un hombre con facilidad de palabra, [...] pues soy torpe de boca y de lengua» (*Ex 4,10*); «no sé hablar» (*Ex 6,12.30*).

Por eso trató de escapar de la misión que Dios le había confiado: «Señor, envía a otros» (cf. *Ex* 4,13). Pero a través de esa crisis, Dios hizo a Moisés su siervo, que guio al pueblo fuera de Egipto.

Elías, el profeta tan fuerte que era comparado con el fuego (cf. *Sir* 48,1), en un momento de gran crisis incluso anheló la muerte, pero luego experimentó la presencia de Dios no en el viento impetuoso, ni en el terremoto, ni en el fuego, sino en «el susurro de una brisa suave» (cf. *1 R* 19,11-12). La voz de Dios nunca está en el *ruido* de la crisis, sino en la voz *silenciosa* que nos habla *dentro* de la crisis misma.

A *Juan el Bautista* le asaltó la duda sobre la identidad mesiánica de Jesús (cf. *Mt* 11,2-6), porque no se presentaba como el libertador que tal vez esperaba (cf. *Mt* 3,11-12); sin embargo, fue precisamente el encarcelamiento de Juan el evento que llevó a Jesús a comenzar la predicación del Evangelio de Dios (cf. *Mc* 1,14).

Y finalmente, la crisis teológica de *Pablo de Tarso*: sacudido por el deslumbrante encuentro con Cristo en el camino de Damasco (cf. *Hch* 9,1-19; *Ga* 1,15-16), se vio obligado a dejar sus seguridades para seguir a Jesús (cf. *Flp* 3,4-10). San Pablo fue en efecto un hombre que se dejó transformar por la crisis y, por esta razón, fue el artífice de aquella crisis que llevó a la Iglesia fuera del recinto de Israel para llegar a los confines de la tierra.

Podríamos ampliar la lista de personajes bíblicos, y en ella cada uno de nosotros podría encontrar su lugar. Son muchos.

Pero la crisis más elocuente fue la de *Jesús*. Los Evangelios sinópticos enfatizan que Él inauguró su vida pública a través de la experiencia de la crisis vivida en las tentaciones. Aunque pareciera que el protagonista de esa situación fuera el diablo con sus falsas propuestas, en realidad el verdadero protagonista era el Espíritu Santo. De hecho, Él era quien conducía a Jesús en ese momento decisivo de su vida: «Enseguida, el Espíritu llevó a Jesús al desierto para ser puesto a prueba por el Diablo» (*Mt* 4,1).

Los evangelistas subrayan que los cuarenta días que Jesús pasó en el desierto estuvieron marcados por la experiencia del hambre y de la debilidad (cf. *Mt* 4,2; *Lc* 4,2). Y es precisamente en el trasfondo de esa hambre y debilidad donde el Maligno intentó jugar su mejor carta, aprovechándose de la humanidad cansada de Jesús. Pero, en ese hombre probado por el ayuno, el Tentador experimentó la presencia del Hijo de Dios que supo cómo vencer la tentación a través de la Palabra de Dios, no a través de la suya. Jesús nunca dialogó con el diablo, nunca; y

nosotros debemos aprender esto: con el diablo nunca se dialoga. Jesús o lo expulsaba, o lo obligaba a manifestar su nombre. Pero con el diablo nunca se dialoga.

Más tarde, Jesús se enfrentó a una crisis indescriptible en Getsemaní: soledad, miedo, angustia, la traición de Judas y el abandono de los Apóstoles (cf. *Mt* 26,36-50). Por último, llegó la crisis extrema en la Cruz: la solidaridad con los pecadores hasta el punto de sentirse abandonado por el Padre (cf. *Mt* 27,46). A pesar de ello, Él, con confianza total, «entregó su espíritu en las manos del Padre» (cf. *Lc* 23,46). Y su abandono pleno y confiado abrió el camino a la Resurrección (cf. *Hb* 5,7).

6. Hermanos y hermanas: esta reflexión sobre la crisis nos pone en guardia ante el peligro de juzgar precipitadamente a la Iglesia por las crisis que causaron los escándalos de ayer y de hoy, como lo hizo el profeta Elías que, al desahogarse con el Señor, le presentó una narración desesperanzadora de la realidad: «¡Me consumo de celo por el Señor, Dios del universo, porque los israelitas han abandonado tu Alianza, han derribado tus altares y han matado a tus profetas por la espada: he quedado yo solo y buscan también quitarme la vida!» (*1 R* 19,14). Y con qué frecuencia incluso nuestros análisis eclesiales parecen historias sin esperanza. Una lectura desesperada de la realidad no se puede llamar realista. La esperanza da a nuestros análisis lo que nuestra mirada miope es tan a menudo incapaz de percibir. Dios responde a Elías que la realidad no es como la percibió: «Regresa por tu camino hacia el desierto de Damasco. [...] He dejado en Israel siete mil personas, todas las rodillas que no se doblaron ante Baal y todas las bocas que no lo besaron» (*1 R* 19,15.18). No es verdad que él estuviera solo: está en crisis.

Dios sigue haciendo germinar las semillas de su Reino entre nosotros. Aquí en la Curia hay muchos que dan testimonio con ~~su~~ el trabajo humilde, discreto, sin chismorreos, silencioso, leal, profesional y honesto. Son muchos entre ustedes, gracias. Nuestra época también tiene sus problemas, pero también tiene el testimonio vivo del hecho de que el Señor no ha abandonado a su pueblo, con la única diferencia de que los problemas aparecen inmediatamente en los periódicos -esto está al orden del día-, en cambio los signos de esperanza son noticia sólo después de mucho tiempo, y no siempre.

Quienes no miran la crisis a la luz del Evangelio, se limitan a hacer la autopsia de un cadáver: miran la crisis, pero sin la esperanza del Evan-

gelio, sin la luz del Evangelio. La crisis nos asusta no sólo porque nos hemos olvidado de evaluarla como nos invita el Evangelio, sino porque nos hemos olvidado de que el Evangelio es el primero que nos pone en crisis[4]. Es el Evangelio el que nos pone en crisis. Pero si volvemos a encontrar el valor y la humildad de decir en voz alta que el tiempo de crisis es un tiempo del Espíritu, entonces, incluso ante la experiencia de la oscuridad, la debilidad, la fragilidad, las contradicciones, el desconcierto, ya no nos sentiremos agobiados, sino que mantendremos constantemente una confianza íntima de que las cosas van a cambiar, que surge exclusivamente de la experiencia de una Gracia escondida en la oscuridad. «Porque el oro se purifica con el fuego, y los que agradan a Dios, en el horno de la humillación» (Si 2,5).

7. Por último, quisiera exhortarlos a no confundir la crisis con el *conflicto*: son dos realidades diferentes. La crisis generalmente tiene un resultado positivo, mientras que el conflicto siempre crea un contraste, una rivalidad, un antagonismo aparentemente sin solución, entre sujetos divididos en amigos para amar y enemigos contra los que pelear, con la consiguiente victoria de una de las partes.

La lógica del conflicto siempre busca «culpables» a quienes estigmatizar y despreciar y «justos» a quienes justificar, para introducir la conciencia -muchas veces mágica- de que esta o aquella situación no nos pertenece. Esta pérdida del sentido de pertenencia común favorece el crecimiento o la afirmación de ciertas actitudes de carácter elitista y de «grupos cerrados» que promueven lógicas limitadoras y parciales, que empobrecen la universalidad de nuestra misión. «Cuando nos detenemos en la coyuntura conflictiva, perdemos el sentido de la unidad profunda de la realidad» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 226).

La Iglesia, entendida con las categorías de conflicto -derecha e izquierda, progresista y tradicionalista-, fragmenta, polariza, pervierte y traiciona su verdadera naturaleza. La Iglesia es un Cuerpo perpetuamente en crisis, precisamente porque está vivo, pero nunca debe convertirse en un Cuerpo en conflicto, con ganadores y perdedores. En efecto, de esta manera difundirá temor, se hará más rígida, menos sinodal, e impondrá una lógica uniforme y uniformadora, tan alejada de la riqueza y la pluralidad que el Espíritu ha dado a su Iglesia.

La novedad introducida por la crisis que desea el Espíritu no es nunca una novedad en oposición a lo antiguo, sino una novedad que brota de

lo antiguo y que siempre la hace fecunda. Jesús usa una expresión que explica este pasaje de un modo sencillo y claro: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12,24). El acto de morir de la semilla es un acto ambivalente, porque al mismo tiempo marca el final de algo y el comienzo de otro. Llamamos al mismo momento muerte-descomponerse y nacimiento-germinar porque son la misma realidad. Ante nuestros ojos vemos un final y al mismo tiempo en ese final se manifiesta un comienzo nuevo.

En este sentido, toda la resistencia que ponemos cuando entramos en crisis, a la que nos conduce el Espíritu en el momento de la prueba, nos condena a permanecer solos y estériles, al máximo en conflicto. Al defendernos de la crisis, obstruimos la obra de la Gracia de Dios que quiere manifestarse en nosotros y a través de nosotros. Por lo tanto, si un cierto realismo nos muestra nuestra historia reciente sólo como la suma de intentos fallidos, de escándalos, de caídas, de pecados, de contradicciones, de cortocircuitos en el testimonio, no debemos temer, ni negar la evidencia de todo lo que en nosotros y en nuestras comunidades está afectado por la muerte y necesita conversión. Todo lo que de mal, contradictorio, débil y frágil se manifiesta abiertamente nos recuerda aún más fuertemente la necesidad de morir a una forma de ser, de razonar y de actuar que no refleja el Evangelio. Sólo muriendo a una cierta mentalidad se logrará también dar espacio a la novedad que el Espíritu suscita constantemente en el corazón de la Iglesia. Los Padres de la Iglesia eran conscientes de esto, que llamaron «metanoia».

8. De cada crisis emerge siempre una adecuada necesidad de renovación: es un paso adelante. Pero si realmente queremos una renovación, debemos tener la valentía de estar dispuestos a todo; debemos dejar de pensar en la reforma de la Iglesia como un remiendo en un vestido viejo, o la simple redacción de una nueva Constitución apostólica. La reforma de la Iglesia es algo diferente.

No se trata de «remendar un vestido», porque la Iglesia no es simplemente el «vestido» de Cristo, sino su cuerpo que abarca toda la historia (cf. 1 Co 12,27). Nosotros no estamos llamados a cambiar o reformar el Cuerpo de Cristo -«Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre» (Hb 13,8)-, sino que estamos llamados a vestir ese mismo Cuerpo con un vestido nuevo, para que se manifieste claramente que la Gracia que se posee no viene de nosotros sino de Dios: porque «llevamos este tesoro en vasijas

de barro, para que quede claro que ese poder tan extraordinario proviene de Dios y no de nosotros» (2 Co 4,7). La Iglesia es siempre una vasija de barro, preciosa por lo que contiene y no por lo que a veces muestra de sí misma. Al final, tendré el gusto de darles un libro, regalo del padre Ardura, donde se muestra la vida de una vasija de barro, que ha hecho resplandecer la grandeza de Dios y las reformas de la Iglesia. Este es un momento en el que parece evidente que el barro del que estamos modelados está desportillado, agrietado, roto. Debemos esforzarnos para que nuestra fragilidad no se convierta en un obstáculo para el anuncio del Evangelio, sino en un lugar donde se manifieste el gran amor con el que Dios, rico en misericordia, nos ha amado y nos ama (cf. Ef 2,4). Si quitáramos a Dios, que es rico de misericordia, de nuestras vidas, nuestras vidas serían una mentira, una mentira.

Durante el período de la crisis, Jesús nos advierte sobre algunos intentos para salir de ella que están destinados desde el principio a ser infructuosos, como el que «corta un pedazo de un vestido nuevo para remendar uno viejo»; el resultado es predecible: romperás el nuevo, porque «el remiendo no quedará bien en el vestido nuevo». Análogamente, «nadie echa vino nuevo en odres viejos. Si hace así, el vino nuevo reventará los odres viejos, el vino se derramará y los odres se echarán a perder. ¡El vino nuevo se echa en odres nuevos!» (Lc 5,36-38).

El comportamiento correcto es el del «maestro de la ley que se ha convertido en discípulo del Reino de los cielos», que «se parece al dueño de una casa que saca de su tesoro cosas nuevas y antiguas» (Mt 13,52). El tesoro es la Tradición que, como recordaba Benedicto XVI, «es el río vivo que se remonta a los orígenes, el río vivo en el que los orígenes están siempre presentes. El gran río que nos lleva al puerto de la eternidad» (*Catequesis*, 26 abril 2006). Me viene a la mente la frase de aquel gran músico alemán: «La tradición es la salvaguarda del futuro y no un museo, guardián de las cenizas». Las «cosas antiguas» las constituyen la verdad y la gracia que ya poseemos. Las cosas nuevas las forman los diferentes aspectos de la verdad que vamos comprendiendo gradualmente. Aquella frase del siglo V: «*Ut annis scilicet consolidetur, dilatetur tempore, sublimetur aetate*». Esta es la tradición, así crece. Ninguna forma histórica de vivir el Evangelio agota su comprensión. Si nos dejamos guiar por el Espíritu Santo, cada día nos acercaremos más a «toda la verdad» (Jn 16,13). Por el contrario, sin la gracia del Espíritu Santo, podemos incluso comenzar a pensar en la Iglesia de modo sinodal, pero,

en lugar de hacer referencia a la comunión con la presencia del Espíritu, se la concibe como una asamblea democrática cualquiera, formada por mayorías y minorías. Como un parlamento, por ejemplo; y esta no es sinodalidad. Sólo la presencia del Espíritu Santo hace la diferencia.

9. ¿Qué hacer durante la crisis? En primer lugar, aceptarla como un tiempo de gracia que se nos ha dado para descubrir la voluntad de Dios para cada uno de nosotros y para toda la Iglesia. Es necesario entrar en la lógica aparentemente contradictoria de que «cuando soy débil, ¡entonces soy fuerte!» (2 Co 12,10). Se debe recordar la garantía que dio san Pablo a los de Corinto: «Dios es fiel, y él no permitirá que sean probados por encima de sus fuerzas, sino que junto con la prueba hará que encuentren el modo de sobrellevarla» (1 Co 10,13).

Es fundamental no interrumpir el diálogo con Dios, aunque sea agotador. Rezar no es fácil. No debemos cansarnos de rezar siempre (cf. Lc 21,36; 1 Ts 5,17). No conocemos otra solución a los problemas que estamos experimentando que rezar más y, al mismo tiempo, hacer todo lo que podemos con mayor confianza. La oración nos permitirá «esperar contra toda esperanza» (cf. Rm 4,18).

10. Queridos hermanos y hermanas: Conservemos una profunda paz y serenidad, con la plena certeza de que todos nosotros, y yo en primer lugar, somos solamente «servidores a los que nada hay que agradecer» (Lc 17,10), de los que el Señor ha tenido misericordia. Por eso sería bueno que dejáramos de vivir en conflicto y volviéramos en cambio a sentirnos en camino, abiertos a la crisis. El camino siempre tiene que ver con verbos de movimiento. La crisis es movimiento, es parte del camino. El conflicto, en cambio, es un camino falso, es un vagar sin objetivo ni finalidad, es quedarse en el laberinto, es sólo una pérdida de energía y una oportunidad para el mal. Y el primer mal al que nos lleva el conflicto, y del que debemos tratar de alejarnos, es propiamente la murmuración. ¡Tengamos cuidado con esto! No es una manía que tengo de hablar contra el chismorreó; es la denuncia de un mal que entra en la Curia; aquí en el Palacio hay tantas puertas y ventanas y entra, y nos acostumbramos a esto. El chismorreó nos encierra en la más triste, desagradable y sofocante autorreferencia, y convierte cada crisis en un conflicto. El Evangelio nos dice que los pastores creyeron en el anuncio del ángel y se pusieron en camino hacia Jesús (cf. Lc 2,15-16). Herodes,

por el contrario, se cerró ante el relato de los magos y transformó su cerrazón en mentiras y violencia (cf. *Mt* 2,1-16).

Cada uno de nosotros, cualquiera que sea nuestro puesto en la Iglesia, debe preguntarse si quiere seguir a Jesús con la docilidad de los pastores o con la autoprotección de Herodes, seguirlo en la crisis o defendernos de Él en el conflicto.

Permítanme que les pida expresamente a todos los que, junto conmigo, están al servicio del Evangelio el regalo de Navidad: Su colaboración generosa y apasionada en el anuncio de la Buena Nueva, especialmente a los pobres (cf. *Mt* 11,5). Recordemos que conoce verdaderamente a Dios quien solamente acoge al pobre que viene de abajo con su miseria, y que en esta misma capacidad es enviado desde arriba; no podemos ver el rostro de Dios, pero podemos experimentarlo en su vuelta hacia nosotros cuando honramos el rostro de nuestro prójimo, del otro que nos compromete con sus necesidades[5]. El rostro de los pobres. Los pobres están en el centro del Evangelio. Me viene a la mente lo que decía aquel santo obispo brasileño: «Cuando me ocupo de los pobres, dicen de mí que soy un santo; pero cuando me cuestiono y pregunto: ‘¿Por qué hay tanta pobreza?’, me dicen ‘comunista’».

Que no haya nadie que voluntariamente obstaculice la obra que el Señor está realizando en este momento, y pidamos el don de la humildad en el servicio para que Él crezca y nosotros disminuyamos (cf. *Jn* 3,30).

Felicidades a todos, a cada uno de ustedes, a sus familias y a sus amigos. Y gracias, gracias por vuestro trabajo. Muchas gracias. Y, por favor, recen siempre por mí, para que tenga la valentía de permanecer en crisis. Feliz Navidad. Gracias.

[Bendición]

Olvidé decirles que les regalaré dos libros. Uno, la vida de Carlos de Foucauld, un maestro de la crisis, que nos dejó un regalo, un hermoso legado. Este es un regalo que me dio el padre Ardura: gracias. El otro se llama «Olotropía: los verbos de la familiaridad cristiana». Son para ayudarnos a vivir nuestras vidas. Es un libro que se ha publicado en estos días, realizado por un biblista, discípulo del cardenal Martini; ha trabajado en Milán, pero es de la diócesis de Albenga-Imperia.

[1] H. Arendt, *La condición humana*, ed. Paidós, Barcelona 2012, 264.

[2] *Ibíd.*

[3] *Discurso en el encuentro ecuménico e interreligioso con los jóvenes*, Skopie – Macedonia del Norte (7 mayo 2019): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (10 mayo 2019), p. 13.

[4] «Muchos discípulos de Jesús que lo habían oído decían: «¡Es dura esta enseñanza! ¿Quién puede aceptarla?». Dándose cuenta de que sus discípulos murmuraban, Jesús les preguntó: «¿Esto los escandaliza?»» (Jn 6,60-61). Pero, sólo desde esta crisis puede brotar una profesión de fe: ««Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna»» (Jn 6,68).

[5] Cf. E. Levinas, *Totalité et infini*, París 2000, 76.

Ángelus del Papa Francisco en la Jornada de la Sagrada Familia

*Biblioteca del Palacio Apostólico
Domingo, 27 de diciembre de 2020*

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Pocos días después de la Navidad, la liturgia nos invita a contemplar a la Sagrada Familia de Jesús, María y José. Es hermoso pensar en el hecho de que el Hijo de Dios ha querido tener, como todos los niños, la necesidad del calor de una familia. Precisamente por esto, porque es la familia de Jesús, la de Nazaret es la familia-modelo, en la que todas las familias del mundo pueden hallar su sólido punto de referencia y una firme inspiración. En Nazaret brotó la primavera de la vida humana del Hijo de Dios, en el instante en que fue concebido por obra del Espíritu Santo en el seno virginal de María. Entre las paredes acogedoras de la casa de Nazaret se desarrolló en un ambiente de alegría la infancia de Jesús, rodeado de la solícitud maternal de María y los cuidados de José, en el que Jesús pudo ver la ternura de Dios (cf. Carta apost. *Patris corde*, 2).

A imitación de la Sagrada Familia, estamos llamados a redescubrir el valor educativo del núcleo familiar, que debe fundamentarse en el amor que siempre regenera las relaciones abriendo horizontes de esperanza. En la familia se podrá experimentar una comunión sincera cuando sea

una casa de oración, cuando los afectos sean serios, profundos, puros, cuando el perdón prevalezca sobre las discordias, cuando la dureza cotidiana del vivir sea suavizada por la ternura mutua y por la serena adhesión a la voluntad de Dios. De esta manera, la familia se abre a la alegría que Dios da a todos aquellos que saben dar con alegría. Al mismo tiempo, halla la energía espiritual para abrirse al exterior, a los demás, al servicio de sus hermanos, a la colaboración para la construcción de un mundo siempre nuevo y mejor; capaz, por tanto, de ser portadora de estímulos positivos; la familia evangeliza con el ejemplo de vida. Es cierto, en cada familia hay problemas, y a veces también se discute. «Padre, me he peleado...»; somos humanos, somos débiles, y todos tenemos a veces este hecho de que pelemos en la familia. Os diré una cosa: si nos pelemos en familia, que no termine el día sin hacer las paces. «Sí, he discutido», pero antes de que termine el día, haz las paces. Y sabes ¿por qué? Porque la guerra fría del día siguiente es muy peligrosa. No ayuda. Y luego, en la familia hay tres palabras, tres palabras que hay que custodiar siempre: «Permiso», «gracias», «perdón». «Permiso», para no entrometerse en la vida de los demás. Permiso: ¿puedo hacer algo? ¿Te parece bien que haga esto? Permiso. Siempre, no ser entrometidos. Permiso, la primera palabra. «Gracias»: tantas ayudas, tantos servicios que nos hacemos en la familia: dar siempre las gracias. La gratitud es la sangre del alma noble. «Gracias». Y luego, la más difícil de decir: «Perdón». Porque siempre hacemos cosas malas y muchas veces alguien se siente ofendido por esto: «Perdóname», «perdóname». No olvidéis las tres palabras: «permiso», «gracias», «perdón». Si en una familia, en el ambiente familiar hay estas tres palabras, la familia está bien.

Al ejemplo de evangelizar con la familia nos invita precisamente la fiesta de hoy volviéndonos a presentar el ideal del amor conyugal y familiar, tal y como quedó subrayado en la Exhortación apostólica *Amoris laetitia*, cuyo quinto aniversario de promulgación tendrá lugar el próximo 19 de marzo. Y habrá un año de reflexión sobre la *Amoris laetitia* y será una oportunidad para profundizar en los contenidos del documento [19 de marzo 2021-junio 2022].

Estas reflexiones se pondrán a disposición de las comunidades eclesiales y de las familias, para acompañarlos en su camino. A partir de ahora invito a todos a sumarse a las iniciativas que se impulsarán durante el Año y que serán coordinadas por el Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida. Encomendamos este camino con las familias

de todo el mundo a la Sagrada Familia de Nazaret, en particular a San José, esposo y padre solícito.

Que la Virgen María, a la que ahora nos dirigimos con la oración del *Ángelus*, obtenga a las familias de todo el mundo sentirse cada vez más fascinadas por el ideal evangélico de la Sagrada Familia, de modo que se conviertan en levadura de nueva humanidad y de una solidaridad concreta y universal.

Homilía del Santo Padre Francisco en la Santa Misa de Nochebuena y Natividad del Señor

Basílica Vaticana

Jueves, 24 de diciembre de 2020

En esta noche se cumple la gran profecía de Isaías: «Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado» (*Is 9,5*).

Un hijo se nos ha dado. A menudo se oye decir que la mayor alegría de la vida es el nacimiento de un hijo. Es algo extraordinario, que lo cambia todo, que pone en movimiento energías impensables y nos hace superar la fatiga, la incomodidad y las noches de insomnio, porque trae una felicidad grande, ante la cual ya nada parece que pese. La Navidad es así: el nacimiento de Jesús es la novedad que cada año nos permite nacer interiormente de nuevo y encontrar en Él la fuerza para afrontar cada prueba. Sí, porque su nacimiento es para nosotros: para mí, para ti, para todos nosotros. *Para* es la palabra que se repite en esta noche santa: «Un hijo se nos ha dado *para nosotros*», ha profetizado Isaías; «hoy ha nacido *para nosotros* el Salvador», hemos repetido en el Salmo; Jesús «se entregó por y *para nosotros*» (cf. *Tt 2,14*), ha proclamado san Pablo; y el ángel en el Evangelio ha anunciado: «Ha nacido *para vosotros* un Salvador» (cf. *Lc 2,11*). Para mí, para vosotros.

¿Pero qué significa este *para nosotros*? Que el Hijo de Dios, el bendito por naturaleza, viene a hacernos hijos bendecidos por gracia. Sí, Dios viene al mundo como hijo para hacernos hijos de Dios. ¡Qué regalo tan maravilloso! Hoy Dios nos asombra y nos dice a cada uno: «Tú eres una maravilla». Hermana, hermano, no te desanimes. ¿Estás tentado de sentirte fuera de lugar? Dios te dice: «No, ¡tú eres *mi* hijo!». ¿Tienes

la sensación de no lograrlo, miedo de no estar a la altura, temor de no salir del *túnel* de la prueba? Dios te dice: «Ten valor, yo estoy contigo». No te lo dice con palabras, sino haciéndote hijo como tú y por ti, para recordarte cuál es el punto de partida para que empieces de nuevo: reconocerte como hijo de Dios, como hija de Dios. Este es el punto de partida para cualquier nuevo nacimiento. Este es el corazón indestructible de nuestra esperanza, el núcleo candente que sostiene la existencia: más allá de nuestras cualidades y de nuestros defectos, más fuerte que las heridas y los fracasos del pasado, que los miedos y la preocupación por el futuro, se encuentra esta verdad: somos hijos amados. Y el amor de Dios por nosotros no depende y no dependerá nunca de nosotros: es *amor gratuito*. Esta noche no tiene otra explicación: sólo la gracia. Todo es gracia. El don es gratuito, sin ningún mérito de nuestra parte, pura gracia. Esta noche, san Pablo nos ha dicho: «Ha aparecido la gracia de Dios» (Tt 2,11). Nada es más valioso.

Un hijo se nos ha dado. El Padre no nos ha dado algo, sino a su mismo Hijo unigénito, que es toda su alegría. Y, sin embargo, si miramos la ingratitud del hombre hacia Dios y la injusticia hacia tantos de nuestros hermanos, surge una duda: ¿Ha hecho bien el Señor en darnos tanto, hace bien en seguir confiando en nosotros? ¿No nos sobrevalora? Sí, nos sobrevalora, y lo hace porque nos ama hasta el extremo. No es capaz de dejarnos de amar. Él es así, tan diferente a nosotros. Siempre nos ama, más de lo que nosotros mismos seríamos capaces de amarnos. Ese es su secreto para entrar en nuestros corazones. Dios sabe que la única manera de salvarnos, de sanarnos interiormente, es amarnos: no hay otro modo. Sabe que nosotros mejoramos sólo aceptando su *amor incansable*, que no cambia, sino que nos cambia. Sólo el amor de Jesús transforma la vida, sana las heridas más profundas y nos libera de los círculos viciosos de la insatisfacción, de la ira y de la lamentación.

Un hijo se nos ha dado. En el pobre pesebre de un oscuro establo está, en efecto, el Hijo de Dios. Surge otra pregunta: ¿Por qué nació en la noche, sin alojamiento digno, en la pobreza y el rechazo, cuando merecía nacer como el rey más grande en el más hermoso de los palacios? ¿Por qué? Para hacernos entender hasta qué punto ama nuestra condición humana: hasta el punto de tocar con su *amor concreto* nuestra peor miseria. El Hijo de Dios nació descartado para decirnos que toda persona descartada es un hijo de Dios. Vino al mundo como un niño viene al mundo, débil y frágil, para que podamos acoger nuestras fragilidades con ternura. Y

para descubrir algo importante: como en Belén, también con nosotros Dios quiere hacer grandes cosas a través de nuestra pobreza. Puso toda nuestra salvación en el pesebre de un establo y no tiene miedo a nuestra pobreza. ¡Dejemos que su misericordia transforme nuestras miserias!

Esto es lo que significa que un hijo ha nacido *para nosotros*. Pero queda todavía otro *para*, el que el ángel indica a los pastores: «Esta será la señal *para* vosotros: encontréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre» (Lc 2,12). Este signo, el Niño en el pesebre, es también para nosotros, para guiarnos en la vida. En Belén, que significa «Casa del Pan», Dios está en un pesebre, recordándonos que lo necesitamos para vivir, como el pan para comer. Necesitamos dejarnos atravesar por su amor *gratuito, incansable, concreto*. Cuántas veces en cambio, hambrientos de entretenimiento, éxito y mundanidad, alimentamos nuestras vidas con comidas que no sacian y dejan un vacío dentro. El Señor, por boca del profeta Isaías, se lamenta de que mientras el buey y el asno conocen su pesebre, nosotros, su pueblo, no lo conocemos a Él, fuente de nuestra vida (cf. Is 1,2-3). Es verdad: insaciables de poseer, nos lanzamos a tantos *pesebres de vanidad*, olvidando el pesebre de Belén. Ese pesebre, pobre en todo y rico de amor, nos enseña que el alimento de la vida es dejarse amar por Dios y amar a los demás. Jesús nos da el ejemplo: Él, el Verbo de Dios, es un infante; no habla, pero da la vida. Nosotros, en cambio, hablamos mucho, pero a menudo somos *analfabetos de bondad*.

Un hijo se nos ha dado. Quien tiene un niño pequeño sabe cuánto amor y paciencia se necesitan. Es necesario alimentarlo, atenderlo, limpiarlo, cuidar su fragilidad y sus necesidades, que con frecuencia son difíciles de comprender. Un niño nos hace sentir amados, pero también nos enseña a amar. Dios nació niño para alentarnos a cuidar de los demás. Su llanto tierno nos hace comprender lo inútiles que son nuestros muchos caprichos, y de esos tenemos tantos. Su amor indefenso, que nos desarma, nos recuerda que el tiempo que tenemos no es para autocompadecernos, sino para consolar las lágrimas de los que sufren. Dios viene a habitar entre nosotros, pobre y necesitado, para decirnos que sirviendo a los pobres lo amaremos. Desde esta noche, como escribió una poetisa, «la residencia de Dios está junto a mí. La decoración es el amor» (E. Dickinson, *Poems*, XVII).

Un hijo se nos ha dado. Eres tú, Jesús, el Hijo que me hace hijo. Me amas como soy, no como yo me creo que soy; yo lo sé. Al abrazarte, Niño del pesebre, abrazo de nuevo mi vida. Acogiéndote, Pan de vida, también

yo quiero entregar mi vida. Tú que me salvas, enséñame a servir. Tú que no me dejas solo, ayúdame a consolar a tus hermanos, porque -Tú sabes- desde esta noche todos son mis hermanos.

Homilía del santo Padre Francisco en la celebración de las primeras Vísperas de la Solemnidad de Santa María, Madre de Dios y Te Deum de acción de gracias

*Basílica Vaticana
Jueves, 31 de diciembre de 2020*

[Homilía del Santo Padre leída por Su Eminencia el Cardenal Giovanni Battista Re]

Doy lectura al texto que el Santo Padre, el Papa Francisco, había preparado para esta ocasión.

¡Queridos hermanos y hermanas!

Esta celebración vespertina tiene siempre un doble aspecto: con la liturgia entramos en la fiesta solemne de María Santísima Madre de Dios; y al mismo tiempo concluimos el año natural con el gran himno de alabanza.

Del primer aspecto se hablará en la homilía de mañana. Esta noche damos espacio a la acción de gracias por el año que está llegando a su fin.

«*Te Deum laudamus*», «Te alabamos, Dios, te proclamamos Señor...». Podría parecer forzado dar gracias a Dios al final de un año como este, marcado por la pandemia. Nuestros pensamientos van a las familias que han perdido uno o más miembros; pensamos en los que han caído enfermos, los que han sufrido soledad, los que han perdido su trabajo...

A veces alguien pregunta: ¿qué sentido tiene un drama como éste? No debemos tener prisa por responder a este interrogante. Ni siquiera Dios responde a nuestros más angustiosos «porqués» recurriendo a «razones superiores». La respuesta de Dios sigue el camino de la encarnación, como pronto cantará la antífona del *Magnificat*: «Por el gran amor con que nos amó, Dios envió a su Hijo en carne de pecado».

Un Dios que sacrificase a los seres humanos por un gran diseño, aunque fuera el mejor posible, no es ciertamente el Dios que nos reveló Jesucristo. Dios es Padre, «Padre eterno», y si su Hijo se hizo hombre, es por la inmensa compasión del corazón del Padre. Dios es Padre y es pastor, y ¿qué pastor daría por perdida una sola oveja, pensando que mientras tanto le quedan muchas? No, este dios cínico y despiadado no existe. Este no es el Dios que «alabamos» y «proclamamos Señor».

Cuando el buen samaritano se encontró con aquel pobre hombre medio muerto en el borde del camino no le soltó un discurso para explicarle el significado de lo que le había pasado, quizás para convencerle de que, en el fondo, era bueno para él. El samaritano, *movido por la compasión*, se inclinó sobre el desconocido, tratándolo como a un hermano, y *lo cuidó*, haciendo todo lo que podía (cf. *Lc 10,25-37*).

Aquí, sí, tal vez podamos encontrar un «sentido» a este drama que es la pandemia, como a otros flagelos que azotan a la humanidad: el de despertar en nosotros la compasión y suscitar actitudes y gestos de cercanía, de cuidado, de solidaridad, de afecto.

Es lo que también, en estos meses ha sucedido y sucede en Roma; y por esto sobre todo, esta tarde, damos gracias a Dios. Damos gracias a Dios por las cosas buenas que han sucedido en nuestra ciudad durante el confinamiento y, en general, durante el período de la pandemia, que desgraciadamente aún no ha terminado. Hay muchas personas que, sin proclamarlo, han tratado de hacer más soportable el peso de la prueba. Con su compromiso diario, animadas por el amor al prójimo, han hecho realidad las palabras del himno *Te Deum*: «Cada día te bendecimos, alabamos tu nombre para siempre». Porque la bendición y la alabanza que Dios más aprecia es el amor fraternal.

Los trabajadores de la salud —médicos, enfermeras, voluntarios— se hallan en primera línea, y por eso están de una manera particular en nuestras oraciones y merecen nuestra gratitud; así como también tantos sacerdotes, religiosas y religiosos, que han trabajado con generosidad y dedicación. Pero esta noche nuestro agradecimiento se extiende a todos aquellos que se esfuerzan cada día por sacar adelante lo mejor posible a sus familias y a aquellos que se comprometen en servir al bien común. Pensamos en los directores y profesores de las escuelas, que desempeñan un papel esencial en la vida de la sociedad y que se enfrentan a una situación muy compleja. Pensamos también con gratitud en los administradores públicos que saben cómo valorizar todos los buenos

recursos presentes en la ciudad y en el territorio, que se desvinculan de los intereses privados y también de los de su partido. ¿Por qué? Porque buscan verdaderamente el bien de todos, el bien común, el bien, empezando por los más desfavorecidos.

Todo esto no puede suceder sin la gracia, sin la misericordia de Dios. Nosotros -lo sabemos bien por experiencia- en los momentos difíciles tendemos a defendernos -es natural-, a protegernos a nosotros mismos y a nuestros seres queridos, a salvaguardar nuestros intereses... ¿Cómo es posible entonces que tanta gente, sin otra recompensa que la de hacer el bien, encuentre la fuerza para preocuparse por los demás? ¿Qué los impulsa a renunciar a algo de sí mismos, de su comodidad, de su tiempo, de lo que tienen para dárselo a otros? En el fondo, aunque no lo piensen, están impulsados por la fuerza de Dios, que es más poderosa que nuestro egoísmo. Por eso, esta tarde le alabamos, porque creemos y sabemos que todo el bien que día a día se cumple en la tierra viene, al final, de Él, viene de Dios. Y mirando al futuro que nos espera, imploramos de nuevo: «Que tu misericordia esté siempre con nosotros, en ti hemos esperado». En ti está nuestra confianza y nuestra esperanza.

Natividad del Señor - Bendición Urbi et Orbi del Papa Francisco

NAVIDAD 2020

Viernes, 25 de diciembre de 2020

Queridos hermanos y hermanas: ¡Feliz Navidad!

Deseo hacer llegar a todos el mensaje que la Iglesia anuncia en esta fiesta, con las palabras del profeta Isaías: «Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado» (Is 9,5).

Ha nacido un niño: el nacimiento es siempre una fuente de esperanza, es la vida que florece, es una promesa de futuro. Y este Niño, Jesús, «ha nacido para nosotros»: un nosotros sin fronteras, sin privilegios ni exclusiones. El Niño que la Virgen María dio a luz en Belén nació para todos: es el «hijo» que Dios ha dado a toda la familia humana.

Gracias a este Niño, todos podemos dirigirnos a Dios llamándolo «Padre», «Papá». Jesús es el Unigénito; nadie más conoce al Padre sino Él. Pero Él vino al mundo precisamente para revelarnos el rostro del

Padre. Y así, gracias a este Niño, todos podemos llamarnos y ser verdaderamente hermanos: de todos los continentes, de todas las lenguas y culturas, con nuestras identidades y diferencias, sin embargo, todos hermanos y hermanas.

En este momento de la historia, marcado por la crisis ecológica y por los graves desequilibrios económicos y sociales, agravados por la pandemia del coronavirus, necesitamos más que nunca la fraternidad. Y Dios nos la ofrece dándonos a su Hijo Jesús: no una fraternidad hecha de bellas palabras, de ideales abstractos, de sentimientos vagos... No. Una fraternidad basada en el amor real, capaz de encontrar al otro que es diferente a mí, de compadecerse de su sufrimiento, de acercarse y de cuidarlo, aunque no sea de mi familia, de mi etnia, de mi religión; es diferente a mí pero es mi hermano, es mi hermana. Y esto es válido también para las relaciones entre los pueblos y las naciones: Hermanos todos.

En Navidad celebramos la luz de Cristo que viene al mundo y Él viene para todos, no sólo para algunos. Hoy, en este tiempo de oscuridad y de incertidumbre por la pandemia, aparecen varias luces de esperanza, como el desarrollo de las vacunas. Pero para que estas luces puedan iluminar y llevar esperanza al mundo entero, deben estar a disposición de todos. No podemos dejar que los nacionalismos cerrados nos impidan vivir como la verdadera familia humana que somos. No podemos tampoco dejar que el virus del individualismo radical nos venza y nos haga indiferentes al sufrimiento de otros hermanos y hermanas. No puedo ponerme a mí mismo por delante de los demás, colocando las leyes del mercado y de las patentes por encima de las leyes del amor y de la salud de la humanidad. Pido a todos: a los responsables de los estados, a las empresas, a los organismos internacionales, de promover la cooperación y no la competencia, y de buscar una solución para todos. Vacunas para todos, especialmente para los más vulnerables y necesitados de todas las regiones del planeta. ¡Poner en primer lugar a los más vulnerables y necesitados!

Que el Niño de Belén nos ayude, pues, a ser disponibles, generosos y solidarios, especialmente con las personas más frágiles, los enfermos y todos aquellos que en este momento se encuentran sin trabajo o en graves dificultades por las consecuencias económicas de la pandemia, así como con las mujeres que en estos meses de confinamiento han sufrido violencia doméstica.

Ante un desafío que no conoce fronteras, no se pueden erigir barreras. Estamos todos en la misma barca. Cada persona es mi hermano. En cada persona veo reflejado el rostro de Dios y, en los que sufren, vislumbro al Señor que pide mi ayuda. Lo veo en el enfermo, en el pobre, en el desempleado, en el marginado, en el migrante y en el refugiado: todos hermanos y hermanas.

En el día en que la Palabra de Dios se hace niño, volvamos nuestra mirada a tantos niños que en todo el mundo, especialmente en Siria, Irak y Yemen, están pagando todavía el alto precio de la guerra. Que sus rostros conmuevan las conciencias de las personas de buena voluntad, de modo que se puedan abordar las causas de los conflictos y se trabaje con valentía para construir un futuro de paz.

Que este sea el momento propicio para disolver las tensiones en todo Oriente Medio y en el Mediterráneo oriental.

Que el Niño Jesús cure nuevamente las heridas del amado pueblo de Siria, que desde hace ya un decenio está exhausto por la guerra y sus consecuencias, agravadas aún más por la pandemia. Que lleve consuelo al pueblo iraquí y a todos los que se han comprometido en el camino de la reconciliación, especialmente a los yazidíes, que han sido duramente golpeados en los últimos años de guerra. Que porte paz a Libia y permita que la nueva fase de negociaciones en curso acabe con todas las formas de hostilidad en el país.

Que el Niño de Belén conceda fraternidad a la tierra que lo vio nacer. Que los israelíes y los palestinos puedan recuperar la confianza mutua para buscar una paz justa y duradera a través del diálogo directo, capaz de acabar con la violencia y superar los resentimientos endémicos, para dar testimonio al mundo de la belleza de la fraternidad.

Que la estrella que iluminó la noche de Navidad sirva de guía y aliento al pueblo del Líbano para que, en las dificultades que enfrenta, con el apoyo de la Comunidad internacional no pierda la esperanza. Que el Príncipe de la Paz ayude a los dirigentes del país a dejar de lado los intereses particulares y a comprometerse con seriedad, honestidad y transparencia para que el Líbano siga un camino de reformas y continúe con su vocación de libertad y coexistencia pacífica.

Que el Hijo del Altísimo apoye el compromiso de la comunidad internacional y de los países involucrados de mantener el cese del fuego en el Alto Karabaj, como también en las regiones orientales de Ucrania, y a favorecer el diálogo como única vía que conduce a la paz y a la reconciliación.

Que el Divino Niño alivie el sufrimiento de las poblaciones de Burkina Faso, de Malí y de Níger, laceradas por una grave crisis humanitaria, en cuya base se encuentran extremismos y conflictos armados, pero también la pandemia y otros desastres naturales; que haga cesar la violencia en Etiopía, donde, a causa de los enfrentamientos, muchas personas se ven obligadas a huir; que consuele a los habitantes de la región de Cabo Delgado, en el norte de Mozambique, víctimas de la violencia del terrorismo internacional; y aliente a los responsables de Sudán del Sur, Nigeria y Camerún a que prosigan el camino de fraternidad y diálogo que han emprendido.

Que la Palabra eterna del Padre sea fuente de esperanza para el continente americano, particularmente afectado por el coronavirus, que ha exacerbado los numerosos sufrimientos que lo oprimen, a menudo agravados por las consecuencias de la corrupción y el narcotráfico. Que ayude a superar las recientes tensiones sociales en Chile y a poner fin al sufrimiento del pueblo venezolano.

Que el Rey de los Cielos proteja a los pueblos azotados por los desastres naturales en el sudeste asiático, especialmente en Filipinas y Vietnam, donde numerosas tormentas han causado inundaciones con efectos devastadores para las familias que viven en esas tierras, en términos de pérdida de vidas, daños al medio ambiente y repercusiones para las economías locales.

Y pensando en Asia, no puedo olvidar al pueblo Rohinyá: Que Jesús, nacido pobre entre los pobres, lleve esperanza a su sufrimiento.

Queridos hermanos y hermanas:

«Un niño nos ha nacido» (*Is 9,5*). ¡Ha venido para salvarnos! Él nos anuncia que el dolor y el mal no tienen la última palabra. Resignarse a la violencia y a la injusticia significaría rechazar la alegría y la esperanza de la Navidad.

En este día de fiesta pienso de modo particular en todos aquellos que no se dejan abrumar por las circunstancias adversas, sino que se esfuerzan por llevar esperanza, consuelo y ayuda, socorriendo a los que sufren y acompañando a los que están solos.

Jesús nació en un establo, pero envuelto en el amor de la Virgen María y san José. Al nacer en la carne, el Hijo de Dios consagró el amor familiar. Mi pensamiento se dirige en este momento a las familias: a las que no pueden reunirse hoy, así como a las que se ven obligadas a quedarse en casa. Que la Navidad sea para todos una oportunidad para redescubrir

la familia como cuna de vida y de fe; un lugar de amor que acoge, de diálogo, de perdón, de solidaridad fraterna y de alegría compartida, fuente de paz para toda la humanidad.

A todos, ¡Feliz Navidad!

Queridos hermanos y hermanas, renuevo mis deseos de una Feliz Navidad para todos ustedes, conectados desde todo el mundo, por radio, televisión y otros medios de comunicación. Les agradezco su presencia espiritual en este día caracterizado por la alegría. En estas fechas en las que el clima navideño invita a los hombres a ser mejores y más fraternos, no olvidemos rezar por las familias y las comunidades que viven en medio de muchos sufrimientos. Por favor, continúen a rezar por mí. Buen provecho, en esta comida de Navidad, y hasta pronto.

Motu Proprio «AB INITIO»

LITTERAE APOSTOLICAE MOTU PROPRIO DATAE

«AB INITIO»

QUIBUS CAN. 435 §1 ET CAN. 506 §1

CODICIS CANONUM ECCLESiarUM ORIENTALIUM MUTANTUR

Desde los primeros días de la Iglesia, algunos fieles se sintieron llamados a consagrar sus vidas de manera especial al servicio de Dios y de sus hermanos, dando testimonio ante la comunidad de su desprendimiento del mundo a través de lo que más tarde se convertiría en la profesión de los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia.

A las experiencias individuales siguieron, primero en Oriente y luego en Occidente, las de la vida fraterna común, marcada por las prescripciones de una Regla y la sumisión al Superior.

«Esta es la causa -dice el Concilio Vaticano- de que, como en árbol que se ramifica espléndido y pujante en el campo del Señor partiendo de una semilla puesta por Dios, se hayan desarrollado formas diversas de vida solitaria o comunitaria y variedad de familias que acrecientan los recursos ya para provecho de los propios miembros, ya para bien de todo el Cuerpo de Cristo» (Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, 43).

La Iglesia acoge las diversas formas de vida consagrada como manifestación de la riqueza de los dones del Espíritu Santo; la autoridad eclesiástica, especialmente los Pastores de las Iglesias particulares, interpreta los consejos, regula su práctica y, a partir de ellos, constituye formas de vida estables, a fin de que «no surjan imprudentemente Institutos inútiles o no dotados del suficiente vigor» (Decreto *Perfectae caritatis*, 19).

Es responsabilidad de la Sede Apostólica sea acompañar a los Pastores en el proceso de discernimiento que conduce al reconocimiento eclesial de un nuevo Instituto o de una nueva Sociedad de derecho eparquial, sea el juicio definitivo para comprobar la autenticidad del fin inspirador.

Después de haber procedido a las modificaciones del Código de Derecho Canónico, en esta perspectiva dispongo también la modificación de los cánones 435 §1 y 506 §1 del CCEO, que son sustituidos respectivamente por los siguientes textos:

Can. 435 §1 — Episcopi eparchialis est erigere monasterium sui iuris praevia licentia scripto data intra fines territorii Ecclesiae patriarchalis Patriarchae aut in ceteris casibus Sedis Apostolicae.

Can. 506 §1 — Episcopus eparchialis erigere potest tantum congregationes; sed eas ne erigat nisi praevia licentia scripto data Sedis Apostolicae et insuper intra fines territorii Ecclesiae patriarchalis nisi consulto Patriarcha.

Lo que ha sido deliberado por esta Carta Apostólica en forma de Motu proprio, ordeno que tenga vigencia firme y estable, no obstante cualquier cosa contraria, aunque sea digna de mención especial, y que sea promulgado por publicación en *L'Osservatore Romano*, entrando en vigor el 8 de diciembre de 2020 y luego publicado en el comentario oficial de las *Acta Apostolicae Sedis*.

Dado en el Laterano, el 21 de noviembre del año 2020, Memoria de la Presentación de la Santísima Virgen María, el octavo de mi pontificado.

Francisco

Motu Proprio «AUTHENTICUM CHARISMATIS»

CARTA APOSTÓLICA
EN FORMA DE «MOTU PROPRIO»
DEL SUMO PONTÍFICE
FRANCISCO
«AUTHENTICUM CHARISMATIS»

**CON LA CUAL SE MODIFICA EL CAN. 579 DEL CÓDIGO DE
DERECHO CANÓNICO**

«Un signo claro de la autenticidad de un carisma es su eclesialidad, su capacidad para integrarse armónicamente en la vida del santo Pueblo fiel de Dios para el bien de todos» (Exhortación. Ap. *Evangelii gaudium*, 130). Los fieles tienen derecho a ser advertidos por los Pastores sobre la autenticidad de los carismas y la fiabilidad de los que se presentan como fundadores.

El discernimiento sobre la eclesialidad y la fiabilidad de los carismas es una responsabilidad eclesial de los Pastores de las Iglesias particulares. Se expresa en el cuidado esmerado de todas las formas de vida consagrada y, en particular, en la decisiva tarea de valorar la conveniencia de erigir nuevos Institutos de Vida Consagrada y nuevas Sociedades de Vida Apostólica. Es debido responder a los dones que el Espíritu suscita en la Iglesia particular, acogiéndolos generosamente con acción de gracias; al mismo tiempo, hay que evitar que «surjan imprudentemente Institutos inútiles o no dotados del suficiente vigor» (Conc. Ecum. Vat. II, Decreto *Perfectae caritatis*, 19).

Es responsabilidad de la Sede Apostólica acompañar a los Pastores en el proceso de discernimiento que conduce al reconocimiento eclesial de un nuevo Instituto o de una nueva Sociedad de derecho diocesano. La Exhortación Apostólica *Vita consecrata* afirma que la vitalidad de los nuevos Institutos y Sociedades «debe ser discernida por la autoridad de la Iglesia, a la que corresponde realizar los necesarios exámenes tanto para probar la autenticidad de la finalidad que los ha inspirado, como para evitar la excesiva multiplicación de instituciones análogas entre

sí, con el consiguiente riesgo de una nociva fragmentación en grupos demasiado pequeños» (n. 12). Los nuevos Institutos de Vida Consagrada y las nuevas Sociedades de Vida Apostólica, por lo tanto, deben ser reconocidos oficialmente por la Sede Apostólica, que es la única a la que compete el juicio definitivo.

El acto de la erección canónica por el obispo trasciende el ámbito diocesana y lo hace relevante para el más vasto horizonte de la Iglesia universal. En efecto, *natura sua*, todo Instituto de Vida Consagrada o Sociedad de Vida Apostólica, aunque haya surgido en el contexto de una Iglesia particular, «como don a la Iglesia, no es una realidad aislada o marginal, sino que pertenece íntimamente a ella, está en el corazón de la Iglesia como elemento decisivo de su misión» (*Carta a los Consagrados*, III, 5).

Con esta perspectiva dispongo la modificación del can. 579, que es reemplazado por el siguiente texto: *Episcopi dioecesani, in suo quisque territorio, instituta vitae consecratae formali decreto valide erigere possunt, praevia licentia Sedis Apostolicae scripto data.*

Lo deliberado con esta Carta Apostólica en forma de *Motu proprio*, ordeno que tenga valor firme y estable, no obstante cualquier cosa contraria aunque sea digna de mención especial, y que sea promulgado mediante la publicación en *L'Osservatore Romano*, entrando en vigor el 10 de noviembre de 2020 y luego publicado en el comentario oficial de los *Acta Apostolicae Sedis*.

Dado en el Laterano, el 1 de noviembre del año 2020, Solemnidad de Todos los Santos, el octavo de mi Pontificado.

Francisco

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

La vida es un don, la eutanasia un fracaso

Nota de la Conferencia Episcopal Española ante la aprobación en el Congreso de los Diputados de la ley de la eutanasia

1.- El Congreso de los Diputados está a punto de culminar la aprobación de la Ley Orgánica de regulación de la eutanasia. La tramitación se ha realizado de manera sospechosamente acelerada, en tiempo de pandemia y estado de alarma, sin escucha ni diálogo público. El hecho es especialmente grave, pues instaura una **ruptura moral**; un **cambio en los fines del Estado**: de defender la vida a ser responsable de la muerte infligida; y **también de la profesión médica**, «llamada en lo posible a curar o al menos a aliviar, en cualquier caso a consolar, y nunca a provocar intencionadamente la muerte». Es una propuesta que hace juego con la visión antropológica y cultural de los sistemas de poder dominantes en el mundo.

2.- La Congregación para la Doctrina de la Fe, con la aprobación expresa del papa Francisco publicó la **Carta Samaritanus bonus sobre el cuidado de las personas en las fases críticas y terminales de la vida**. Este texto ilumina la reflexión y el juicio moral sobre este tipo de legislaciones. También la Conferencia Episcopal Española, con el documento *Sembradores de esperanza. Acoger, proteger y acompañar en la etapa final de esta vida*, ofrece unas pautas clarificadoras sobre la cuestión.

3.- Urgimos a la promoción de los **cuidados paliativos**, que ayudan a vivir la enfermedad grave sin dolor y al **acompañamiento integral**, por tanto también espiritual, a los enfermos y a sus familias. Este cuidado integral alivia el dolor, consuela y ofrece la esperanza que surge de la fe y da sentido a toda la vida humana, incluso en el sufrimiento y la vulnerabilidad.

4.- La pandemia ha puesto de manifiesto la fragilidad de la vida y ha suscitado solicitud por los cuidados, al mismo tiempo que indignación por el descarte en la atención a personas mayores. Ha crecido la conciencia de que acabar con la vida no puede ser la solución para abordar un problema humano. Hemos agradecido el trabajo de los sanitarios y el valor de nuestra sanidad pública, reclamando incluso su mejora y mayor atención presupuestaria. **La muerte provocada no puede ser un atajo** que nos permita ahorrar recursos humanos y económicos en los cuidados paliativos y el acompañamiento integral. Por el contrario, frente a la muerte como solución, es preciso invertir en los cuidados y cercanía que todos necesitamos en la etapa final de esta vida. Esta es **la verdadera compasión**.

5.- La experiencia de los pocos países donde se ha legalizado nos dice que la eutanasia **incita a la muerte** a los más débiles. Al otorgar este supuesto derecho, la persona, que se experimenta como una carga para la familia y un peso social, se siente condicionada a pedir la muerte cuando una ley la presiona en esa dirección. La falta de cuidados paliativos es también una **expresión de desigualdad social**. Muchas personas mueren sin poder recibir estos cuidados y sólo cuentan con ellos quienes pueden pagarlos.

6.- Con el Papa decimos: «La eutanasia y el suicidio asistido son una derrota para todos. La respuesta a la que estamos llamados es **no abandonar nunca a los que sufren, no rendirse nunca, sino cuidar y amar para dar esperanza**». Invitamos a responder a esta llamada con la oración, el cuidado y el testimonio público que favorezcan un compromiso personal e institucional a favor de la vida, los cuidados y una genuina buena muerte en compañía y esperanza.

7.- Pedimos a cuantos tienen responsabilidad en la toma de estas graves decisiones que **actúen en conciencia**, según verdad y justicia.

8.- Por ello, convocamos a los católicos españoles a **una Jornada de ayuno y oración el próximo miércoles 16 de diciembre**, para pedir al Señor que inspire leyes que respeten y promuevan el cuidado de la vida humana. Invitamos a cuantas personas e instituciones quieran unirse a esta iniciativa.

Nos acogemos a Santa María, Madre de la Vida y Salud de los enfermos y a la intercesión de San José, patrono de la buena muerte, en su año jubilar.

Madrid 11 de diciembre de 2020

La CEE integra sus medios en **ÁBSIDE MEDIA**

13 de noviembre de 2020

La Conferencia Episcopal Española (CEE) ha creado **ÁBSIDE MEDIA**, la nueva plataforma de comunicación de la Iglesia, con la incorporación de COPE y TRECE. Con esta decisión, la Conferencia Episcopal busca responder mejor a los retos que plantea a la labor social y evangelizadora de la Iglesia en un contexto como el actual, caracterizado por la conformación de grupos multimedia y modelos de gestión integrada.

La constitución de **ÁBSIDE MEDIA S.L.** fue acordada en el transcurso de la Asamblea Plenaria de la CEE celebrada el pasado marzo. Entonces, los obispos reunidos en su encuentro semestral aprobaron crear esta empresa como entidad que aglutinara los distintos medios de comunicación de la Iglesia en España. Su fundación e inscripción formal tuvieron lugar durante el verano, con la aportación de las acciones de COPE y TRECE propiedad de la Conferencia Episcopal, a las que se unirán en breve las de la mayoría de las diócesis y organismos de la Iglesia. De esta forma, **ÁBSIDE MEDIA será la propietaria del 75% de COPE y del 99% de TRECE.**

A pesar de la constitución de esta entidad, **tanto Radio Popular S.A. como Trece Televisión S.L. siguen existiendo de manera independiente** y mantienen sus respectivos órganos de gobierno y administración. ABSIDE MEDIA tiene como objetivo seguir avanzando en el proceso de integración operativo de ambas empresas, iniciado hace algo más de dos años y que se ha materializado ya en importantes sinergias entre ambas.

Asimismo, la nueva plataforma nace con la **vocación de integrar diversos proyectos de la Iglesia en el ámbito de la comunicación**, por lo que no se descarta que se incorporen de manera progresiva otros medios, comenzando con otras realidades de la propia Conferencia Episcopal y de su entorno. El proceso de digitalización y los cambios en los hábitos de comunicación e interacción social aconsejan evolucionar hacia un modelo de gestión integradora y coordinada.

Nueva estructura organizativa

A la vez que ÁBSIDE MEDIA se presenta en el mercado, se ha acordado una remodelación de la estructura de COPE y TRECE. Ignacio Armenteros Menéndez, hasta la fecha director general y con una larga trayectoria profesional en el grupo COPE, será nombrado consejero delegado de ambas compañías, a partir del comienzo del año próximo. Sustituye en el cargo a Julián Velasco Mielgo, quien ha solicitado su baja voluntaria por motivos personales, que se hará efectiva con el final de 2020. Fernando Giménez Barriocanal continúa como presidente ejecutivo y asume el reto de liderar, con su equipo directivo, el nuevo proyecto con el que la Iglesia aglutina sus medios.

Después de más de veinticinco años en COPE y en fechas más recientes también al frente de TRECE, **Julián Velasco deja el Grupo tras situarlo en sus mejores cotas de audiencia y rentabilidad**. En la próxima Asamblea Plenaria de los obispos, como en anteriores ocasiones, Julián Velasco dará cuenta de los avances del grupo en los últimos seis meses. La CEE **ha agradecido el generoso trabajo realizado por Julián Velasco** al servicio de COPE y TRECE, en coherencia con los valores que inspiran estos medios y siempre en la búsqueda del legítimo crecimiento y de su evolución, con independencia, verdad y responsabilidad.

Según el último EGM, publicado en abril, **COPE es la radio generalista con mejor evolución de su audiencia**. También TRECE cumple ahora diez años consolidada como **una televisión de servicio y de referencia para el público familiar** que se sienta delante de la pantalla para estar

informado, para divertirse con valores y vivir su fe y su compromiso social. Las restricciones de aforo en las iglesias derivadas de la pandemia han multiplicado la audiencia de la Santa Misa. **El contenido digital será otro de los rasgos característicos del nuevo grupo**, a partir de la experiencia desarrollada en este campo en los diversos productos del grupo COPE. Los resultados conseguidos y la respuesta del público ponen de manifiesto **la oportunidad y la necesidad de un modelo audiovisual como el que plantea ÁBSIDE MEDIA.**

Nota y rueda de prensa de la 116 Asamblea Plenaria

20 de noviembre de 2020

Los obispos españoles han celebrado del 16 al 20 de noviembre la Asamblea Plenaria de otoño. El encuentro se ha desarrollado presencial y online para cumplir con las normas establecidas por las Comunidades Autónomas y garantizar la seguridad de los participantes frente a la COVID.

Además, durante la mañana del lunes 16 se realizó la prueba de antígenos a los que iban a asistir de manera presencial. En estas pruebas, uno de los obispos dio positivo y por tanto asistió a la Asamblea en formato online.

Rueda de prensa final

El viernes 20 de noviembre, el secretario general de la Conferencia Episcopal Española, **Mons. Luis Argüello García**, y el vicesecretario para Asuntos Económicos, **Fernando Giménez Barriocanal**, han informado en rueda de prensa de los trabajos que se han realizado durante estos días.

Sesión inaugural

Los trabajos de la Asamblea comenzaron el lunes 16 de noviembre a las 16.30 horas con el discurso del presidente de Conferencia Episcopal y arzobispo de Barcelona, **Card. Juan José Omella**.

En su primera intervención como Presidente, tras su elección el pasado mes de marzo, desarrolló una reflexión sobre la situación actual marcada por el impacto de la COVID con el título general «Renacer entre todos». Sus primeras palabras fueron para manifestar «nuestro pésame y esperanza» a los familiares de todos los fallecidos y la solidaridad y compromiso con los que están padeciendo las consecuencias de salud, económicas y sociales provocadas por esta pandemia.

En la sesión inaugural también se recordó a los obispos fallecidos desde la última Asamblea Plenaria: **Mons. Camilo Lorenzo Iglesias**, obispo emérito de **Astorga**; **Mons. Antonio Algora Hernando**, obispo emérito de **Ciudad Real**, y a **Mons. Francisco Javier Ciuraneta Aymí**, obispo emérito de **Lleida**.

En esta Plenaria se ha dado la bienvenida a los dos obispos que se incorporarán próximamente a la Asamblea. **D. Javier Vilanova Pellisa**, elegido obispo auxiliar de **Barcelona**. El 6 de octubre se hizo público su nombramiento y recibirá la ordenación episcopal el próximo 20 de diciembre. **D. Fernando Valera Sánchez** fue elegido obispo de **Zamora** el día 30 de octubre y será ordenado obispo el 12 de diciembre.

Los obispos han celebrado la eucaristía todos los días en la capilla de la Sucesión Apostólica y los trabajos finalizaron cada día con un tiempo de adoración eucarística.

Aprobación de la Instrucción pastoral «Un Dios de vivos»

La Asamblea Plenaria ha aprobado la instrucción pastoral *Un Dios de vivos, sobre la fe en la resurrección, la esperanza cristiana ante la muerte y la celebración de las exequias*. El documento señala la resurrección de Jesucristo como el acontecimiento central de toda la historia de la salvación de Dios con la humanidad y, por tanto, el hecho que esclarece su sentido. Si este mensaje es alterado o malinterpretado, se destruye la fe cristiana en Dios Padre de Jesucristo. En la perspectiva de la «jerarquía de verdades» no estamos ante una verdad secundaria: Si esta esperanza se oscureciera o se disipara, ya no podríamos llamarnos de verdad cristianos.

El texto, que será publicado próximamente, recoge los retos pastorales y la situación actual en torno a la experiencia de la muerte y recoge la fe de la Iglesia en torno a la muerte, la resurrección y la vida eterna. El texto incide también en la importancia de acompañar en el momento de la muerte y en la celebración de las exequias cristianas.

Reflexión y diálogo sobre la situación tras la COVID-19

La Asamblea Plenaria ha dedicado parte de sus trabajos a analizar la situación creada por la Pandemia. La reflexión se inició a partir de la exposición presentada por **Antonio Garamendi**, presidente de la CEOE, quien en las últimas semanas, en relación con el Gobierno, los sindicatos y otros agentes sociales, ha ofrecido los datos de las consecuencias del COVID 19 desde una perspectiva macroeconómica. A continuación, el presidente de la **Comisión Episcopal para la Pastoral Social y Promoción Humana**, **Mons. Atilano Rodríguez Martínez**, presentó el informe sobre la situación social creada por la pandemia.

El trabajo presentado es fruto del diálogo realizado entre los organismos y departamentos de la Comisión con el fin de tener una información directa y precisa sobre la situación de las personas más vulnerables de la sociedad. Muchas de estas personas están siendo atendidas por las comunidades cristianas y por los organismos eclesiales de la acción caritativa y social.

A lo largo de la reflexión se ofreció la respuesta a la realidad de pobreza y marginación, desde la experiencia de los agentes pastorales y de los organismos directamente implicados en la pandemia. Se constató cómo la crisis ha generado una rápida y profunda herida en nuestra sociedad que afecta a la salud de la población y que ha trastocado todas las dimensiones de la existencia: aspectos sociales, económicos, familiares y religiosos.

Misión Evangelizadora de la Iglesia

También han dialogado los obispos sobre la misión evangelizadora de la Iglesia en España a la luz del **Directorio de Catequesis** y de la **Instrucción «La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia»** que hizo pública la Congregación para el Clero el pasado 20 de julio.

Este documento vaticano trata el tema de la pastoral de las comunidades parroquiales, de los diferentes ministerios clericales y laicos, con el signo de una mayor corresponsabilidad de todos los bautizados. El presidente de la Comisión Episcopal para la Evangelización, Catecumenado y Catequesis, **Mons. Amadeo Rodríguez Magro**, ha sido el encargado de explicar cómo esta instrucción puede ser un instrumento de ayuda para el camino pastoral en España. **Mons. Rodríguez Magro** presentó también la traducción al castellano del nuevo Directorio de catequesis.

Líneas de Pastoral de la CEE para el quinquenio 2021-2025 «Fieles al envío misionero»

La Plenaria también han estudiado un borrador de documento con las líneas de acción pastoral de la CEE para el quinquenio 2021-2025, con el título *Fieles al envío misionero. Claves del contexto actual, marco eclesial y líneas de trabajo*. El texto busca proponer a los organismos y comisiones de la CEE una reflexión para el trabajo de los próximos años que debe realizarse en clave de sinodalidad y discernimiento.

Estos serán los ejes espirituales y metodológicos de estas acciones que tienen como objetivo ayudar a la Conferencia Episcopal y sus Comisiones y servicios a la conversión pastoral, personal e institucional, apoyada en la colegialidad y el discernimiento.

Plan de Formación en los Seminarios

Los presidentes de la **Comisión Episcopal para el Clero y Seminarios**, **Mons. Joan Enric Vives Sicilia**, y de la **Subcomisión Episcopal para los Seminarios**, **Mons. Jesús Vidal Chamorro**, han sido los encargados de llevar a la Plenaria la puesta en marcha del nuevo «Plan de Formación de los Seminarios». La **Congregación para el Clero** ha felicitado a la Conferencia Episcopal Española por la redacción de la nueva *Ratio Nationalis*, que ya está en vigor.

Post Congreso de Laicos

Mons. Carlos Escribano Subías, Presidente de la **Comisión Episcopal para los Laicos, la Familia y la Vida**, ha informado sobre los frutos del **Congreso de Laicos** que se celebró el pasado mes de febrero y de los trabajos que se han realizado tras el Congreso.

El trabajo realizado ilumina itinerarios para la acción eclesial con laicos que trabaja en tres líneas: el primer anuncio de la fe, la formación cristiana de los laicos, no solo en el conocimiento sino también en su aplicación vivencial y el acompañamiento de los fieles laicos que, por un lado, ellos mismos reciben y que, por otro lado, también realizan personal y comunitariamente con las personas con las que se relacionan. Para seguir trabajando la Comisión Permanente aprobó la constitución de un Consejo Asesor de Laicos que continuará con los trabajos del Congreso.

Mons. Escribano también ha informado sobre el **Encuentro Europeo de Jóvenes de Santiago de Compostela**, previsto para el mes de agosto de 2021.

Temas de Educación

La **Comisión Episcopal para la Educación y Cultura** ha informado **sobre la nueva Ley de Educación**, la propuesta presentada al Ministerio en relación a esta ley y los pasos dados hasta el momento, con la propuesta presentada en relación al ámbito de la educación en valores.

Esta misma Comisión ha presentado posibles vías de flexibilización de los requisitos eclesiales para la obtención de la **DECA** de Secundaria y Bachillerato.

Otros temas

La crisis de la inmigración en Canarias ha sido uno de los motivos de diálogo entre los obispos durante los días de la Plenaria.

Se ha estudiado la ubicación del departamento de Pastoral de la Salud en el nuevo organigrama de la CEE, que finalmente ha quedado ubicado dentro de la Comisión Episcopal de Pastoral Social y Promoción Humana.

Además, se ha presentado para su estudio el «Marco normativo y Criterios de discernimiento del **Fondo 'Nueva Evangelización'**».

Se han aprobado los textos litúrgicos de santa Faustina Kowalska en castellano, catalán, euskera y gallego. También se ha aprobado que la Modificación de la fecha de celebración de la memoria libre de Santa Faustina Kowalska para que se celebre en España el día 8 de octubre.

Con respecto al tema de asociaciones nacionales, se ha aprobado la extinción del «Movimiento de Mujeres trabajadoras cristianas» de Acción Católica y la modificación de los estatutos de la Federación pública de «Scouts de Galicia», de «Scouts Católicos de Extremadura», y de la Fundación privada del Sur «Santo Tomás de Aquino».

Asuntos económicos

Fernando Giménez Barriocanal ha sido renovado en el cargo de vicesecretario para Asuntos Económicos de la Conferencia Episcopal Española (CEE) para los próximos cinco años. Según indica el Reglamento de Ordenación Económica, el vicesecretario para Asuntos Económicos «será nombrado por un quinquenio, renovable, por la Asamblea Plenaria de la Conferencia, a propuesta de la Comisión Permanente, oído el Consejo de Economía». **Giménez Barriocanal** fue nombrado por primera vez en noviembre de 2005 y renovado en el cargo en el mismo mes de 2010 y 2015.

Como es habitual en la Plenaria de noviembre, se han aprobado los balances y liquidación presupuestaria del año 2019, los criterios de constitución y distribución del **Fondo Común Interdiocesano y los presupuestos de la CEE** y de los organismos que de ella dependen para el año 2021.

Sobre la nueva ley de educación

El Congreso de los Diputados ha aprobado, en primer término, la nueva Ley de Educación que continuará su trámite parlamentario en el Senado, antes de volver definitivamente al Congreso para su aprobación definitiva.

La Educación tiene un significado singular y relevante para la vida y el futuro de niños y jóvenes, de las familias y de la sociedad entera. Es el ámbito donde se contribuye a edificar el porvenir de una nación y su salud democrática. Por la gran inquietud que ha generado la formulación y la manera de tramitarse de la nueva ley, nos parece necesario ofrecer ahora algunas reflexiones:

1. Antes de cualquier consideración queremos mostrar nuestro reconocimiento a todos los docentes que en este tiempo de pandemia están redoblando sus esfuerzos para seguir educando y formando a las nuevas generaciones. Es un trabajo silencioso, pero nos consta que se realiza con una dedicación personal y profesional que permite mantener la tarea escolar por encima de todo.

2. Por ello, lamentamos en particular que se haya procedido a la tramitación de esta ley a pesar de las difíciles circunstancias causadas por la pandemia y con unos ritmos extremadamente acelerados. Ello ha impedido la participación adecuada de toda la comunidad educativa y de los diferentes sujetos sociales. Consideramos necesario insistir en que el verdadero sujeto de la educación es la sociedad, y, en primer lugar, las familias. No sería aceptable que el Estado pretendiera apropiarse de este protagonismo de la familia y de la sociedad -a cuyo servicio está llamado-, identificando el carácter público de la enseñanza con su dimensión organizativa de carácter estatal. No solo lo que es de titularidad estatal es público. Con el papa Francisco queremos recordar la urgencia de un Pacto Educativo Global, que el Gobierno ha aplaudido de manera informal,

y que significa privilegiar el camino del diálogo, de la escucha y del acuerdo, de modo que las propias posiciones ideológicas (todas ellas «confesionales») no se conviertan en criterio de exclusión. En palabras del presidente de la CEE al inicio de esta A. Plenaria: «sería conveniente que de este pacto educativo pudiera concretarse una ley sólida que no sea objeto de debate con cada cambio de color político en el Gobierno».

3. Tras el camino recorrido durante la tramitación de la ley, vemos necesario pedir que esta ofrezca una mayor protección del derecho a la educación y la libertad de enseñanza, tal como se explicitan en el art 27 de la Constitución y en su interpretación jurisprudencial. Nos preocupa que esta ley introduzca limitaciones a estos derechos y libertades y, en primer lugar, al ejercicio de la responsabilidad de los padres en la educación de los hijos. Comprendemos y apoyamos los esfuerzos de las familias, plataformas y agentes sociales que en estos días se han movilizado en la defensa de estos derechos, y particularmente de los referidos a los alumnos con necesidades especiales.

4. En este mismo sentido afirmamos, de nuevo, que la ley debería recoger la «demanda social» en todas las etapas del proceso educativo: libertad de creación de centros escolares, libertad de elección de centro y propuesta educativa, trato en igualdad de condiciones a los diversos tipos de centro, para lo cual es necesaria la gratuidad de la enseñanza sin discriminaciones.

5. Lamentamos profundamente todos los obstáculos y trabas que se quieren imponer a la acción de las instituciones católicas concertadas. No es el momento de enfrentar entidades e instituciones educativas, sino de trabajar conjuntamente, en el espacio público, para ofrecer una educación adecuada a todos los niños, adolescentes y jóvenes de nuestro país.

6. En diálogo con el Ministerio, la CEE ha recordado que no puede excluirse del ámbito escolar la educación de la dimensión moral y religiosa de la persona, para que ésta pueda crecer como sujeto responsable y libre, abierto a la búsqueda de la verdad y comprometido con el bien común, recibiendo para ello una formación integral. Por eso, ha propuesto que la enseñanza religiosa escolar quede integrada en un área de conocimiento común para todos los alumnos, en un modo

que no genere para nadie agravios comparativos. Y ha recordado que esta asignatura no debe ser considerada ajena al proceso educativo, sino que ha de ser comparable a otras asignaturas fundamentales. Lamentablemente la propuesta hecha por la CEE no ha recibido respuesta por parte del Ministerio. De hecho, el texto legislativo aprobado suprime el valor académico de la evaluación de la asignatura de Religión, y deja a los alumnos que no cursen esta asignatura sin una formación con contenido escolar.

Queremos recordar que no es aceptable la descalificación de esta asignatura o del trabajo de sus profesores como adoctrinamiento. Al contrario, respeta el conjunto de exigencias propias de su presencia en el ámbito escolar, relativas a la metodología o al estatuto del profesorado. Es escogida con buenas razones por una mayoría de familias, y reconocida en su contribución a la educación integral de la persona y su compromiso en la sociedad. De hecho, está presente en la mayoría de los sistemas educativos europeos.

7. La Iglesia ha desarrollado una gran tradición educativa, que ha sido y deseamos que siga siendo una riqueza de nuestra sociedad. Más allá del debate sobre una ley, es consciente de la necesidad de seguir defendiendo la inclusión escolar y educativa de la enseñanza religiosa escolar como integrante del ámbito de una necesaria educación moral. Y, como Pueblo de Dios, en todos sus miembros, seguirá trabajando para hacer posible el crecimiento, la libertad y la pluralidad de la propuesta educativa para servir así al bien de los alumnos, las familias y toda la sociedad.

Madrid 20 de noviembre de 2020

Ante la situación de los inmigrantes en las Islas Canarias

En los últimos meses están llegando miles de inmigrantes a Canarias. Muchos han muerto en su dramático viaje. Los obispos de las dos diócesis de estas islas se han dirigido a los fieles católicos y a la sociedad en general. Queremos unirnos a su reflexión y llamamiento, pues el problema no es solo canario, es de toda España, europeo y global, y quienes sufren las migraciones forzosas gozan de una dignidad inalienable y compartida con todos nosotros. Para un cristiano el migrante es hijo de

Dios, un hermano con una vida marcada por el dolor y el sufrimiento que busca la esperanza de alcanzar una vida mejor. **No podemos permanecer ajenos a su dolor ni indiferentes a la hora de valorar la extraordinaria aportación de los que llegan a nuestras sociedades envejecidas.**

Tampoco podemos obviar **la complejidad de situaciones que convergen en este drama:**

La injusticia del comercio internacional, el hambre, las guerras inducidas en países con riquezas mineras, los regímenes políticos dictatoriales que expolian y reprimen a su pueblo, las persecuciones políticas y religiosas, las mafias organizadas, el uso de los flujos migratorios como forma de presión política. La necesaria regulación de las migraciones pasa por abordar sus causas para asegurar el primer derecho de un emigrante, permanecer o regresar a su casa de manera voluntaria.

Es imprescindible crear **en los países de origen** posibilidades concretas de vivir con dignidad y simultáneamente, **en los de destino**, salvar su vida y hacernos cargo de su existencia a través de un conjunto de acciones que el Papa resume en «acoger, proteger, promover e integrar».

La Unión Europea y el Estado español han de asumir que no se pueden crear guetos insulares para evadir el problema migratorio. Como afirma el papa Francisco, en los países de destino, habrá de buscarse el equilibrio adecuado entre la protección de los derechos de los ciudadanos y la garantía de acogida y asistencia a los migrantes. Concretamente, el Papa señala algunas «respuestas indispensables» especialmente para quienes huyen de las «graves crisis humanitarias»: aumentar y simplificar la concesión de visados; abrir corredores humanitarios; garantizar la vivienda, la seguridad y los servicios esenciales; ofrecer oportunidades de trabajo y formación; fomentar la reunificación familiar; proteger a los menores; garantizar la libertad religiosa y promover la inclusión social (FT 38-40)

Las comunidades cristianas hemos de ofrecer un singular testimonio de fraternidad y ciudadanía en la acogida, cuidado y promoción de los que llegan y en la acción moral y política contra las causas de tanto sufrimiento. Como dice el papa Francisco: «No tenemos que esperar todo de los que nos gobiernan... Es posible comenzar de abajo y de a uno, pugnar por lo más concreto y local, hasta el último rincón de la patria y del mundo, con el mismo cuidado que el viajero de Samaría tuvo por cada llaga del herido». (FT 77-78)

Presupuesto del Fondo Común Interdiocesano para 2021

El Fondo Común Interdiocesano es el instrumento a través del cual se canaliza la distribución de la asignación tributaria a las diócesis españolas y otras realidades eclesiales.

La Asamblea Plenaria de noviembre de 2020 ha aprobado la Constitución y reparto del Fondo Común Interdiocesano para 2021 en los siguientes términos.

1. Constitución del Fondo (Recursos e ingresos). Asignación Tributaria.

El fondo común para 2021 se constituye con la partida correspondiente a la asignación tributaria únicamente dado que, para este año, se ha suprimido el sistema de aportación teórica de las diócesis, incluyendo esos criterios en el sistema de reparto.

El importe de la asignación a percibir en 2021 viene determinado por dos partidas:

- El 70% de la última liquidación definitiva, que corresponde al IRPF 2018, campaña 2019.
- El resultado de la liquidación del IRPF 2019, campaña 2020.

Este último dato de la liquidación, de acuerdo con el mecanismo establecido, no está disponible a la hora de hacer el presupuesto por lo que procede realizar una estimación.

Se ha establecido como cantidad objetivo 285.115.797 euros, lo que representa un incremento del 7,2 % con respecto al presupuesto del año anterior, pero que supondría una cantidad equivalente a la efectivamente recaudada en dicho año.

La Asamblea Plenaria ha aprobado que en el caso de que la partida definitiva sufra modificaciones, el Consejo de Economía pueda ajustar el presupuesto a la cantidad real, o bien aplicar recursos del fondo de reserva.

INGRESOS		
Nº CONCEPTO	AÑO 2021	AÑO 2020
ASIGNACION TRIBUTARIA		
Pago a cuenta de 2021 y liquidación de IRPF 2019	285.115.797	266.000.000
TOTAL INGRESOS ORDINARIOS	285.115.797	266.000.000

2. Distribución del fondo (empleos o gastos)

La distribución del Fondo Común Interdiocesano se realiza en dos bloques: unas partidas las ejecuta y distribuye la Conferencia Episcopal a sus finalidades respectivas; el resto son remitidas a las diócesis por distintos conceptos que miden las necesidades de fondos de las mismas. Este envío no constituye una aplicación directa de fondos sino un método para evaluar necesidades. Las cantidades que recibe cada diócesis se integran en su presupuesto diocesano para financiar el conjunto de necesidades.

- **Envío a las diócesis.** Las diócesis perciben fondos teniendo en cuenta los siguientes factores:
 - a. Una cantidad lineal. Para atender gastos mínimos y beneficiar así a las diócesis más pequeñas. Dicho modulo se ha incrementado en un 9%.
 - b. Módulos en función de los sacerdotes. Unos módulos calculados en función del número de sacerdotes de cada diócesis y su dependencia total o parcial del presupuesto diocesano.
 - c. Módulos de atención pastoral. Se trata de módulos que tienen en cuenta el número de templos, la extensión de las diócesis, los habitantes y el tamaño medio de la parroquia. Se ha incrementado el peso de los módulos por templos y por extensión de la Diócesis para cubrir los gastos de desplazamientos de los sacerdotes a la red parroquial.
 - d. Seminarios. Se trata de un reparto establecido por la Comisión Episcopal de Seminarios en función de la existencia de centros de estudios, bibliotecas, pastoral vocacional, número de seminaristas, etc.
- **Seguridad Social del Clero.** Importe de las cotizaciones pagadas a la Seguridad Social por el conjunto de clérigos diócesis. Todos los clérigos diocesanos cotizan por el salario mínimo interprofesional, de acuerdo con el Real Decreto 2398/1977, de 27 de agosto de incorporación del Clero diocesano a la Seguridad Social. La Conferencia Episcopal realiza el pago centralizado de manera trimestral.
- **Retribuciones Señores Obispos.** Cantidad total empleada en la retribución de todos los Obispos de España. Se realiza una esti-

- mación del total del número de Obispos.
- ***Ayuda a proyectos de rehabilitación y construcción de templos.*** Se trata de una ayuda compensatoria a las entidades de la Iglesia por la pérdida de la exención de IVA en la construcción de templos. La Conferencia solicita todos los proyectos de ejecución de obra y concede el importe correspondiente al 50% del IVA de las nuevas construcciones y el 25% de las rehabilitaciones.
 - ***Centros de formación.*** Total de ayudas a distintas instituciones de formación como la Universidad Pontificia de Salamanca, Facultades eclesíásticas, Colegio Español de Roma, Centro Montserrat en Roma y Casa de Santiago en Jerusalén.
 - ***Aportación a la actividad caritativa diocesana.*** Partida finalista destinada de manera explícita a la actividad caritativa de las diócesis.
 - ***Actividades pastorales nacionales.*** Se trata de una partida para cubrir distintos proyectos aprobados por la Asamblea Plenaria en cada año.
 - ***Campañas de Financiación de la Iglesia.*** Importe para invertir en las campañas de la asignación tributaria y día de la Iglesia diocesana.
 - ***Funcionamiento de la Conferencia Episcopal.*** Aportación al presupuesto de mantenimiento de la estructura de la Conferencia Episcopal.
 - ***Actividades pastorales en el extranjero.*** Incluye la aportación al Fondo Nueva Evangelización y las ayudas a las Conferencias Episcopales del Tercer Mundo.
 - ***Conferencia de religiosos.*** Aportación a los fines generales de la CONFER.
 - ***Insularidad.*** Ayuda para compensar gastos específicos de transporte de las diócesis con insularidad.
 - ***Instituciones Santa Sede.*** Aportación a la Santa Sede (Óbolo de San Pedro) y al mantenimiento del Tribunal de la Rota.
 - ***Fondo intermonacal.*** Se trata una partida destinada a ayudas puntuales a religiosas contemplativas en el pago de la seguridad social.
 - ***Plan de transparencia.*** Partida integrada para atender a los distintos programas del Plan de Transparencia aprobado por la Conferencia Episcopal.

- **Ordinariato de las Iglesias Orientales.** Esta partida se ha habilitado para cubrir las necesidades pastorales específicas del nuevo ordinariato creado por el Santo Padre.

GASTOS

Nº CONCEPTO	AÑO 2021	AÑO 2020
1.- ACCIONES PASTORALES Y ASISTENCIALES		
Envío a las Diócesis para su Sostenimiento (neto de aportación en 2020)	228.402.086	210.381.827
Seguridad Social del Clero y prestaciones sociales	24.690.572	23.664.000
Retribución Obispos	2.397.620	2.397.620
Ayuda a proyectos de rehabilitación y Construcción de Templos (comp de IVA)	4.080.000	4.080.000
Centros de Formación (Facultades Eclesiásticas, Univ. Pontificia de Salamanca y Centros de Roma y Jerusalém)	5.320.391	5.320.391
Actividades Pastorales Nacionales	1.712.725	1.712.725
Aportación a la actividad caritativa diocesana	6.497.400	6.497.400
Campaña de Financiación	4.896.000	4.896.000
Conferencia Episcopal	2.730.374	2.676.837
Actividades Pastorales en el Extranjero	1.306.050	1.306.050
Conferencia de Religiosos	1.096.648	1.096.648
Ayuda Diócesis Insulares	542.252	542.252
Instituciones Santa Sede	528.876	513.447
Fondo Intermonacal	232.704	232.704
Plan de Transparencia	510.000	510.000
Ordinariato Iglesias Orientales	172.100	172.099
TOTAL GASTOS ORDINARIOS	285.115.797	266.000.000

Presupuesto de la Conferencia Episcopal para 2021

El presupuesto se presenta equilibrado con un descenso del 0,6 % en el volumen de gastos e ingresos previstos en relación con el presupuesto aprobado para el año 2020.

1. Presupuesto de ingresos

Se prevé una ligera disminución del presupuesto de ingresos por actividades económicas derivada de la situación económica actual.

Nº CONCEPTO	AÑO 2021	AÑO 2020
1.- APORTACIÓN DE FIELES		
Otros Ingresos de Fieles	10.000,00	10.000,00
2.- ASIGNACIÓN FONDO COMÚN		
Fondo Común Interdiocesano (asignación tributaria)	2.730.900,00	2.676.837,00
3.- INGRESO DE PATRIMONIO Y OTRAS ACTIVIDADES		
Alquileres Inmuebles	1.150.000,00	1.150.000,00
Financieros	5.000,00	10.700,00
Actividades Económicas	1.096.000,00	1.176.000,00
4.- OTROS INGRESOS CORRIENTES		
Ingresos de Servicios	70.000,00	68.563,00
TOTAL INGRESOS ORDINARIOS	5.061.900,00	5.092.100,00

2. Presupuesto de gastos

Se ha realizado un esfuerzo en la contención de gastos y la reducción de estos.

Nº CONCEPTO	AÑO 2021	AÑO 2020
1.- ACCIONES PASTORALES Y ASISTENCIALES		
Actividades Pastorales	593.000,00	675.300,00
Ayuda a la Iglesia Universal	265.000,00	267.800,00
Otras Entregas a Instituciones Diocesanas	135.000,00	135.000,00
2.- RETRIBUCIÓN DEL CLERO		
Sueldos Sacerdotales y Religiosos	680.000,00	660.000,00
Seguridad Social religiosos y Otras Prestaciones Sociales	19.000,00	17.000,00
3.- RETRIBUCIÓN DEL PERSONAL SEGLAR		
Salarios y retribuciones colaboradores	1.851.000,00	1.823.000,00
Seguridad Social	450.000,00	445.000,00
4.- CONSERVACIÓN DE EDIFICIOS Y GASTOS DE FUNCIONAMIENTO		
	1.068.900,00	1.069.000,00
TOTAL GASTOS ORDINARIOS	5.061.900,00	5.092.100,00

«UN DIOS DE VIVOS»: Instrucción pastoral sobre la fe en la resurrección, la esperanza cristiana ante la muerte y la celebración de las exequias

«Si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo ha resucitado. Pero si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también nuestra fe; más todavía: resultamos unos falsos testigos de Dios, porque hemos dado testimonio contra Él, diciendo que ha resucitado a Cristo, a quien no ha resucitado... si es que los muertos no resucitan» (1 Cor 15, 13-15).

1. La resurrección de Jesucristo es el acontecimiento central de toda la historia de la salvación de Dios con la humanidad y, por tanto, el hecho que esclarece su sentido. En él acontece la plena revelación de Dios como un «Dios de vivos» (Lc 20, 38; Mt 22, 32; Mc 12, 27) y se nos muestra la grandeza de la salvación a la que todos estamos llamados y que ahora vivimos «en esperanza» (Rom 8, 24).

2. «La muerte corporal, de la cual el hombre se habría liberado si no hubiera pecado»¹, es el último obstáculo que habrá de ser vencido para que el designio de amor de Dios y su voluntad de salvación sobre la humanidad llegue a buen término: «El último enemigo en ser destruido será la muerte» (1 Cor 15, 26). En Cristo resucitado «la muerte ha sido absorbida en la victoria» (1 Cor 15, 54). Por ello, los creyentes podemos decir: «¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?» (1 Cor 15, 55); y podemos dar gracias a Dios «que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo» (1 Cor 15, 57). La fe en la resurrección de Jesucristo es inseparable de la fe en la resurrección de los muertos. Quien niega la resurrección de los muertos en el fondo está negando la resurrección de Cristo, porque no reconoce el poder de Dios ni la potencia salvífica de este acontecimiento.

3. El anuncio de la muerte y resurrección de Jesucristo constituye el núcleo de la fe cristiana. Si este mensaje es alterado o malinterpre-

¹ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual «Gaudium et Spes», 18.

tado, se destruye la fe en el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Inseparablemente unido a este anuncio, está también el objeto de la esperanza cristiana, que no es otro que la vida eterna: «Si el cristiano no está seguro del contenido de la expresión «vida eterna», las promesas del Evangelio, el sentido de la creación y de la redención desaparecen, e incluso la misma vida terrena queda desposeída de toda esperanza»². El último artículo del símbolo de la fe («Creo en la resurrección de la carne y en la vida eterna») no constituye únicamente el final de una lista de verdades, sino que expresa la meta hacia la que se encaminan y en la que confluyen todos los restantes artículos del credo, ya que la vida eterna es el término de nuestra esperanza³. En la perspectiva de la «jerarquía de verdades» no estamos ante una verdad secundaria: «Si esta esperanza se oscureciera o se disipara, ya no podríamos llamarnos de verdad cristianos»⁴.

I. SITUACIÓN ACTUAL Y RETOS PASTORALES

a) El drama de la muerte

4. La experiencia de la muerte afecta a todos los seres humanos. Se trata de algo que no puede ser silenciado: con la muerte «el enigma de la condición humana alcanza su culmen»⁵. Ante ella el hombre experimenta la contradicción más profunda que le acompaña en todos los

2 CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta sobre algunas cuestiones referentes a la escatología (17 de mayo de 1979).

3 Cf. *Ibid.*: «A nadie se le oculta la importancia de este último artículo del Símbolo bautismal: expresa el término y el fin del designio de Dios, cuyo camino se describe en el Símbolo».

4 COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA DOCTRINA DE LA FE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Esperamos la resurrección y la vida eterna* (1995), n. 1. Cf. LXXXVI ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Instrucción pastoral Teología y secularización en España. A los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II (30-3-2006) 4: «La esperanza respecto a la vida del mundo futuro es constitutiva de la condición de cristianos. Se es cristiano precisamente por la fe en la resurrección de Cristo, principio y causa de nuestra propia resurrección (cf. 1 Cor 15, 21)»; TERTULIANO, *De resurrectione mortuorum* 1, 1: «La esperanza de los cristianos es la resurrección de los muertos. Creyendo en ella somos tales».

5 CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual «*Gaudium et Spes*», 18.

momentos de su existencia: su limitación y su deseo de plenitud⁶. Los esfuerzos del ser humano por luchar contra la muerte propia y ajena, el uso de los recursos psicológicos y terapéuticos que ayudan a superar el sufrimiento, y los avances de la ciencia y de la técnica, que ciertamente han conseguido prolongar las expectativas de la vida humana, «no pueden calmar esta ansiedad del hombre», ni «satisfacer ese deseo de vida ulterior que ineluctablemente está arraigado en su corazón»⁷. El hombre, abandonado a sus solas fuerzas, se siente impotente, porque sabe que se encuentra ante un enemigo que es más fuerte que él, del que no puede escapar y que por sí mismo no puede vencer. Separada de Dios por el pecado y al margen de Cristo, la humanidad se encuentra en una situación de desgracia y esclavitud «por miedo a la muerte» (Heb 2, 15), hasta el punto de que todos sus esfuerzos están orientados a liberarse de ella⁸.

5. El horizonte de la muerte provoca que el ser humano se plantee los interrogantes más decisivos para su vida: «¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de todo el progreso, continúan subsistiendo? [...] ¿Qué puede el hombre aportar a la sociedad, qué puede esperar de ella? ¿Qué seguirá después de esta vida terrena?»⁹. Son preguntas que inquietan al ser humano, porque de ellas depende el sentido de toda su existencia. También ante estos interrogantes experimenta el hombre su impotencia para hallar por sí mismo una respuesta satisfactoria que le proporcione una total claridad: «toda imaginación fracasa ante la muerte»¹⁰. La angustia provocada por el sinsentido y el absurdo del sufrimiento y la muerte, especialmente cuando afecta a personas inocentes o a los niños, el silencio de Dios y la imposibilidad de hallar una explicación que apacigüe el corazón del ser humano, es una de las causas que pueden explicar el fenómeno del

6 Cf. *ibid.*, 10: «Mientras, por una parte, como criatura, experimenta que es un ser limitado, por otra se siente ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior».

7 *Ibid.*

8 Cf. FRANCISCO, Homilía en la Misa en sufragio de los Cardenales y Obispos fallecidos durante el año (5 noviembre 2020): «El miedo humano de tener que morir [...] del que nadie puede decir que es completamente inmune».

9 CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual «Gaudium et Spes», 10.

10 *Ibid.*, 18.

ateísmo¹¹, que en estos casos nace «de una violenta protesta contra el mal en el mundo»¹².

6. En esta situación la Iglesia no puede hacer otra cosa que invitar a dirigir la mirada a Cristo muerto y resucitado, ya que ella profesa que «bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debamos salvarnos» (Hch 4, 12)¹³. Su muerte y resurrección constituyen la luz que permite al ser humano encontrar una respuesta a las inquietudes que le provoca el horizonte de la muerte. Nuestra fe en Cristo nos descubre que la muerte nos puede unir más estrechamente a Él¹⁴ y que «será vencida cuando el Salvador omnipotente y misericordioso, restituya al hombre la salvación perdida por su culpa»¹⁵. Entonces el hombre, que «ha sido creado por Dios para un destino feliz más allá de los límites de la miseria terrestre»¹⁶, llegará a la plenitud encontrando así su plena libertad: «¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librerá de este cuerpo de muerte? ¡Gracias a Dios, por Jesucristo nuestro Señor!» (Rom 7, 24). De este modo, «la fe, apoyada en sólidos argumentos, ofrece a todo hombre

11 Un testimonio significativo puede ser el del judío sefardí Primo Levi «Si existe Auschwitz es que no puede haber Dios». En la literatura contemporánea encontramos también algunos personajes que encarnan el ateísmo que tiene su origen en el sufrimiento. En La peste de Albert Camus, «la muerte del hijo del juez Othon encarna el silencio de Dios; el milagro pedido por el P. Paneloux no se realiza, y el niño muere. Rieux declara entonces... que siempre rechazará una creación en que los inocentes son torturados. El sufrimiento de los inocentes: tal es el extremo más paradójico del problema del mal en el mundo» (Ch. MOELLER, *Literatura del siglo XX y cristianismo I*, Madrid 1981, 82). Ibid, p. 116: «Una angustia nos queda: el hijo del juez Othon muere de la peste. Cuando Rieux dice al P. Paneloux: «Usted sabe muy bien que este era inocente», nuestro corazón le da la razón».

12 CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual «Gaudium et Spes», 19.

13 Cf Ibid., 10.

14 Cf. Ch. MOELLER, *Literatura del siglo XX y cristianismo I*, 117: «(Comentando La Peste de A. Camus) Es preciso luchar contra el sufrimiento de los inocentes, como Rieux, pero también saber que la muerte no es un cataclismo definitivo. Es el envés del misterio de la unión con la Cruz... Ninguna religión, salvo la cristiana, da una explicación de él. Esta explicación es un misterio, pero un misterio encarnado en la persona misma del fundador de la religión cristiana, en Jesucristo».

15 CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual «Gaudium et Spes», 18.

16 Ibid.

que reflexiona una respuesta a su ansiedad sobre su destino futuro»¹⁷.

b) La percepción actual de la muerte

7. En las últimas décadas se ha vivido en nuestra sociedad una profunda transformación en la vivencia de la muerte y en la forma de afrontarla. A ello ha contribuido el pluralismo religioso y cultural que caracteriza el momento histórico en que nos encontramos. La secularización de la vida ha llevado a la secularización en el modo de vivir la muerte. Cada vez es mayor también el número de personas para quienes la inquietud por la salvación no entra en su horizonte vital. Muchas personas la alejan de su contexto vital, no quieren pensar en ella y evitan estar cerca de los enfermos, especialmente de los terminales. Algunos la viven solo como la llegada al final de un camino; otros eluden los interrogantes que el hecho de la muerte debería llevar a formular, disimulando de este modo su dramatismo¹⁸. Cuando acontece en circunstancias socialmente dramáticas como atentados, catástrofes o pandemias como la que estamos viviendo actualmente a causa del COVID-19, vemos actitudes de generosidad, servicio y solidaridad que muestran lo mejor que hay en el corazón del ser humano, que dignifican a las personas y a la sociedad y que fortalecen la fraternidad. En estos casos, se ofrece ayuda psicológica a las personas para que gestionen sus emociones, pero social y culturalmente se evita la cuestión de Dios.

8. Todo eso ha provocado cambios en el modo de «despedir» a los seres queridos: a veces, la oración por los difuntos se entiende como un recuerdo y la celebración de las exequias como una despedida. En no pocas ocasiones las ceremonias fúnebres se han convertido en un «servicio» que se ofrece a los familiares sin ninguna presencia de la Iglesia, y acaban siendo actos sincretistas en los que se mezclan elementos cristianos y no cristianos. Algunas prácticas que hasta hace poco se consideraban extrañas a la tradición cristiana, como la cremación, se han generalizado. Las formas de deshacerse de las cenizas o de conservarlas a veces son

¹⁷ Ibid.

¹⁸ A. CAMUS, en *El mito de Sísifo* (Madrid 1985, 13, 15), hablando de la muerte, se asombra «ante el hecho de que todo el mundo viva como si nadie «lo supiese», y habla del «consentimiento práctico y la ignorancia simulada», que nos lleva a vivir «con ideas que, si las pusiéramos a prueba verdaderamente, deberían trastornar toda nuestra vida».

tan insólitas que no siempre se pueden conciliar con el respeto debido al cuerpo del difunto llamado a resucitar con Cristo.

9. Sin embargo, el hombre no puede evitar plantearse la cuestión de la muerte, no solo como un hecho biológico, sino también como un acontecimiento personal. Por eso, aun cuando muchos han puesto entre paréntesis la fe o tienen vergüenza de aludir explícitamente a ella, conservan sin embargo la secreta esperanza en una vida tras la muerte. No es extraño escuchar referencias a un «más allá» impreciso. En otras ocasiones se adopta un lenguaje más difuso, que alude a la disolución del ser humano en el Todo o a una fusión con el Absoluto. Todo esto manifiesta que, en medio de una sociedad técnica y fuertemente des-cristianizada, en el corazón del ser humano está vivo el *deseo de Dios*.

10. No es extraño, pues, que muchas personas, incluso viviendo alejadas de la Iglesia, en el momento doloroso de la pérdida de un ser querido soliciten su presencia y su acompañamiento. Este hecho no debe ser desdeñado ni minusvalorado, pues constituye una ocasión privilegiada para ofrecer una palabra de consuelo y esperanza, y para anunciar el Evangelio, ya que es la situación en la que se pone en especial de manifiesto la verdad del ser humano. Aun cuando esas personas no tengan una conciencia clara de lo que la Iglesia ofrece, y lo que deseen sea un simple acto de recuerdo o de homenaje a sus seres queridos, deben ser acogidas con delicadeza y respeto y acompañadas para que, en la medida de lo posible, vivan este acontecimiento como un encuentro con el Señor Resucitado que transforme su dolor en esperanza.

11. Este ambiente influye también en muchos cristianos que han olvidado lo que significa la vivencia cristiana de la muerte: algunos experimentan una «desconexión entre la fe en Dios y la esperanza en la vida eterna», que se manifiesta en el hecho de que «no pocos de los que se declaran católicos, al tiempo que confiesan creer en Dios, afirman que no esperan que la vida tenga continuidad alguna más allá de la muerte»¹⁹; otros ya no sienten la necesidad de prepararse para ella²⁰, ni tienen la preocupación de morir en gracia de Dios, sino que únicamente

19 COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA DOCTRINA DE LA FE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Esperamos la resurrección y la vida eterna* (1995).

20 Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1014: «La Iglesia nos anima a prepararnos para la hora de nuestra muerte».

esperan una muerte instantánea y sin dolor²¹.

12. En la misma celebración cristiana de las exequias se percibe un cambio de sensibilidad. Frente a ciertas exageraciones del pasado, que podían llevar a pensar que se emitía un juicio sobre el difunto, o contra ciertos rigorismos que presuponían que la mayoría de la humanidad está condenada, en no pocas ocasiones la esperanza de que nuestros hermanos difuntos estén en el cielo se formula hoy como una certeza absoluta. De este modo se silencia la necesidad de una purificación ulterior²² y la posibilidad de la condenación. Con frecuencia se escucha también la afirmación de que nuestros hermanos difuntos ya han resucitado, identificando sin más el momento de la muerte con la resurrección.

13. En estos últimos años, el Magisterio Pontificio²³, la Congregación para la Doctrina de la Fe²⁴ y la misma Conferencia Episcopal Española²⁵ se han ocupado de estas cuestiones ante la difusión de algunas creencias que tienen su origen en religiones o filosofías extrañas al cristianismo (como la doctrina de la reencarnación), o ante algunas ideas teológicas que han tenido consecuencias negativas en la vida pastoral de la Iglesia. Los temas fundamentales tratados en estos documentos son los que estaban en el debate teológico del momento: el estado intermedio; la

21 Cabría preguntarse, no obstante, si esto realmente responde al deseo más profundo del corazón: «Cabe pensar que este deseo de hacer insensible el hecho de la muerte lleva en su seno un reconocimiento tácito de su trascendental importancia para la persona; con lo cual la indiferencia habitual ante la dimensión religiosa de la vida, tan frecuente entre los que así desean morir, no sería en el fondo sino una larvada evasión» (P. LAÍN ENTRALGO, *El problema de ser cristiano*, Barcelona 1997, 118).

22 Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1031: «La Iglesia llama purgatorio a esta purificación final de los elegidos que es completamente distinta del castigo de los condenados».

23 Cf. SAN PABLO VI, *Credo del Pueblo de Dios*, n. 28-30; BENEDICTO XVI, *Carta encíclica Spe salvi*, sobre la esperanza cristiana.

24 Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta sobre algunas cuestiones referentes a la escatología* (17 de mayo de 1979); Traducción del artículo «carnis resurrectionem» del símbolo apostólico (2 de diciembre de 1983); *Instrucción Ad resurgendum cum Christo* (15 de agosto de 2016).

25 Cf. LXXXVI ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Instrucción pastoral Teología y secularización en España. A los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II* (30-3-2006) 26-35, 40-41; COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA DOCTRINA DE LA FE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Esperamos la resurrección y la vida eterna* (1995).

existencia del purgatorio; la resurrección de los muertos como resurrección de «todo el hombre»; la inmortalidad del alma; la segunda venida de Cristo al fin de los tiempos; la salvación de los justos y el castigo eterno que espera al pecador sin conversión, que se verá privado de la visión de Dios²⁶. También se han señalado las consecuencias a las que conduce el oscurecimiento de la esperanza cristiana: el cinismo ético que lo justifica todo en función del propio provecho, o la irresponsabilidad a la que puede conducir una inteligencia inadecuada de la voluntad salvífica de Dios que banalice la posibilidad de la condenación eterna²⁷.

14. En estas orientaciones pastorales, queremos recordar las verdades fundamentales del mensaje cristiano sobre la resurrección y la vida eterna, así como ofrecer algunas sugerencias para el acompañamiento de las personas que sufren por la muerte de un ser querido. La atención y cercanía en los momentos difíciles del duelo es una acción pastoral de la Iglesia que requiere una preparación, una formación y una espiritualidad adecuada. Deseamos que las celebraciones exequiales sean signo de la auténtica esperanza cristiana y ayuden a los fieles a crecer en ella, y que los sacerdotes, diáconos y quienes colaboran en la vida pastoral de la Iglesia tomen conciencia de la potencialidad evangelizadora de la liturgia exequial.

II. LA FE DE LA IGLESIA

a) Creemos que Cristo ha resucitado verdaderamente

15. El acontecimiento de la resurrección de Cristo es el fundamento de la fe cristiana: «Si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido» (1 Cor 15, 17). Es también, por ello, el centro de la predicación (*kérygma*) de la Iglesia, lo que da contenido a toda su misión: «Yo os transmití en primer lugar, lo que también yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; y que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras» (1 Cor 15, 3-4). En la resurrección de Cristo se nos revela cuál es nuestra esperanza, una esperanza que va más allá

26 Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta sobre algunas cuestiones referentes a la escatología (17 de mayo de 1979).

27 La Comisión Teológica Internacional, en su documento del año 1992 titulado Algunas cuestiones actuales de escatología, abordó estas cuestiones que han entrado en el debate teológico.

de esta vida: «Si hemos puesto nuestra esperanza en Cristo solo en esta vida, somos los más desgraciados de toda la humanidad» (1 Cor 15, 19).

16. La fe en la resurrección de Cristo no consiste únicamente en afirmar que Cristo vive, como si los discípulos, después de un proceso de reflexión, hubiesen llegado por ellos mismos a la convicción de que la muerte no había llevado a Jesús a la nada, sino a otro tipo de existencia. Los Apóstoles anunciaron y dieron testimonio de la verdad de un acontecimiento inesperado para ellos: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón» (Lc 24, 34). Este hecho los dejó tan desconcertados en un primer momento, que dudaban de lo que veían y no acababan de creer (cf. Lc 24, 38.41), pero transformó totalmente su vida hasta el punto de estar dispuestos a morir por testimoniar la verdad de lo acontecido. La insistencia en la resurrección corporal del Señor es un elemento fundamental de la fe pascual²⁸ que atestigua el realismo de este acontecimiento.

17. La resurrección de Cristo no consistió en una vuelta a la vida que tenía antes de la pasión, sino en la «ida al Padre» (cf. Jn 16, 28). Si en el misterio de la encarnación la eternidad ha entrado en el tiempo, en la resurrección el tiempo se ha abierto a la eternidad²⁹. Se trata de un fenómeno totalmente nuevo que supera el horizonte de la propia experiencia, que va más allá de la historia, y ante el cual el lenguaje y la capacidad de comprensión humana experimentan sus limitaciones³⁰. Esto no anula su historicidad. El Catecismo de la Iglesia Católica enseña que estamos ante un acontecimiento histórico y trascendente, «real» y con «manifestaciones históricamente comprobadas»³¹. Histórico, porque sucedió en un determinado lugar y en un momento preciso; y trascendente, porque el Señor ha entrado plenamente en el misterio de Dios. Real, porque no fue una mera proyección de la conciencia angustiada de los discípulos, sino algo que aconteció fuera de ellos; y con mani-

28 Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 645, 999.

29 El documento *Biblia y cristología* de la Pontificia Comisión Bíblica afirma que, «por su propia naturaleza, no puede ser probada a través de una constatación meramente empírica, ya que por ella Jesús se introduce en el 'mundo futuro'» (*Biblia y cristología* [1984], 1.2.6.2).

30 Cf. J. RATZINGER, *Obras completas VI/1. Jesús de Nazaret. Escritos de cristología*, BAC, Madrid 2015, 570ss.

31 Catecismo de la Iglesia Católica, n. 639.

festaciones dentro de la historia, especialmente el sepulcro vacío que, aunque no sea una prueba de la resurrección, es «un signo esencial»³² que hace creíble su anuncio, y las apariciones, en las que el Señor se dejó ver por sus discípulos en su humanidad resucitada, que «no puede ser retenida en la tierra y no pertenece ya más que al dominio divino del Padre (cf. Jn 20, 17)»³³.

18. Los cristianos creemos que este acontecimiento no afectó solo a Jesús, sino que tiene también una dimensión salvífica para toda la humanidad: «Él es el principio, el primogénito de entre los muertos» (Col 1, 18). Su resurrección es causa, modelo, «principio y fuente de nuestra resurrección futura»³⁴. Cristo es el primer resucitado: «Cristo ha resucitado de entre los muertos y es primicia de los que han muerto. [...] Pues lo mismo que en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados» (1 Cor 15, 20.22). Por eso, la esperanza cristiana no consiste únicamente en la convicción de que hay algún modo de supervivencia después de la muerte, sino en la certeza de que también nosotros resucitaremos con Cristo para estar eternamente con Él.

b) Creemos en la resurrección de la carne

19. La fe en la resurrección de Cristo constituye, en efecto, el fundamento de nuestra esperanza, cuyo contenido se expresa en el Credo con dos afirmaciones inseparables, que no se pueden entender la una sin la otra: «Creemos en la resurrección de la carne y en la vida eterna»³⁵. Al confesar nuestra fe en la resurrección de la carne afirmamos que la salvación afecta al ser humano en su totalidad, a «todo el hombre»³⁶. Por

32 Ibid., n. 640.

33 Ibid., n. 645, cf. también *ibid.*, nn. 639-647.

34 Ibid., n. 655.

35 La Congregación para la Doctrina de la Fe publicó una aclaración sobre la traducción del artículo «carnis resurrectionem» del Símbolo apostólico (14 diciembre 1983), afirmando que la traducción «resurrección de la carne» es preferible a «resurrección de los muertos», sin que eso implique afirmar que hay razones doctrinales o que esta no sea una expresión adecuada de la fe. De hecho, entre las fórmulas magisteriales usadas en la tradición de la Iglesia se encuentran también la de resurrección de los «cuerpos» (DS 76) y la resurrección de los «muertos» (DS 150). Todas ellas son expresiones plenamente legítimas y justificadas.

36 CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta sobre algunas cuestiones referentes a la escatología (17 de mayo de 1979).

ello, para anunciar este mensaje de salvación, además del fundamento cristológico, hay que tener en cuenta los principios de la *antropología cristiana*. Son dos aspectos inseparables, ya que en Cristo resucitado descubrimos la imagen del hombre perfecto y el modelo de aquello a lo que todos estamos llamados: «El primer hombre, Adán, se convirtió en ser viviente. El último Adán, en espíritu vivificante... Y lo mismo que hemos llevado la imagen del hombre terrenal, llevaremos también la imagen del celestial» (1 Cor 15, 45.49)³⁷.

20. El punto de partida de la antropología cristiana es la creación del hombre en su unidad de alma y cuerpo: «Uno en cuerpo y alma, el hombre, por su misma condición corporal, reúne en sí todos los elementos del mundo material, de tal modo que, por medio de él, estos alcanzan su cima y elevan la voz para la libre alabanza del Creador. Por consiguiente, no le es lícito al hombre despreciar la vida corporal, sino que, por el contrario, tiene que considerar su cuerpo bueno y digno de honra, ya que ha sido creado por Dios y que ha de resucitar en el último día»³⁸. En este texto del Concilio Vaticano II encontramos una síntesis de la visión cristiana del ser humano y de su relación con la resurrección de la carne.

21. Junto a la afirmación de esta unidad, la Iglesia siempre ha enseñado una dualidad de elementos, ambos constitutivos del ser humano, que tradicionalmente se han denominado «cuerpo» y «alma». Esto evita caer tanto en un *dualismo* que considere que lo esencial del hombre es solo el alma y que el cuerpo es una cárcel que la aprisiona, como en una *visión materialista* que reduzca al ser humano a su corporeidad: «No se equivoca el hombre cuando se reconoce superior a las cosas corporales y no se considera solo una partícula de la naturaleza... Pues, en su interioridad, el hombre es superior al universo entero... Por tanto, al reconocer en sí mismo un alma espiritual e inmortal, no se engaña con un espejismo falaz procedente solo de las condiciones físicas y sociales, sino que, por el contrario, alcanza la misma verdad profunda de la realidad»³⁹. Tanto el cuerpo como el alma son esenciales para la identidad de cada

37 Cf. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual «Gaudium et Spes», 22; TERTULIANO, De carnis resurrectione VI, 3.

38 CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual «Gaudium et Spes», 14.

39 Ibid.

ser humano concreto⁴⁰. Por ello, la santificación que la gracia de Dios realiza en el creyente lo transforma en todas sus dimensiones, hasta el punto de convertir su cuerpo en templo del Espíritu Santo: «¿Acaso no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que habita en vosotros y habéis recibido de Dios?» (1 Cor 6, 19). Este cuerpo, que es templo del Espíritu Santo y que se ha alimentado del sacramento de la Eucaristía, está también llamado a la plenitud de la salvación en la resurrección del último día⁴¹.

22. Es incompatible con esta antropología la creencia en la reencarnación, ya que no considera el cuerpo como un elemento esencial constitutivo de la propia identidad irrepetible y única de la persona humana⁴². Tampoco es compatible con la fe cristiana la comprensión de la muerte como «muerte total» (de alma y cuerpo), y de la parusía como una nueva creación de la nada. Esta hipótesis no garantiza la continuidad entre la persona que murió y la que resucitará.

23. Para asegurar esta continuidad, la Iglesia afirma la *inmortalidad* del alma, y distingue entre la situación en que esta queda después de la separación del cuerpo (un estado de pervivencia que no es definitivo ni ontológicamente pleno⁴³, sino intermedio y transitorio) y la que alcanzará con la resurrección de la carne, cuando Cristo venga en gloria al fin de los tiempos. En el estado previo a la resurrección, que la tradición teológica

40 Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 365: «La unidad del alma y del cuerpo es tan profunda que se debe considerar al alma como la «forma» del cuerpo; es decir, gracias al alma espiritual, la materia que integra el cuerpo es un cuerpo humano y viviente; en el hombre, el espíritu y la materia no son dos naturalezas unidas, sino que su unión constituye una única naturaleza».

41 Cf. SAN IRENEO, *Adversus haereses* V 2 3: Los hombres «dando cabida al Verbo de Dios se vuelven eucaristía, a saber, cuerpo y sangre de Cristo: así también nuestros cuerpos, alimentados por ella y enterrados y disueltos en tierra, se levantarán en su tiempo con el despertar que graciosamente les otorgue el Verbo de Dios para gloria de Dios Padre». Cf. también FRANCISCO, Audiencia general (4 diciembre 2013): «Y esta transformación, esta transfiguración de nuestro cuerpo se prepara en esta vida por la relación con Jesús, en los Sacramentos, especialmente en la Eucaristía».

42 Cf. COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA DOCTRINA DE LA FE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Esperamos la resurrección y la vida eterna* (1995), donde se trata con más amplitud esta cuestión.

43 Cf. TERTULIANO, *De resurrectione mortuorum*, 34, 3: «¡Qué indigno sería de Dios llevar medio hombre a la salvación!».

ha denominado «estado intermedio», el alma que está a la espera de su unión definitiva con el cuerpo⁴⁴, es purificada para el encuentro con Dios⁴⁵. En el caso de los bienaventurados, cuyas almas inmediatamente después de la muerte gozan de la visión de Dios⁴⁶, la salvación tampoco es completa porque no afecta a la totalidad del ser humano ni incluye la dimensión comunitaria y cósmica (cf. Rom 8, 19-24). Esto es coherente con la tradición de la Iglesia que ora por los difuntos y acude a los santos en la oración pidiendo su intercesión ante Dios. La plegaria por los difuntos y la praxis de ofrecer la eucaristía implorando su salvación, que hunde sus raíces en los primeros siglos del cristianismo⁴⁷, dejaría de tener sentido si con la muerte se llegara a la plenitud de la vida⁴⁸.

24. En la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia, la resurrección siempre aparece unida a la segunda venida del Señor⁴⁹, en la que se realizará plenamente el designio de Dios de «recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra» (Ef 1, 10), «cuando Cristo entregue el reino a Dios Padre» (1 Cor 15, 24), de modo que «Dios será todo en todos» (1 Cor 15, 28). En el mensaje cristiano, la salvación definitiva es personal, pero no meramente individual, sino que tiene una dimensión comunitaria fundamental: «Estaremos siempre con el Señor» (1 Tes 4, 17).

25. ¿En qué consistirá la resurrección de la carne? Este interrogante no es nuevo. Ha acompañado la historia de la Iglesia desde sus comien-

44 Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Super primam epistolam ad Corinthios*, c. 15, lectio 2, n. 924: «En el alma separada se da un apetito del cuerpo, o sea, de la resurrección».

45 Cf. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, 46: «Para salvarse es necesario atravesar el «fuego» en primera persona para llegar a ser definitivamente capaces de Dios y poder tomar parte en la mesa del banquete nupcial eterno». Cf. también *ibid.*, 47s.

46 Cf. BENEDICTO XII, Bula *Benedictus Deus*, DS 1000.

47 San Agustín no olvida las palabras de su madre santa Mónica en el lecho de muerte, cuando dice a los que la acompañan: «Depositad este cuerpo mío en cualquier sitio, sin que os dé pena. Solo os pido que dondequiera que estéis, os acordéis de mí ante el altar del Señor» (*Confesiones*, IX, 11, 27).

48 Cf. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, 48: «Mi intercesión en modo alguno es algo ajeno para el otro, algo externo, ni siquiera después de la muerte. En el entramado del ser, mi gratitud para con él, mi oración por él, puede significar una pequeña etapa de su purificación. Y con esto no es necesario contar el tiempo divino en términos de tiempo terrenal: en la comunión de las almas queda superado el simple tiempo terrenal».

49 Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1001.

zos, hasta el punto de que ha supuesto siempre una de las mayores dificultades para aceptar esta verdad de nuestra fe⁵⁰. Ya en los Hechos de los Apóstoles vemos que esta cuestión provocó las burlas de quienes escuchaban a san Pablo en el Areópago (cf. Hch 17, 32). Sin embargo, la Iglesia ha mantenido siempre esta verdad tomando como punto de referencia la resurrección de Jesucristo⁵¹. En los relatos pascuales descubrimos una tensión entre la continuidad real del cuerpo de Cristo (cf. Lc 24, 39) y el hecho de que este ha experimentado una glorificación, porque no está ya sujeto a las coordenadas de espacio y tiempo como lo estaba antes de la pasión.

26. Esta misma tensión la encontramos también cuando intentamos entender el misterio de nuestra resurrección. Conscientes de la limitación de nuestro lenguaje y de nuestra capacidad de comprensión⁵², se ha de mantener la sobriedad en las afirmaciones. La Palabra de Dios enseña que, cuando resucitemos, nuestro cuerpo será transformado por el mismo Cristo «según el modelo de su cuerpo glorioso» (Flp 3, 21). Ello implica «que esto que es corruptible se vista de incorruptión, y que esto que es mortal se vista de inmortalidad» (1 Cor 15, 53). Tanto en la resurrección de Jesucristo como en la nuestra hay que mantener la identidad del cuerpo, porque sin ella no puede garantizarse la identidad personal⁵³. No obstante, hay que afirmar también que, entre este cuerpo corruptible y el cuerpo resucitado, hay un salto cualitativo: «Se siembra un cuerpo corruptible, resucita incorruptible; se siembra un cuerpo sin gloria, resucita glorioso; se siembra un cuerpo débil, resucita lleno de fortaleza; se siembra un cuerpo animal, resucita espiritual» (1 Cor 15, 42-44).

c) Creemos en la vida eterna

27. «El hombre no solo es atormentado por el dolor y la progresiva disolución del cuerpo, sino también, y aún más, por el temor de la ex-

50 Cf. *ibid.*, n. 996.

51 Cf. CONCILIO XI DE TOLEDO, DH 540; Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 992-996.

52 Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1000.

53 Cf. INOCENCIO III, Carta Eius exemplo al arzobispo de Tarragona: «Creemos de corazón y confesamos oralmente la resurrección de esta carne que llevamos y no de otra» (DS 797).

tinción perpetua. Juzga certeramente por instinto de su corazón cuando aborrece y rechaza la ruina total y la desaparición definitiva de su persona. La semilla de eternidad que lleva en sí, al ser irreductible a la sola materia, se rebela contra la muerte»⁵⁴. Ese deseo de inmortalidad que hay en el corazón de cada ser humano se cumplirá en la vida eterna: «Quien posea esta vida poseerá todo lo que desee»⁵⁵. Por ello «adecuadamente termina el Símbolo, resumen de nuestra fe, con aquellas palabras: «La vida perdurable. Amén». Porque esta vida perdurable es el término de todos nuestros deseos»⁵⁶.

28. La vida eterna no consiste en una prolongación interminable de la vida presente⁵⁷, sino en la realización gozosa de la plenitud a la que todo ser humano aspira y es llamado por Dios⁵⁸. Nuestro lenguaje es incapaz de describir el contenido de esta «vida dichosa de la gloria»⁵⁹, porque «sobrepasa toda comprensión y toda representación»⁶⁰: «Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman» (1 Cor 2, 9). Tenemos la certeza, pero desconocemos cómo será: «Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos» (1 Jn 3, 2). En el Nuevo Testamento encontramos algunas indicaciones que intentan expresar en qué consistirá. Se describe como «ver» a Dios: lo veremos «cara a cara» (1 Cor 13, 12); como «conocer» al único Dios verdadero y a su enviado Jesucristo (cf. Jn 17, 3); o como «estar con Cristo, que es con mucho lo mejor» (Flp 1, 23). También se alude a la transformación que experimentará quien llegue a ella: «Sabemos que, cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal

54 CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual «Gaudium et Spes», 18

55 SAN AGUSTÍN, Carta 130 a Proba, 11: CSEL 44, 63.

56 SANTO TOMÁS DE AQUINO, Exposición del Símbolo de los Apóstoles, esto es del Credo, en Opúsculos y Cuestiones Selectas IV (BAC, Madrid 2007), 1019-1021.

57 Cf. BENEDICTO XVI, Carta encíclica Spe salvi, 10-11.

58 Cf. FRANCISCO, Ángelus (10 noviembre 2013): «En Jesús Dios nos dona la vida eterna, la dona a todos, y gracias a Él todos tienen la esperanza de una vida aún más auténtica que esta. La vida que Dios nos prepara no es un sencillo embellecimiento de esta vida actual: ella supera nuestra imaginación, porque Dios nos sorprende continuamente con su amor y con su misericordia».

59 SAN AGUSTÍN, Carta 130 a Proba, 14: CSEL 44, 71.

60 Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1027. Cf. SAN AGUSTÍN, Carta 130 a Proba, 15: «[La vida eterna] consiste en aquella paz que sobrepasa toda inteligencia».

cual es» (1 Jn 3, 2). Hemos de destacar que las formulaciones se encuentran frecuentemente en plural («estaremos», «veremos», «seremos»), lo cual indica el carácter comunitario de la salvación⁶¹.

29. San Agustín, aun afirmando una *docta ignorantia*⁶² con relación a la vida eterna, enseña «que esta es la única vida verdadera, la única vida feliz: contemplar eternamente la belleza del Señor, en la inmortalidad e incorruptibilidad del cuerpo y del espíritu»⁶³. Santo Tomás de Aquino, sintetizando la tradición anterior, dice que la vida eterna consiste «en nuestra unión con Dios... en la visión perfecta... en la suprema alabanza... en la perfecta satisfacción de nuestros deseos... en la posesión de Dios de un modo perfecto... en la amable compañía de todos los bienaventurados»⁶⁴. Por ello, si bien la vida temporal es algo sagrado de lo que el hombre no puede disponer a su voluntad, en la perspectiva de la vida eterna y teniendo en cuenta además la fuerza del pecado que la condiciona decisivamente, la Tradición de la Iglesia nunca la ha considerado un bien absoluto al que el ser humano deba aferrarse desesperadamente⁶⁵, como lo demuestra el testimonio constante de los mártires a lo largo de toda la historia de la Iglesia. Por ello, el cristiano puede decir con san Pablo: «Para mí la vida es Cristo y el morir una ganancia» (Flp 1, 21)⁶⁶.

30. Jesucristo nos ha revelado que la vida eterna es el designio divino para los que crean en Él: «Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en Él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día» (Jn 6, 40). Aquellos que hayan perseverado fielmente hasta el final en la fe y en la vida cristiana la recibirán como gracia prometida, y también como recompensa a sus buenas obras en virtud de la promesa de Dios⁶⁷. Nadie que sea consciente de su fragilidad puede exigirla como algo que se le debe; y, sin embargo, nadie debe desesperar de su salvación, porque sabemos que el corazón del Padre es «rico en misericordia» y que Cristo nuestro juez será también nuestro abogado⁶⁸. Cualquier persona puede hacer fracasar en ella el plan de Dios y, por

67 Cf. CONCILIO DE TRENTO, Decreto sobre la justificación del pecador, c. 16: «Y por tanto, a los que obran bien «hasta el fin» y que esperan en Dios, ha de proponérseles la vida eterna, no solo como gracia misericordiosamente prometida por medio de Jesucristo a los hijos de Dios, sino también «como retribución» que por la promesa de Dios ha de darse fielmente a sus buenas obras y méritos» (DH 1545).

68 Cf. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, 47.

tanto, no se puede excluir la posibilidad de la condenación eterna⁶⁹. No obstante, siempre es posible aguardar la salvación con esperanza confiada, porque Dios quiere que sus promesas de vida se cumplan en todos los hombres y no predestina a nadie al infierno⁷⁰. Esta voluntad de salvación alcanza a toda la humanidad: «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 Tim 2, 4). Por ello, a pesar de nuestras debilidades e imperfecciones, nos podemos abandonar confiadamente en las manos del Padre. La virtud de la esperanza nos preserva tanto de una actitud de temeridad y arrogancia ante Dios, como de la desesperación⁷¹.

31. La esperanza cristiana en la resurrección y la vida eterna, que nos lleva a «aspirar a los bienes de arriba donde está Cristo sentado a la derecha de Dios» y «no a los de la tierra» (Col 3, 1-2), es la luz que ilumina «la historia de nuestra vida personal y también la historia comunitaria»⁷² mientras caminamos en este mundo. En el bautismo hemos participado en el Misterio Pascual de Cristo: «Fuimos sepultados con Él en la muerte» para andar en una vida nueva «y ser incorporados a Él en una resurrección como la suya» (cf. Rom 6, 4-5). De esta manera, en esta vida tenemos una participación en la resurrección de Cristo, una anticipación de lo que recibiremos en herencia. Hemos sido «salvados en esperanza» (Rom 8, 24), por lo que podemos decir que la resurrección ha comenzado ya en nosotros y también que «estamos en camino hacia la resurrección»⁷³. Los cristianos estamos llamados a dar testimonio de esta esperanza en los pequeños gestos de la vida de cada día, que son signos de resurrección, y estando cerca de aquellos que sufren «para que sientan la cercanía del Reino de Dios, de la condición eterna hacia la cual caminamos»⁷⁴.

69 Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1033-1036; COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA DOCTRINA DE LA FE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Esperamos la resurrección y la vida eterna* (1995), nn. 27-29.

70 Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1037.

71 Cf. *Ibid.*, n. 2091-2092.

72 FRANCISCO, Audiencia general (4 de diciembre de 2013).

73 *Ibid.*

74 *Ibid.*: «La vida eterna comienza ya en este momento, comienza durante toda la vida, que está orientada hacia ese momento de la resurrección final. Y ya estamos resucitados, en efecto, mediante el Bautismo, estamos integrados en la muerte y resurrección de Cristo y participamos en la vida nueva, que es su vida».

III. ACOMPAÑAR EN EL MOMENTO DE LA MUERTE

a) Acoger con la misericordia de Cristo

32. Frente al drama de la muerte, Cristo, que hizo suya esta experiencia, es la esperanza para la humanidad. El misterio de la encarnación no consiste en asumir abstractamente nuestra naturaleza, sino en compartir nuestra existencia y nuestra historia, sin rehuir los inconvenientes que supone la condición humana, incluida la muerte. La encarnación está intrínsecamente orientada a la cruz: en estos dos acontecimientos descubrimos la compasión del Hijo de Dios con la humanidad sufriente, más patente si tenemos en cuenta las circunstancias concretas de su muerte, humanamente injustificable.

33. El Señor, a pesar de que no había cometido pecado, aceptó la muerte y el sufrimiento que la acompaña: «Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial. Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer» (Heb 5, 7-8). Víctima inocente del pecado y de la maldad del mundo, su muerte fue, por ello, aún más dolorosa. Experimentó el sufrimiento físico del suplicio y de la tortura, y el sufrimiento moral de sentirse abandonado por su pueblo y por sus amigos; e incluso padeció en sí mismo el dolor de los que se sienten abandonados por Dios (cf. Mt 27, 46). A pesar de sentir angustia (cf. Lc 22, 44; Mc 14, 33), aceptó la muerte inminente como un acto de obediencia al Padre y de amor a los hombres, y la sufrió poniéndose en las manos de Dios, consolando, perdonando y salvando. Al afrontarla de este modo, dio testimonio de que, por muy dolorosa que sea, no tiene la palabra definitiva sobre la vida del hombre. No se dejó vencer por el miedo y con su muerte venció la muerte⁷⁵. En su Resurrección se nos revela que la prepotencia del mal ha sido vencida por la omnipotencia del amor.

34. Durante su vida pública, la cercanía de Cristo a la humanidad sufriente se manifestó especialmente en los encuentros con personas

⁷⁵ Cf. SAN AMBROSIO, Tratado sobre el bien de la muerte, c. 4, 15: «El Señor, pues, quiso morir y penetrar en el reino de la muerte para destruir con ello toda la culpa».

que sufrían por la pérdida de un ser querido: la viuda de Naín (cf. Lc 7, 11-17); Jairo, el jefe de la sinagoga (cf. Mc 5, 21-24.35-43; Lc 8, 40-56), y las hermanas de su amigo Lázaro, ante cuya muerte Jesús no pudo contener el llanto (cf. Jn 11, 35). En estos tres momentos se vislumbra el poder de Cristo sobre la muerte, que se manifestará plenamente en su resurrección de entre los muertos.

35. Siguiendo el ejemplo de su Señor, la presencia y la cercanía de la Iglesia junto a las personas que sufren la muerte de un ser querido es un testimonio elocuente de misericordia y de esperanza. La misericordia lleva a estar cerca de los que sufren, a compartir su dolor y a no banalizar el acontecimiento de la muerte y el sufrimiento que conlleva. Esta misericordia ha de ser más intensa cuando más dolorosas sean las circunstancias que la rodean: muertes inesperadas, accidentes, catástrofes naturales, víctimas de las injusticias del mundo, niños y jóvenes que han sufrido enfermedades incurables, enfermos y ancianos que mueren en soledad, sin el consuelo de la cercanía de sus seres queridos, familias que no han podido ser acompañadas por la comunidad cristiana en la celebración de las exequias de sus difuntos... El Señor se hizo solidario de los que sufrían la muerte de sus seres queridos, se acercó a su dolor, lo hizo suyo y de su corazón brotó la misericordia⁷⁶. Esta cercanía es en sí misma un testimonio de esperanza, que ayuda a abrir los ojos de la fe a la vida que Dios quiere para sus hijos y a sus promesas, que exceden cuanto podamos desear. Como Jesús, también la Iglesia acompaña en los momentos de dolor con una gran humildad, consciente de que la fe cristiana, además de aportar sólidos argumentos para entender el misterio del sufrimiento humano, ante todo ofrece la fuerza del Espíritu que permite vivirlo con esperanza⁷⁷.

36. La fe cristiana consuela y acompaña la pérdida de los seres queridos desde la esperanza que viene del Resucitado, para que no sucumbamos ante el aparente sinsentido de la muerte y no nos aflijamos como hombres sin esperanza (cf. 1 Tes 4, 13)⁷⁸. Aunque la celebración exequial

⁷⁶ Cf. FRANCISCO, Bula *Misericordiae vultus*, n. 7

⁷⁷ Cf. FRANCISCO, Homilía en la Santa Misa por los difuntos y oración en el Cementerio Teutónico (2 noviembre 2020): «Nosotros nunca podremos alcanzar la esperanza con nuestras propias fuerzas. Tenemos que pedirla. La esperanza es un don gratuito que nunca merecemos: se nos da, se nos regala. Es gracia».

⁷⁸ Cf. SAN JUAN PABLO II, Carta apostólica *Salvifici doloris* n. 15; Catecismo de la Iglesia

no se puede reducir a mera condolencia o consuelo, el sufrimiento ante la pérdida de un ser querido no es ajeno a ella. En consideración a esta realidad humana, que en muchas ocasiones lleva a las personas al límite, «la predicación de la fe y la exhortación a la esperanza debe hacerse de tal modo que, al ofrecerles el amor santo de la madre Iglesia y el consuelo de la fe cristiana, alivien, sí, a los presentes, pero no hieran su justo dolor»⁷⁹.

b) Proponer la fe de la Iglesia

37. La acogida acrítica de creencias y opiniones ajenas a la fe cristiana supone un reto para el acompañamiento pastoral, ya que no puede haber auténtico consuelo cristiano si no se anuncia fielmente el contenido de la fe. Por eso hoy es más necesario que nunca evitar toda penumbra teológica, «toda forma de pensamiento o de expresión que haga absurda e ininteligible su oración [de la Iglesia], sus ritos fúnebres, su culto a los muertos: realidades que constituyen substancialmente verdaderos lugares teológicos»⁸⁰. Así, pues, en la celebración de las exequias es preciso anunciar el Evangelio en toda su verdad y ser fieles al Depósito de la fe, de modo que se cumpla el principio que determina la vida de la Iglesia: *Lex orandi, lex credendi*.

38. La celebración de las exequias y la oración por los difuntos han de manifestar con claridad la fe en la resurrección y la esperanza cristiana en la vida eterna. La muerte es el momento en que el ser humano vive más radicalmente su pobreza y su fragilidad; y esperamos que sea también el momento en que se manifieste la máxima misericordia de Dios. Oramos para que las promesas de Dios se cumplan en nuestros hermanos difuntos y suplicamos con humildad la gracia de que su voluntad de salvación se realice en todos los hombres. La Iglesia orante es consciente de que ella no decide sobre la salvación y la condenación de las personas y, excepto en el caso de los santos canonizados, no tiene un conocimiento cierto de su situación ante Dios. Nadie puede presumir

Católica, nn. 1006-1009.

⁷⁹Ritual de exequias, orientaciones doctrinales y pastorales de episcopado español, n.65.

⁸⁰ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta sobre algunas cuestiones referentes a la escatología (17 de mayo de 1979).

de tener una certeza absoluta acerca de su propio estado de gracia⁸¹, y nadie puede emitir juicios sobre los otros. Dado que toda persona puede hacer fracasar el plan de salvación que Dios quiere para ella, no es conveniente hacer afirmaciones que banalicen la presencia del pecado, dejando claro, no obstante, que la «misericordia del Señor es eterna» y que Dios no quiere la muerte del pecador, sino «que se convierta de su conducta y viva» (Ez 18, 23; cf. 33, 11). Por ello, se debe evitar «presentar la posibilidad de la muerte eterna de un modo desproporcionadamente amenazador» y hay que anunciar a los fieles el destino glorioso que la Iglesia espera: «El anuncio de la gloria, al que se unirá prudentemente la seria advertencia de su posible frustración a causa del pecado, servirá tanto de aliento insustituible de la esperanza como de necesario estímulo de la responsabilidad»⁸².

39. Los signos y la celebración de las exequias deben manifestar el respeto y la veneración debidos al cuerpo del difunto, que fue hecho templo de Dios por el bautismo y está llamado a la resurrección. Por eso, la Iglesia, aunque permite la cremación, «recomienda insistentemente que los cuerpos de los difuntos sean sepultados en los cementerios u otros lugares sagrados»⁸³. Sobre todo, porque «la inhumación es en primer lugar la forma más adecuada para expresar la fe y la esperanza en la resurrección corporal»⁸⁴ y, por tanto, para manifestar el sentido cristiano de la muerte a la luz del Misterio Pascual de Jesucristo. «Enterrando los cuerpos de los fieles difuntos, la Iglesia confirma su fe en la resurrección de la carne, y pone de relieve la alta dignidad del cuerpo humano como parte integrante de la persona»⁸⁵. La sepultura favorece

81 Cf. CONCILIO DE TRENTO, Decreto sobre la justificación del pecador, cap. 9 (DH 1534).

82 COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA DOCTRINA DE LA FE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Esperamos la resurrección y la vida eterna* (1995), 3; Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1036: «Las afirmaciones de la Escritura y las enseñanzas de la Iglesia a propósito del infierno son un llamamiento a la responsabilidad con la que el hombre debe usar su libertad en relación con su destino eterno».

83 CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Instrucción «Ad resurgendum cum Christo» (15 de agosto de 2016), n. 3.

84 *Ibid.* Cf. también Ritual de exequias. Orientaciones doctrinales y pastorales del episcopado español, n. 9: «La Iglesia deposita el cuerpo del difunto en las entrañas de la madre tierra, como el agricultor siembra la semilla en el surco, con la esperanza de que un día renacerá con más fuerza, convertido en cuerpo transfigurado y glorioso».

85 CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Instrucción «Ad resurgendum cum Christo» (15 de agosto de 2016), n. 3.

además «el recuerdo y la oración por los difuntos por parte de los familiares y de toda la comunidad cristiana»⁸⁶. Con todo, no hay razones doctrinales para prohibir la cremación, que en algunos casos por motivos sanitarios o de necesidad pública puede ser conveniente. En sí misma la cremación no implica «la negación objetiva de la doctrina cristiana sobre la inmortalidad del alma y la resurrección del cuerpo»⁸⁷.

40. En caso de que una familia opte por la cremación, no debe hacerse contra la voluntad del difunto y se debe evitar todo signo, rito o modalidad de conservación de las cenizas que nazca o pueda ser interpretado como expresión de una visión no cristiana de la muerte y de la esperanza en la vida eterna. Por ejemplo, optar por la cremación para expresar que la muerte es la aniquilación definitiva de la persona, o esparcir las cenizas en un paraje natural porque se piensa que la muerte es el momento de fusión con la madre naturaleza, o relacionar la cremación con la reencarnación, o repartir las cenizas para utilizarlas como mero objeto de recuerdo del difunto. Estas prácticas, aunque quienes las hacen no pretendan negar ni ofender conscientemente la fe católica, son manifestación de una fe poco formada. Por eso, la Iglesia enseña que «las cenizas del difunto, por regla general, deben mantenerse en un lugar sagrado, es decir, en el cementerio o, si es el caso, en una iglesia o en un área especialmente dedicada a tal fin por la autoridad eclesiástica competente»⁸⁸.

IV. CELEBRAR LAS EXEQUIAS CRISTIANAS

41. En la mañana del Domingo de Pascua, las santas mujeres se dirigieron al sepulcro con sentimientos de muerte. Pensaban que con la cruz todo había terminado e iban con el deseo de cumplir con el piadoso deber de ungir el cuerpo de Jesús. Se quedaron desconcertadas al

86 Ibid. Cf. también, FRANCISCO, Ángelus (2 noviembre 2014): «El recuerdo de los difuntos, el cuidado de los sepulcros y los sufragios son testimonios de confiada esperanza, arraigada en la certeza de que la muerte no es la última palabra sobre la suerte humana, puesto que el hombre está destinado a una vida sin límites, cuya raíz y realización están en Dios».

87 CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Instrucción «Ad resurgendum cum Christo» (15 de agosto de 2016), n. 4.

88 Ibid., n. 5.

hallar el sepulcro vacío (cf. Lc 24, 4), y su corazón se llenó de alegría al encontrarse con el Señor (cf. Mt 28, 8-9). Su llanto se transformó en gozo, y en ellas se encendió una luz de esperanza que cambió totalmente su vida. La experiencia pascual fue para ellas un acontecimiento de gracia y de libertad. El acompañamiento de la Iglesia a las personas que se encuentran en el momento doloroso de la muerte de un ser querido, quiere ser un apoyo humano y una motivación espiritual que les ayude a vivir esta experiencia pascual. A veces su estado de ánimo está lleno de sentimientos de muerte. El encuentro con el Señor puede encender en su corazón una pequeña luz que, aunque en ocasiones parezca un pábilo vacilante, si no la apagamos, puede hacer crecer la esperanza en aquella Vida que es el mismo Cristo Resucitado.

a) La luz del Misterio Pascual

42. En la liturgia de las exequias cristianas, la Iglesia celebra el Misterio Pascual de Cristo y ora por el difunto para que, asociado a su victoria sobre la muerte, Dios perdone sus pecados, lo purifique, lo haga participar de la eterna felicidad y lo resucite gloriosamente al final de los tiempos⁸⁹. Durante siglos ese carácter pascual estuvo oscurecido en una celebración que insistía sobre todo en el sentido del temor ante el juicio de Dios. El Concilio Vaticano II quiso que la celebración de las exequias expresase más claramente el sentido pascual de la muerte cristiana⁹⁰. La oración por los difuntos se ha de vivir en el marco de la esperanza cristiana y de la fe en la resurrección, que se expresan en las oraciones, lecturas, salmos, gestos y símbolos contenidos en el *Ritual de exequias*, en el *Leccionario* y en el *Misal Romano*, que ayudan a entender la celebración desde la incorporación del difunto al Misterio Pascual de Cristo por el bautismo (cf. Rom 6, 3-5). Como nos recuerda san Juan Pablo II, «la Liturgia tiene como primera función conducirnos constantemente a través del camino pascual inaugurado por Cristo, en el cual se acepta morir para entrar en la vida»⁹¹. Pues, aunque la certeza de morir nos entristece, poniendo a prueba nuestra fe, Cristo nos acompaña, como

89 Cf. *Ritual de exequias*. Orientaciones doctrinales y pastorales del episcopado español, n. 16.

90 Cf. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución sobre la sagrada liturgia «Sacrosanctum Concilium», 81.

91 SAN JUAN PABLO II, Carta apostólica *Vicesimus quintus annus* en el XXV aniversario de la Constitución sobre la sagrada liturgia, n. 6.

a los discípulos de Emaús, para alentarnos con la luz de su Palabra y alimentarnos con el Pan partido (cf. Lc 24, 13-33).

43. La Iglesia celebra las exequias «para que quienes por el bautismo fueron incorporados a Cristo, muerto y resucitado, pasen también con él a la vida eterna, primero con el alma, que tendrá que purificarse para entrar en el cielo con los santos y elegidos, después con el cuerpo, que deberá aguardar la bienaventurada esperanza del advenimiento de Cristo y la resurrección de los muertos. Por tanto, la Iglesia ofrece por los difuntos el sacrificio eucarístico de la Pascua de Cristo, y reza y celebra sufragios por ellos, de modo que, comunicándose entre sí todos los miembros de Cristo, estos impetran para los difuntos el auxilio espiritual y, para los demás, el consuelo de la esperanza»⁹². La vinculación de las exequias cristianas con la muerte y resurrección de Cristo se expresa en la celebración, por ejemplo, con los salmos de tipo pascual –113 y 117–, con símbolos como el cirio encendido junto al féretro, cánticos como el Aleluya antes del Evangelio y ritos como la recomendación del alma o la aspersión e incensación de los restos mortales. Pero se expresa sobre todo con la celebración de la Eucaristía.

44. Para que la celebración de las exequias abra el entendimiento y el corazón a un encuentro con el Señor resucitado debe ser, en primer lugar, un momento de oración confiada a Dios. La muerte de una persona no significa que Dios haya dejado de amarla: «Estoy convencido de que ni muerte, ni vida... ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Rom 8, 38-39). Por ello, en medio del dolor, los creyentes sabemos que todo lo que pidamos a Dios, Él nos lo concederá (cf. Jn 11, 22). Esta certeza hace que brote una súplica confiada por la salvación de los difuntos. No tendría sentido esta oración si no creyéramos que nuestros hermanos resucitarán en la resurrección del último día (cf. Jn 11, 24). Esta seguridad nace de la fe en Jesucristo, «el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo» (Jn 11, 27), que es en persona «la Resurrección y la Vida» (Jn 11, 25).

45. El centro de las exequias cristianas es Cristo Resucitado y no la persona del difunto. Los pastores han de procurar con delicadeza que la celebración no se convierta en un homenaje al difunto. Eso corresponde

⁹² Ritual de exequias. Observaciones generales previas (praenotanda), n. 1.

a otros ámbitos ajenos a la liturgia. En el caso de que algún familiar intervenga con unas breves palabras al final de la celebración, se le debe pedir que no altere el clima creyente de la liturgia de la Iglesia y que, aunque aluda a aspectos de la vida del difunto que puedan ser edificantes para la comunidad, evite un juicio global sobre su persona; y que no emplee expresiones incompatibles con la fe que se expresa y se vive en la celebración («allá donde estés», «si es que estás en algún lugar», etc.). Los cantos escogidos deben respetar también este criterio. Es importante elegir bien las oraciones, las lecturas y las moniciones, y preparar adecuadamente la homilía teniendo en cuenta las circunstancias de la familia y del resto de la asamblea.

46. Aunque las exequias ordinariamente deban celebrarse en una iglesia⁹³ teniendo como centro la Eucaristía, dada la complejidad de la vida moderna hoy es frecuente que no sea así, bien porque tienen lugar en tanatorios u otros espacios que no son sagrados, bien porque no las preside un sacerdote. En estos casos, los familiares y los fieles presentes en este momento de oración y de escucha de la Palabra de Dios deben ser invitados a participar en una celebración de la santa Misa en sufragio del difunto. Las exequias de un cristiano son, en cierto modo, incompletas sin la celebración de la Eucaristía, en la que la oscuridad de la muerte es vencida por la luz de Cristo Resucitado que se hace realmente presente en ella. Si, ante la imposibilidad real de que oficie los ritos exequiales un sacerdote o ministro ordenado o instituido, como un diácono o un acólito, es un laico quien dirige las oraciones exequiales, ha de ser una persona conocida por su compromiso eclesial en la comunidad y que actúe en nombre de la Iglesia con nombramiento del Obispo.

b) La cremación

47. Cada vez es más frecuente la cremación de los cuerpos de los fieles cristianos que han fallecido. Dado que la cremación habitualmente tiene lugar después de la celebración exequial con el féretro presente, es oportuno elegir textos del Ritual que no hagan referencia a la inhumación. Si por circunstancias especiales, la cremación se realiza antes de la celebración –accidentes, traslados desde lugares lejanos, ciertas enfermedades infecciosas, etc.– se utilizarán los textos y orientaciones

93 Cf. CIC c. 1177.

indicadas en el *Ritual de exequias* para esta situación⁹⁴. En este caso se excluye la posibilidad de realizar la procesión al cementerio con la urna⁹⁵, pero, de acuerdo con la familia, se pueden llevar a cabo oraciones en el momento de depositar la urna con las cenizas en el lugar apropiado elegido para ello.

48. El *Código de Derecho Canónico* recuerda que está prohibido enterrar cadáveres en las iglesias, salvo los casos del papa, los cardenales en su propia iglesia o los obispos, incluso eméritos⁹⁶. Por tanto, un columbario o depósito de urnas funerarias, equiparado en la práctica a un cementerio, si se encuentra dentro del edificio de una Iglesia, es conveniente que se ubique en un espacio separado del lugar de la celebración, como por ejemplo una cripta. Dada la ilicitud de la celebración de la misa si hay un cadáver enterrado debajo del altar⁹⁷ a excepción de las reliquias de los santos y beatos, las cenizas no deben colocarse nunca debajo del altar.

49. La tradición cristiana tiene una preferencia por la custodia de los restos humanos, también de las cenizas, en lugares bendecidos, significando la pertenencia del difunto bautizado a la comunidad eclesial. Los columbarios, al menos aquellos edificadas en los espacios arriba indicados, deberán recibir la bendición constitutiva sobre las cosas, realizada preferentemente por el Ordinario o por un presbítero en quien él delegue, especialmente quien tenga el cuidado pastoral de los fieles que se han preocupado de su edificación⁹⁸. Todo columbario debe registrarse por la normativa que se establezca por parte del Ordinario del lugar, en la que se regulen los diversos aspectos referidos a su construcción, funcionamiento, mantenimiento y los deberes y derechos de los usuarios.

94 Cf. *Ritual de exequias*, libro VI, cap 7.

95 Cf. *ibid.* Observaciones generales previas (praenotanda), n. 7. De hecho, se excluye la celebración de las exequias en su forma típica, que incluye tanto la procesión desde la casa a la iglesia como de la iglesia al cementerio.

96 Cf. CIC, c. 1242.

97 Cf. CIC, c. 1239, § 2.

98 Cf. CIC, c. 1207. Teniendo en cuenta que el rito contenido en el Bendicional para los cementerios no se ajusta totalmente a la realidad de estos lugares, pues no están destinados a la inhumación, mientras no exista un rito propio para la bendición de los columbarios, habrá de ser convenientemente adaptado.

María, modelo de fe en la prueba del dolor

50. La Santísima Virgen María pasó por la prueba del dolor cuando acompañó a su Hijo hasta el Gólgota. Con las santas mujeres y el discípulo amado, estaba «junto a la cruz de Jesús» (Jn 19, 25). La Iglesia ha visto en este acontecimiento el cumplimiento de la profecía de Simeón, que anunció que una espada le traspasaría el alma (cf. Lc 2, 35), y la venera como Madre Dolorosa. Pero los sentimientos de su corazón no son únicamente de sufrimiento. Al pie de la cruz, María escucha las últimas palabras de su Hijo: palabras de perdón para sus perseguidores, promesa de salvación dirigida al buen ladrón, abandono confiado en las manos del Padre, palabras dirigidas a ella misma confiándole una nueva misión eclesial. Ella las hace suyas y, de este modo, no solo comparte el sufrimiento con su Hijo, sino también la confianza en Dios y la certeza de que la muerte no tendrá sobre Él la última palabra. María está junto a la cruz como mujer creyente: el sufrimiento no ha apagado su fe; por muy grande que fuera el dolor, más fuerte era su confianza en Dios. La Madre del Señor es, en esos momentos de oscuridad, la única luz de esperanza que permanece encendida en el mundo en la espera de la Pascua.

51. Asunta a la gloria celestial en cuerpo y alma, la Virgen, figura y Madre de la Iglesia, es el modelo más grande de fe y el signo más claro de esperanza en Dios para todos los que pasan por la prueba del dolor. No se equivoca la piedad popular cuando se dirige a Ella con diferentes advocaciones que evocan su cercanía materna en el momento del sufrimiento y de la muerte. «Aprendamos de María el silencio interior, la mirada desde el corazón, la fe amorosa para seguir a Jesús en su camino hacia la cruz, que conduce a la gloria de la resurrección. Ella camina con nosotros y sostiene nuestra esperanza»⁹⁹.

*Madrid, 18 de noviembre de 2020,
Dedicación de las basílicas de los santos Pedro y Pablo, apóstoles
Conferencia Episcopal Española
CXVI Asamblea Plenaria*

⁹⁹ FRANCISCO, Angelus (5 abril 2020).

APÉNDICE: Orientaciones sobre los columbarios

I. De la Instrucción *Ad resurgendum cum Christo* de la Congregación para la Doctrina de la Fe

1. En el caso de que el difunto hubiera dispuesto la cremación y la dispersión de sus cenizas en la naturaleza por razones contrarias a la fe cristiana, se le han de negar las exequias, de acuerdo con la norma del derecho (núm. 8).

2. Si por razones legítimas se opta por la cremación del cadáver, las cenizas del difunto, por regla general, deben mantenerse en un lugar sagrado, es decir, en el cementerio o, si es el caso, en una iglesia o en un área especialmente dedicada a tal fin por la autoridad eclesiástica competente. [...] La conservación de las cenizas en un lugar sagrado puede ayudar a reducir el riesgo de sustraer a los difuntos de la oración y el recuerdo de los familiares y de la comunidad cristiana. Así, además, se evita la posibilidad de olvido, falta de respeto y malos tratos, que pueden sobrevenir sobre todo una vez pasada la primera generación, así como prácticas inconvenientes o supersticiosas (núm. 5).

3. No está permitida la conservación de las cenizas en el hogar. Sólo en casos de graves y excepcionales circunstancias, dependiendo de las condiciones culturales de carácter local, el Ordinario, de acuerdo con la Conferencia Episcopal o con el Sínodo de los Obispos de las Iglesias Orientales, puede conceder el permiso para conservar las cenizas en el hogar. Las cenizas, sin embargo, no pueden ser divididas entre los diferentes núcleos familiares y se les debe asegurar respeto y condiciones adecuadas de conservación (núm. 6).

4. Para evitar cualquier malentendido panteísta, naturalista o nihilista, no sea permitida la dispersión de las cenizas en el aire, en la tierra o en el agua o en cualquier otra forma, o la conversión de las cenizas en recuerdos conmemorativos, en piezas de joyería o en otros artículos, teniendo en cuenta que para estas formas de proceder no se pueden invocar razones higiénicas, sociales o económicas que pueden motivar la opción de la cremación (núm. 7).

II. De la Junta de Asuntos Jurídicos de la CEE

1. Los columbarios son lugares idóneos para depositar las cenizas después de la muerte y de la cremación de los difuntos. Las cenizas contenidas en recipientes se depositan en los cubículos habilitados para tal fin.

2. Canónicamente, los columbarios están equiparados a los cementerios, por lo que se les han de aplicar los cánones del *Código de Derecho Canónico* que recogen la normativa sobre los cementerios (cc. 1240-1243), además de los generales a todos los lugares sagrados (cc. 1205-1213), y enterramientos, esto es, la prohibición de enterrar en las iglesias (c. 1242) y debajo del altar (c. 1239 §2).

3. Cumpliendo la normativa sanitaria del Derecho de la Nación y de la Comunidad Autónoma, se podrán construir columbarios en las iglesias, que nunca podrán estar dentro del aula eclesial. Podrán construirse en ambientes anejos claramente diferenciados del lugar de culto (v. gr. una cripta, un claustro, una sala o patio junto a la nave de la iglesia), a los que se pueda acceder por la misma aula eclesial o por un acceso independiente. En todo caso, es preferible un acceso independiente para evitar que pueda perturbar las celebraciones sagradas.

4. En la disciplina actual, los oratorios y las capillas privadas, sin embargo, pueden albergar columbarios dentro de su espacio, ya que muchos de los panteones o sepulturas familiares están contruidos como una capilla privada (c. 1226).

5. No está prohibido colocar un altar fijo o móvil en el que poder celebrar la eucaristía en recintos especialmente diseñados para columbarios.

6. Se debería exigir para todo columbario un estatuto o reglamento que regulase los diversos aspectos de su funcionamiento, las cenizas de las personas que pueden ser allí depositadas, las conductas que sean contrarias al carácter sagrado del lugar, si se acepta que personas jurídicas puedan tener unos cubículos para el depósito de sus miembros y la necesidad de un convenio con ellas.

7. Desde el punto de vista de la normativa civil, para la construcción de columbarios, hay que atenerse a la normativa mínima que sea aplicable (por ejemplo, la urbanística), y a las prescripciones que, en cada ámbito territorial, puedan existir respecto a los columbarios, en particular las establecidas por las Administraciones locales, en aplicación del principio de seguridad jurídica.

